

ELMA CORREA  
*Coordinadora*

# Vacunas Contra La Poesía

*Antología de Relato Corto*



**LA RUMOROSA**  
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA  
COLECCIÓN LITERARIA

# Vacunas contra la poesía

Antología de relato corto

*Elma Correa (Coordinadora)*

*Zulma Rodríguez  
Hiram de la Peña  
Karla Michelle Canett  
Saúl Martínez  
Zeth Arellano  
Vladimir Galindo*



## **Gobierno del Estado de Baja California**

Jaime Bonilla Valdez  
*Gobernador del Estado*

Pedro Ochoa Palacio  
*Secretario de Cultura*

Magdalena Jiménez Molina  
*Coordinadora General de Educación Artística y Fomento  
a la Lectura*

Karla Beatriz Robles Cortez  
*Directora Editorial y de Fomento a la Lectura*

### **Vacunas contra la poesía.**

Antología de relato corto.

Elma Correa, Zulma Rodríguez,

Hiram de la Peña, Karla Michelle Canett,

Saúl Martínez, Zeth Arellano, Vladimir Galindo

Derechos reservados.

Copyright©2020

### **Coordinación editorial**

Melissa Sánchez Castillo

Silvia García A.

Primera edición: junio 2020

Malva Estudio gráfico y editorial

Tijuana B.C., México

info.malvamag@gmail.com

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.

Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial,  
de esta publicación, sin permiso previo y por escrito del titular del  
Copyright.

## *Prólogo*

En mi época de estudiante era una feroz asidua a los talleres de escritura. Tomaba cuanto curso se abriera en mi facultad o fuera de ella, y durante un periodo que se prolongó más de lo que debía, también me aventuré a la caza de talleres en otros lugares del estado e incluso del país. Algunos impartidos por autores increíbles que resultaban pésimos “facilitadores”, otros impartidos por autores frustrados que encontraron en la docencia su vocación, y otros, los menos, por buenos escritores capaces de transmitir el conocimiento y mostrar las herramientas adecuadas de modo asertivo. Tuve grandes experiencias y momentos desafortunados por un sinnúmero de razones que a la distancia no me parecen relacionadas con la literatura, no recuerdo bien, de lo único que estoy segura es que en ninguno de esos talleres me enseñaron a escribir. Vaya, aprendí un montón de cosas diferentes e importantes para la vida —es decir, cosas abstractas pero en términos prácticos, lo único que me enseñaron esos talleres fue a leer: a diseccionar textos en un intento por desentrañar por qué y cómo hacen literatura los verdaderos escritores. Creo firmemente que ese debe ser el fin último de la existencia de los talleres de escritura.

También creo que si alguien me hubiera dicho en esos tiempos que yo iba a coordinar un taller, solamente me habría reído. Y con la misma fruición de las creencias anteriores, creo que en definitiva, deberían existir más talleres de cuento y relato corto. Es un género fenomenal. El mejor. Mi favorito. Y aunque los consorcios editoriales del mundo me dan la razón publicando más cuentos que nunca, en el contexto

local de pronto se siente como si solo hubiera lugar para la poesía. De pronto es como si todos quisieran ser poetas. Y con el daño que hacen las rimas. Por eso, esta antología es al mismo tiempo una declaración de principios y un grito de guerra:

—¡Abajo el monopolio poético!

—¡Muerte al verso!

—¡Tanta metáfora y tan poca vergüenza!

Bueno, no es verdad. Es una broma. Además, esa última línea es un plagio flagrante de una canción española que me encanta. Amigos poetas, si están leyendo este prologuito, no lo vayan a tomar a mal. Ya saben que los quiero. La realidad es que esta antología busca —como toda antología— ser apenas una muestra del estado actual del cuento joven en Mexicali. Escribí “cuento joven”, lo que significa que esta antología —pretenciosa como todas— busca algo más. Busca ser un referente para el futuro, busca dejar constancia de los narradores que alguna vez habrá, por tomar prestadas las palabras que Juan Fernando Merino escribió en un prólogo mejor que este, refiriéndose a la anticipación que late en las compilaciones de autores noveles: esa emoción que proviene de la certeza de que los antologados serán grandes autores un día. Esa es la certeza que envuelve a este libro. Y no es que no existan otros escritores emergentes produciendo cuento en la ciudad, claro que andan por ahí, pero quiso la coincidencia que este grupo específico se reuniera en una sala del Centro Estatal de las Artes y se mantuviera ahí, sesión tras sesión, comprometido con la lectura y la escritura, con la discusión y el análisis, con la corrección y la reescritura, y que poco a poco, sus ideas empezaran a tomar la forma de los textos que componen esta antología que me gusta pensar

como una especie de cápsula del tiempo, un artefacto que contiene la obra primera de estos autores para que siempre podamos regresar a ella. Como el lector podrá observar, lo único que tienen en común las historias y el trabajo de estos narradores es un tema particular que les fue asignado precisamente para enfatizar sus diferencias, ¿cuántos y qué tan diversos pueden ser los tratamientos y variaciones de un mismo tema? Aquí hay seis opciones sobre uno de los motivos literarios que me resulta más entrañable: Laika, esa perrita a la que solo la literatura es capaz de dar otro destino o por lo menos de traer de vuelta un momento que, mientras ocurra la lectura, será imperecedero.

—¿Por qué Laika?

—Porque yo soy la profe.

Elma Correa  
Mexicali, 2019

## Zulma Rodríguez

Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UABC. Ha participado en diversos encuentros de escritores tanto a nivel local como regional. Ha colaborado en la revista impresa *Solar Arte y Cultura* y en revistas digitales como *El Septentrión* y la revista chilena *Cinosargo*. En 2019 participó en la FIL UABC con las conferencias para jóvenes: *Dos horas de Balazos: Violencia y Frontera en la Literatura Joven de Baja California*. Su trabajo ha sido incluido en la antología *Baja Noir: confesiones escritas* y en la compilación *Escribiendo para el futuro* con cuento infantil, ambas publicaciones editadas por *Artificios*. Actualmente dirige un taller de escritura creativa en Casa de la Cultura de Mexicali y cursa la Maestría en Cultura Escrita en el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana, en Tijuana.

## SEXTO DÍA

La salud de Carla, mejor dicho, su falta de salud, la llevó al hospital. Una barriga amoratada e hinchada era más desalentadora que el diagnóstico del médico. Ni Carla, ni Ana su mamá entendían el lenguaje del doctor, tampoco el del monitor de signos: curvas de colores y números que aparecían y desaparecían. Igual de complejo que el valor de  $X$  y esas tontas ecuaciones de la escuela. Carla había visto hileras de  $x = b + c$ , salir de la boca del doctor. Que complicado era todo lo que él decía. Se prometió que algún día aprendería el idioma hospitalil; imaginó que sería emocionante hablar con códigos secretos para decir “a este le vamos a curar el corazón” o “a esa señora le arreglaremos las piernas para que salga a correr al parque o a donde quiera”. Por los gestos que hacía su mamá era obvio que no entendía las palabras del doctor. Hasta ese momento, sólo le había dado razones que a ella le parecían excusas. Que se posponía la operación. Que esperarían tres días más. Que había formatos sin autorizar. Ana solamente tenía un conocimiento instintivo de que el hospital no era el mejor lugar para recuperarse. Tenían que operar a su hija y salir de ahí lo antes posible.

Cuando el doctor retrasaba la fecha de la operación de Carla, Ana se ponía roja y apretaba la mandíbula como masticando un mini chicle. Y aunque se aguantaba cualquiera diría que estaba a punto de llorar. Imitaba al doctor con voz de globo desinflándose para que Carlita se divirtiera y a ella se le olvidaran las ganas de llorar. Y en caso de que se le escaparan las lágrimas de los ojos diera la impresión que era por la risa. Lo que le daba vergüenza a Carla es que su mamá fue grosera

con el doctor. Sin que la niña supiera la razón, ellos habían empezado a discutir como en esos programas de familias disfuncionales de la tele que Carla veía con su papá, hasta que ellos se separaron. Después del divorcio de Ana y Enrique se veían menos y cuando lo hacían casi siempre terminaban pelándose; para los adultos era fácil salir de la zona de guerra: 1. Decían groserías, 2. Se agarraban a golpes o 3. Se retiraban. Con los niños era diferente porque cuando una mamá grita muy fuerte todo se vuelve silencioso y los chicos quieren huir, pero sin saber a dónde.

La enfermera habló con Ana. Es decir, le advirtió que se tranquilizara, de lo contrario, le negarían la entrada al hospital, pues ya les había gritoneado a dos enfermeras y a un camillero. La enfermera le acarició la pierna a Carlita y le preguntó si se le antojaba algo de comer. Algo así como un postre, le dijo muy bajito la mujer. Iba a decir que ninguna, pero pensó en guardarlo para después.

—Aprovecha. Porque cuando te opere el doctor no podrás comer. Dijo la enfermera.

—¿Ya me van a operar?

—Aún no, pero falta poco.

Carla se comió su postre que resultó ser una gelatina. Ella creyó que le traerían un chocolate, pero supuso que en los hospitales nunca dan chocolate. Luego se durmió. Soñó que abría muchas cajas con huevitos de chocolate, dentro de ellos venían todos sus juguetes favoritos. Nadie en su salón tendría más juguetes que ella. Después de un rato se despertó con frío. Tenía fiebre. La medicaron con pastillas que vomitó sobre la enfermera. La limpiaron y le dijeron que tenía que tomarse el medicamento. Carla dijo que no quería porque estaba

cansada de tomarlas; que las niñas tenían derecho a descansar; Ana se ríe con una risa que no era risa de verdad. La bañaron con agua fría para que se le bajara la fiebre y le dieron un jarabe. No le salían las palabras con facilidad, pero no le gustó ver a su mamá hincada mojándose la ropa y con la cara triste. Se dijo que cuando fuera grande sería una mujer sana y ambas harían muchas cosas juntas; tendrían muchos recuerdos nuevos, no para olvidar los viejos sino para tener más para recordar. Ambas vestirían elegantes e irían al salón para arreglarse el pelo. Y cuando ella se casará y tuviera hijos, querrían mucho a su abuelita Ana.

—¿Me compras un huevo sorpresa? pidió recordando su sueño.

Ana se acercó y delineó las pequeñas orejas echándole el cabello para atrás. Los comprarían cuando salieran de ahí. Pero Carlita tenía un plan mejor. Saldrían rápido sin que la enfermera se diera cuenta, acomodarían almohadas en la camilla para que la creyeran dormida y ya después regresarían al hospital. Era el plan perfecto, pero su mamá no estuvo de acuerdo.

¿Cuánto tendría que esperar para salir de ahí? No lo sabía Ana. Y por un momento pensó que su vida era el hospital. Después se acordó que tenía casa y clientas. Dentro del hospital era fácil olvidar que el reloj era sólo un instrumento de medición y que la duración del día o de la noche siempre podía estirarse más.

Carlita buscaba alguna felicidad en que entretenerse, historias, juegos o adivinanzas, pero la mayoría de las veces las arruinaban las enfermeras con sus pastillas y sus revisiones. Pero en el fondo no le robaban del todo su alegría esperanzada en que le dijeran que ya estaba

mejor y que el doctor no tardaría mucho en decirle que ya se podía ir. El tiempo era un tema recurrente y Carla hacía cálculos a partir de su salida del hospital: la escuela, trabajo, para luego terminar calculando que dentro de veinte años ella sería una profesional de la belleza y su mamá una viejita. Ana tenía tanto sueño y hambre que no se desgastó en defender su juventud.

Carla preguntaba por qué su papá no había ido a verla. Únicamente se comunicaba por teléfono para informarse y le mandó un globo y un regalo. No había ido a visitarla en los seis días que tenía hospitalizada. Para el sexto día, Dios ya estaba poblando de animales y humanos la faz de la tierra; Enrique, no había sido capaz ni siquiera de acompañarlas en el hospital. Estuvieron esperándolo, Carla quería verlo y que él la viera, pero no lo decía; sólo preguntaba por él, pero su mamá entendía que lo extrañara. El regalo que le mandó Enrique era una cosmetiquera para niñas. Le gustaba maquillar a su mamá. Creyendo que, si la dejaba bonita, su papá se enamoraría de ella y volverían a estar juntos. Ese día por la tarde se maquillaron. Intentando ocultar las ojeras del rostro de Ana. En los párpados le puso polvos brillantes y dibujó dos círculos rosas en las mejillas. Ana, se quedó muy quieta mientras la pequeña hacía su trabajo. Miró la boca abierta con los dientes enormes asomando. Tenía la piel muy pálida y dormía mucho. Le dieron ganas de sacarla de ahí y llevársela a casa, nomás de pensar en el doctor que no les daba una fecha para la intervención, en las inyecciones y a Carlita suplicándole a la enfermera que por favor la dejara en paz. Pinchaban sus brazos y cuello en busca de sangre que trasladan en tubitos de cristal. Ana lloraba en el baño. Rogaba que pronto regresaran a casa para continuar con su vida: arreglar la

manicura a sus clientas, ver la novela y luego tirarse en la cama para jugar a las luchitas. ¿Y si Carla no sobrevivía? Ana recordó la última noche en casa: a Carlita le aumentó la fiebre y se quejaba de dolor en el estómago. Ana se sintió avergonzada, pues horas antes de llevar a urgencias la había maltratado. Le jaló el cabello y le gritó por tirar jugo en el sillón. Igual de descuidada que su papá.

Ana salió un momento y cuando regresó se encontró con Enrique a un lado de su hija. Olía a perfume; se notaba que se había bañado para ir al hospital. Y ella sin dormir y con maquillaje brillante. Si se limpiaba él supondría que lo hacía por él y prefirió no hacerlo. Enrique sacó su smartphone y comenzó a grabar. Le entregó unas cajitas de huevo sorpresa y un regalo adornado con muchos listones. Carla abrió la boca como una O mayúscula. Abrazó el obsequio y se arrulló con él.

—La última vez que vino el doctor me dijo que...

Enrique señaló el círculo Rec en la pantalla. Y con una seña le pidió que guardara silencio. Sin importarle si grababa o no, ella le reclamó los seis días de ausencia. Aunque le parecía que habían sido semana. Quería preguntarle si de verdad quería a su hija, pero Enrique la interrumpió diciéndole que tenía mucho trabajo y nadie que lo supliera. Entonces, Ana tomó la envoltura del regalo y formó una pelota de papel que le lanzó a su exesposo en la cabeza. Él volteo a verla y aunque disgustado le dijo que saliera a distraerse y a lavarse la cara. Pensó en irse a casa a recostarse en su sillón para tomarse una cerveza y dormir un poco. Se distanciaba de su realidad para revivir la cotidianidad del hogar. Cuando Enrique le dijo que en una hora se retiraría; se lo dijo con una serenidad extraña, como venida de alguien ajeno al que la muerte o la



vida de un desconocido le son indiferentes. Ana sintió que sus deseos carecían de valor. Casi temblando se acercó a Enrique y lo empujó, con el impulso tiraron el monitor de signos de Carla. Él la tomó de los brazos y la sacudió. Su hija asustada les rogó que no pelearan, pero ninguno la escuchó. Llegó la enfermera y les ordenó que se retiraran de inmediato. Enrique desapareció a la primera advertencia y a la madre se la llevó un guardia de seguridad. La enfermera acomodó a la niña en la cama mientras intentó tranquilizarla. El monitor se desconfiguró y llevaron otro. Luego llegó el doctor, quien le ofreció disculpas a Carlita por haberse tardado en visitarla. Después habló con la enfermera en idioma hospitalil para darle instrucciones. Al escucharlos, reflexionó que después de todo no sería tan difícil hablar el idioma de los doctores, pues Carla entendió sin problema que al día siguiente la iban a operar. Enseguida le administraron medicamento y se quedó dormida.

Horas después Carla despertó preguntándose donde estaría su mamá. Recordó que un guardia se la había llevado. Clavó la vista en los cables de electricidad a través de la ventana. Su mamá treparía por ellos de ser necesario para entrar al cuarto.

—¿Gelatina o jugo? Preguntó la enfermera que había entrado sin hacer ruido.

—No gracias ¿Dónde está mi mamá?

—Llegará más tarde.

Pero mintió, pues supo que le habían prohibido la entrada a la mamá, por lo que llegaría una trabajadora social para mediar entre los padres y el hospital.

—¿Ya abriste tu regalo? le preguntó para distraerla. En una

mesa estaban las muñecas de cabello morado, esperando las dejaran salir a jugar.

—También me trajeron huevos sorpresa, pero ya no los quiero.

—¿Te ayudo a abrir tus muñecas?

—¡No!, pero te doy mis regalos si dejas pasar mi mamá.

## NO ENTRES AL CUARTO

Pensé en traerte flores, pero Mau me desanimó. Sí, sí, sé que no tengo que hacerlo. Igual no las traje, así que no importa. Hace calor ¿puedo pasar? gracias ¿te conté? ah no, creí que sí. El viernes fuimos al béisbol. ¿Pues con quien más? con Mau. Deberías habernos visto. Ya nos conoces. Estuve tomando aspirinas con suero más de tres días. Invítame un café, me quedaré un rato. Después de ti. ¿Hueles eso? ah, ¡claro! son tus gardenias. Qué extraño, es como si las oliera por primera vez. Sí, supongo que ya estaba acostumbrado. ¿Y mi taza verde? ¿en la maleta? No, no la quiero buscar. ¿Tienes pastel? ¿Hornearías algo para mí? Será otro día entonces. Juro que venía saboreándome una rebanada. ¿Cambiate tu teléfono? Te marco y manda a buzón. ¿Al gym? ¿Y qué tal? Sí, se nota. Te ves muy bien. Y no nada más tú, sino la casa. Sí, muy linda. Compraste muebles. ¿Quién pintó la fachada? ¿Así que Omar estuvo acá? ¿Y viene seguido? No, no me molesta. Me dijo Mau que vio el *Cavalier* en la entrada. No es eso... recuerdo bien lo que acordamos. Aun así me importa Judith. Te conozco. Omar no es hombre para ti. Es del tipo que lamería tus zapatos si se lo pidieras. No sé si a mí me defendiste así alguna vez. Si tú lo dices. Te escucho y no te reconozco del todo. Nunca dije que fueras la de siempre, es sólo que... así está bien. Dijimos que saldríamos con otras personas, tienes razón, tienes toda la razón. Esperaremos el tiempo que quieras. ¿Podrías ser más amable? Ésta sigue siendo mi casa, aunque tú... me confundes Judith, me invitas a pasar y ahora me dices que las maletas. Es que no quiero llevármelas. Sino todo lo contrario. Si, Judith, hablo

de que quiero ver mi ropa en los cajones otra vez. Pues no, porque no vez más allá de ti. Aquí estoy. Es que el egoísmo te esta... Sí, sí, sí. Pero mira, ya estoy tranquilo. Hablemos. Vamos al *Shushi* y luego por un churro con cajeta. No soy ningún cursi. Judith... ¿Vez? ¿Me vas a dejar hablar o no? ¿Ya terminaste? No soy tan tonto ni tú tan lista. Hace mucho que las ofensas son mutuas. Sigues empeñada... prometí no volverte a tocar. Quiero que regresemos. Para estar contigo, verte, cocinar, taparnos con la misma cobija, llevarte la toalla cuando... ¿Por qué no lo puedes entender? Estoy cansado de extrañarte. Hablas como si no recordara nuestras conversaciones. ¿Y supones que eso significa que quise irme? Esas no son palabras mías. No me iré de aquí hasta que arreglemos esto. Sí, dije que tu ego se infló y que eras horrenda. Lo hablamos ¿recuerdas? te convertiste en una de esas mujeres de las que nos burlábamos. “Las intelectualoides dicen eso: estoy enfocada en mi carrera”. ¿Por qué la cara larga? Me pides que sea honesto y cuando lo soy, te ofendes. No pudiste olvidarlo, decías que una mujer podía... está bien, sino quieres no lo repito. Espera, creo que está temblando. ¿Oscilatorio o trepidatorio? ¿Cómo voy a saberlo? sólo fue un jalón. Mira, tiré el café del susto. Perdón, yo lo limpio. Sí es necesario Judith. Yo limpiaré. ¿El trapeador sigue en el baño del cuarto? Te prometo no ver el tiradero. Pasaré rápido. No te levantes. ¿Por qué no quieres que entre? También es mi cuarto. ¡Ya veo, has estado muy ocupada! Por eso no querías que entrara. ¿Enserio? Sé lo que dijimos, pero es nuestra habitación Judith. Te exijo que me expliques por qué metes a otro a mi cama. ¿Qué? ¿De qué hablas? Por favor, Judith, estoy viendo ropa de hombre. Pues de Omar. Aunque ahora, seguro tienes más amiguitos. Sí, soy una mierda, igual que tú. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué tiene

que ver Mau? Es que estás diciendo que... ¿insistes en lo mismo? No lo dudes ni por un momento. No, no, no voy a hablar ni con él ni con nadie. Sí, creo que también podría hacer eso, pero no quiero. Judith, ignoras mis llamadas y mensajes. Visto, buzón, visto, así me tienes. Que dejes de darle a Omar lo que me pertenece. Debes tener otra cosa para mí, además de lástima. Aclaremos de una vez este estúpido enredo. Tú me quieres reemplazar y no te lo voy a permitir. ¿Cómo? Te aseguro que eso no va a pasar. Tú no vas a vender nada. Antes quemamos esta maldita casa. Vamos a volar juntos, ya lo verás. ¿Y cómo vas a impedirlo? De esta casa de locos no van a quedar ni los cimientos. Qué lástima, tal vez en otra ocasión o mejor dicho en otra vida. ¿De qué diablos? Tal vez, pero fuiste tú la que echó todo a perder. No vas a hacer eso. ¿Te crees mejor que yo? Pues te tengo noticias. Tú no me mandas. ¿Qué? Te enseñaré. Ya decidí como termina tu vida. Este va a ser la fiesta de mis sueños, tu quemada y yo muerto. ¿Puedes bajar la voz? No, no voy a lamentar nada. Este va a ser mi mejor cumpleaños. Ya ni siquiera te acordabas de que era hoy. Pues hoy es mi cumpleaños ¿no me vas a dar mi abrazo? Escúchate. ¿Qué puedo decir? es mi debilidad ¿no? Te amo maldita bruja. ¿Salvaje? Si me hubieras regalado una cuerda te habría evitado la pena y me habría colgado. Preguntas por el medicamento como si no supieras que lo dejé hace meses. Tú siempre lo decías. Estoy dejando salir mis impulsos. No Judith, yo no elijo lo que siento. Ahora da igual, No puedo vivir así. ¿Pensaste en llamar? No lo sé, de alguna manera esperaba que te quedaras. Ahora puedo verlo ¿Qué? Esto no va a podrirse más de lo ya está. Valemos más muertos, si eso tiene algo de sentido. Así se solucionarían nuestros problemas ¿Cómo lo haces? Continuar, dormir, trabajar. Porque las

sábanas me raspan, escucho a los perros callejeros ladrarme a la cara, olvido si tengo que hacer un reporte o si es que lo hice. ¿Eso piensas? ¿Irte? No lo harás. ¿Quién te crees que eres? Retomemos Judith, ¿Entonces quieres morir quemada o hago un hoyo en el patio? Lloras tan bonito. Podría arrullarme con tus quejidos de muñeca. No lo entiendes. Sigue suplicando, me gusta. Si tan solo te mantuvieras así. De todos modos te voy a desaparecer junto con tus secretos. Los que nunca quisiste contar. Estaba pensando en otra cosa. En el silencio, cuando me deshaga de ti. ¿Dónde está tu noviecito ahora? Si, tú sin un hombre no vales nada. Ya nada me importa y en verdad quiero hacerlo. Matarte. Levántate estúpida ¿Qué buscas en ese cajón? Eres tan idiota, ni siquiera sabes usarla. ¿Qué haces Judith? Baja esa arma. Ya me voy. No vas a hacer tal cosa. Tú lo entiendes mejor que yo. Tomaré las pastillas y estaré mejor. Lo sabes. Judith baja el arma por favor. Por favor.

## *ANIMALES EN EL PATIO*

Mi madre me decía que el perro había escarbado de nuevo en el patio. Que ya sabía yo qué hacer. Me preguntaba cuánto tiempo más se prolongaría esa inútil reprimenda. El perro me agradaba tanto como cualquiera haya disfrutado quedarse sin poder respirar. Aun así, eso no justificaba el golpearlo cada vez que hacía un agujero.

La dinámica más o menos similar cada vez: lo llamaba por su nombre, el Rolo agachaba la cabeza, yo lo amenazaba, el perro corría; lo perseguía con una vara, zapato, cable, manguera, cuerda, o lo que sea que mi madre me proporcionara al momento. Le pegaba en repetidas ocasiones, hasta que mi madre decidía que era suficiente.

El Rolo fue huesos y piel. Su columna, me recordaba a unos collares africanos de una revista de National Geographic que estaba en el revistero del baño; también venían fotografiados un par de niños somalés con barrigas infladas, que contrastaban con la exhibición de huesos de su cuerpo. Así el Rolo, el perro Somalé pensé. Su oscuro y corto pelaje exhibía cada costilla, como los niños africanos con su piel opaca y hollinada.

El ideal del canino guardián, era muy común en la colonia. Mas era risible pensar que un perro flaco tambaleándose por la casa, haría otra cosa además de dejar plastas de excremento aguado difícil de recoger.

—¡Remedios! ¡deshazte de ese perro! dijo mi madre un par de veces. La razón para no subirlo a mi automóvil era su lomo cargado de parásitos.

Esperaba que cayera muerto de un momento a otro; bastaría, que le pagaría al hombre que recogía la basura para que se lo llevara.

A veces encontrábamos garrapatas en el patio. Alguna vez mi madre pisó una de ellas. Maldijo y luego gritó mi nombre. Por un momento pensé que la encontraría tirada en el suelo o que la habría picado algún bicho. Corrí asustada para ayudarla. Sentada en su mecedora me mostró su zapato. Con la mirada fija me gritó en silencio. Las arrugas de la frente y pómulos eran líneas que tragaban la luz del día. Sus ojos, hoyos negros eran portales dimensionales capaces de trasladarme al llanto y a la soledad. Mi madre, que no había sido otra cosa que una mujer vieja, se valió de sus arrugas como arma infalible durante mi infancia y juventud. Después de allanar mi ser, se derrumbó en la silla más próxima para entregarme su zapato con la garrapata aplastada en la suela.

—Me siento mal. Dijo mi madre. Seguido lo decía y nunca me cuestioné cuándo podría ser verdad y cuándo una mentira que se decía a sí misma. Le di su medicamento y le pinché el dedo para revisar sus niveles de azúcar.

Después de ese episodio me decidí a sentar al saquito de huesos a mi lado. No fue sencillo convertirme en verdugo de esos animales hematófagos. Usé mi pulgar como arma de ejecución. Hurgué su lomo, costillar, axilas y pezuñas; las orejas eran una colonia bastante popular y por lo mismo sobrepoblados. Tenía sangre en las uñas y preferí ahogarlas. Deposité a los animales en un vaso con agua y jabón. Algunas nadaban por la orilla en busca de su libertad. Una libertad, que les permití a medias y cuando estaban a punto de salir del vaso, las regresé al agua para que se ahogaran.

La resistencia, de llevar al cachorro al veterinario se debió a que a los tres perros anteriores al Rolo: Max, Goliat y Lola, los llevé a vacunar y desparasitar desde pequeños. Podría decirse que fue un animal por año. Pagué por atención médica. Me entregaron sus cartillas y las indicaciones para mantener a las mascotas sanas. Pero ninguno de ellos creció en casa. Alguno de ellos se habrá fugado o salió a dar un paseo y encontró otro dueño, otra casa; los otros se perdieron sin que supiera el cómo ni el porqué.

Muchas tardes, observé al Rolo desde la ventana; le gustaba escaparse entre las estrechas rejas. Hurgaba la basura de los vecinos; cualquier basura la consumía como majar, mientras que su plato aún tenía croquetas. Alguno de los vecinos, lo apedreaba para alejarlo de sus bolsas de basura. Una niña que jugaba en la calle lo tomaba en sus brazos y sin un atisbo de asco, se esforzaban por meter al perro entre las barras del cerco. Yo no hacía nada para ayudarla. Podría haber salido para abrir la reja, pero prefería no hacer nada. Por su parte, el Rolo chillaba una vez que la niña lo regresaba a su casa, mi casa, la casa de mi madre. Seguramente el llanto del animal se debía a que le impedían continuar con el hocico metido en la basura.

En una ocasión, al llegar a casa encontré al perro amarrado. El animal sin agua en el traste, sin una sombra para resguardarse del calor. Mi madre sentada bajo la sombra tabachín, se mecía frente al perro. Con un pie impulsaba su mecedora. Evité hacer algún comentario. Guardar silencio era guardar distancia.

—No lo sueltes. Dijo mi madre.

Como si yo quisiera soltarlo o cuidarlo. Yo no quería hacer nada con él, pero me decidí a llevarlo al veterinario. Dije que lo

encontré en la calle y que me dio pena, como si eso me hiciera mejor persona. Recibió atención mientras a mí me dieron indicaciones precisas, haciendo énfasis en que su crecimiento dependía de quitarle todas las garrapatas.

Un par de días hice lo que se me indicó. Luego, el Rolo, dejó de esconder la cola, batiéndola como jugando carreras de velocidad con los colibrís que visitaban las flores del patio. Comenzó a bajar la ropa del tendedero. Sacaba las plantas de las macetas, inclusive las de ornato, y continuó escarbando en el patio de mi madre.

Desconocía los padecimientos del Rolo. Debieron ser importantes después haber sido chupado día y noche por cientos de animales parasitarios. Escondidos por todas partes unos encima de otros. Lo que sí era evidente, fue el deterioro de su olfato. Al tirarle algún hueso de pollo o pedazo de carne, daba un par de vueltas sobre su eje antes de consumirla. En una ocasión una paloma estuvo a punto de robarle un pedazo de pollo. Pensé en que ni siquiera sabía que las palomas eran omnívoras. El ave dio muchos picotazos a la comida. Picaba, se retiraba un par de pasos y engullía el alimento, regresaba el ave y repetía la acción. Salí de mis ensimismamientos sobre la idea de las palomas como ratas aéreas y la espanté. Quizá no era pérdida del olfato lo que sufría el Rolo, pero sí una disminución. La verdad es que no me tomé la molestia de averiguarlo.

Una tarde después de comer nos fuimos al patio, mi madre en su mecedora y yo en la hamaca que días atrás había colgado. Ambas comíamos uvas rojas. El néctar de las uvas se esparcía gentil por mi lengua. Recordé la consistencia de las garrapatas al prensarlas con mi dedo. Seguramente la sangre absorbida por el ácaro se extendería

generosa por la lengua de ser el verdugo mis dientes. Quién sabe si los niños somalés tendrían reparo en consumir esos animales jugosos.

Mi madre se comió una uva, contuvo el aliento y sus arrugas formaron látigos que alcanzarían a cualquiera. Se levantó de prisa para castigar al Rolo, quien hacía brincar la tierra sobre sus patas a un lado del tabachín.

Quise adelantarme a ella, pero me atoré entre el tejido abierto de la hamaca. Mi madre le hundía la cabeza al perro en el insipiente hoyo. Le pegó con una vara. El Rolo le mordió el brazo. El perro intentó zafarse de mí madre, igual que yo lo hacía de los hilos de la hamaca. Mi madre tenía las venas del cuello inflamadas al apretar el cuello del Rolo. Los ojos del perro se pusieron vidriosos. Sentí frustración por él y por mí que no lograba soltar mi pie del tejido. Mi madre apretó sin dar tregua. El perro no moría y ella no lo quería soltar.

Por fin me liberé y corrí a quitar las manos de mi madre del cuello del Rolo. Mi madre se tumbó a un costado y me pidió agua y las pastillas. Me quedé ahí. El perro chillaba. Lo aparté de su lado y poco a poco comenzó a recobrar la respiración. Mi madre insistió en que le trajera agua, luego se desmayó o sufrió un coma diabético. En ese momento no lo supe. Ni tampoco fui a traerle el agua, ni las pastillas. Acerque al animal hacia mí. Le desprendí garrapatas de las orejas y formé una fila en la arruga más profunda de mi madre, esperando ocultar esa línea devoradora de luz.

## *ADMIT ONE*

Trabajé de taquillera en una pequeña feria. Fue una noche, un par de horas solamente. Tenía doce años. Un hombre tuerto y de voz ronca me entregó un rollo de boletos *Admit One* y también una caja con monedas; me llevó a una taquilla de lámina que estaba en medio del trenecito, el martillo y naves espaciales, alrededor todo giraba y estaba lleno de luces. La caseta era casi de mi estatura y yo no quería entrar porque olía a calcetines sucios y a frituras rancias; creí que si entraba a esa taquilla no volvería a salir de ahí. Pero no tuve opción y entré; de inmediato se asomaron niños y papás por la rendija, supuse que ya me esperaban y les vendí boletos para que se subieran a los juegos.

Después me convertí en niñera. Trabajaba con la tía Lupe, ella era prima de mi mamá, pero no sé porque ellas casi no se frecuentaban. Tía era la niñera titular de la cuadra; sus tarifas eran por día o por semana, según lo requirieran las mamás; a las que a veces les cambiaban los horarios en la fábrica o trabajaban horas extras. Yo le ayudaba y me pagaba un porcentaje. A los niños los cuidaba en su casa, por lo que no era un establecimiento formal y nadie revisaba nada de nada. El menú de guardería era: hot cakes, huevo con salchicha, sopas de pasta con verdura y, a veces, pollo. Al resguardo y sin costo se agregaban los regaños. Cuando los niños jugaban a los superhéroes es cuando más gritaban porque se perseguían y peleaban entre sí. Decían que ellos eran los *Avengers* y les gustaba jugar a *Infinity War*. Tenía que llamarlos por sus nombres de superhéroes porque si no ni me hacían caso. Yo había sido hija única y me encantaba unirme a las batallas de

los niños. Eran como mis hermanitos, pero en esos momentos también eran mis enemigos. Yo era Capitana Marvel combatiendo contra Thor, Spiderman, Hulk y Iron Man. A los niños les molestaba que yo fuera Capitana Marvel porque decían que me creía la jefa de todos. Me llamaban tramposa y yo les contestaba que eran unos miedosos porque ellos eran cuatro y no podían contra una.

Le quería contar a tía Lupe que trabajé en una feria; que me contrataron como taquillera. Me acordé de eso cuando la escuché platicando algo por teléfono. Me di cuenta que traía un teléfono nuevo, mas no le había preguntado si había vendido el anterior; pero fue ahí, en su conversación que me enteré el porqué del teléfono nuevo. No es que yo fuera entrometida, sino que ella hablaba fuerte y se podía escuchar perfectamente lo que decía. El punto es que le dijo a alguien que había ido a la feria; me pareció raro que no me lo hubiera contado a mi primero, ya que por lo regular me hablaba de sus fines de semana. Contó que se subió al juego del *Kamikaze* y que cuando estaba volteada de cabeza a no sé cuantos metros de altura, pero que eran muchos, se le ocurrió tomar una foto con su teléfono y se le cayó. La imaginé agitando los brazos, luchando por sostener su smartphome mientras escapaba de sus dedos cediendo a la caída libre; iluminando su pantalla, tal como lo haría el corazón de Iron Man brillando en la oscuridad. Pensar en la feria era también recordar las frituras y el olor a aceite quemado. Se me revolvió el estómago al imaginar las frituras y churros de harina.

—¿Te conté que trabajé en una feria, tía? le dije a tía Lupe, pero no se interesó. Lo noté porque no me preguntó ¿cuándo? o ¿dónde? Solo dijo “ah”. Vendí boletos, quise decirle, pero pues no le

dije nada. Ya mucho menos iba a continuar diciéndole que mi jefe era un esto o un lo otro. ¿Para qué? Si ella solo dijo “ah”.

Por la tarde los niños alternaron el juego de los superhéroes con el de astronautas. Usaron bandejas de plástico sobre la cabeza y dijeron ser los primeros monos espaciales. No sé por qué, pero a mí me nombraron Laika la perrita astronauta.

—Yo vi al *Spunik 2* desde *Asgard*, pero Laika ya estaba muerta, afirmó con solemnidad Thor.

Me coloqué un casco y aullé con tristeza al saber lo que me deparaba el destino. Tía Lupe estaba en la cocina preparando la comida y dijo algo que no entendí. Luego nos vio jugando en el suelo con sus cojines tirados y a los niños con las bandejas de la cocina en la cabeza, porque si los astronautas no traen cascos se mueren. Además, la tele estaba a todo volumen. Los niños ignoraban las molestias que ocasionaban al jugar y, por otro lado, tía Lupe llegó a asegurar que la misión de los niños era fastidiarla. Pues ellos siempre se estaban moviendo y la casa no les alcanzaba para correr y por eso se trepaban a los muebles. Supuse que yo los comprendía y su energía me era afín dado que mi edad rondaba entre la adolescencia y la juventud. Tía nos alzó la voz y dijo que levantáramos el tiradero. Para que se calmara senté a los chicos en el comedor y nos comunicándonos con señas. La sopa estaba lista. Hulk dijo que no quería comer fideos otra vez y tía Lupe le metió a la fuerza una cucharada de sopa caliente. Yo le di agua y lo abracé. Luego Spiderman se paró en la silla y tía Lupe lo obligó a bajarse con un pellizco. Iron Man esperó a que tía nos diera la espalda para hacerle muecas, sacando la lengua y arrugando la cara; él sabía cómo hacer reír a sus amigos y por supuesto que se rieron. Tía Lupe lo

sorprendió y se llevó a Iron de las orejas. No lloró, solo arrugó la frente e hizo los labios para abajo como el emoji de carita triste. A la mayoría nos dio risa, pero nos aguantamos. Luego se lo llevó para encerrarlo en el baño. Quien sabe qué estaría haciendo que se quedó adentro muy callado.

—¿Sigues trabajando en la feria? preguntó Hulk, ya más tranquilo, después de la cucharada de sopa caliente.

—Ya no.

Alguien llamó por teléfono a tía Lupe y salió para hablar en el patio y nadie la molestara. Nosotros nos quedamos en el comedor. Como la comida estaba recién hecha y los platos seguían humeando los chicos hicieron competencias de soplidos para enfriar la sopa; ganaba el que lo hiciera más fuerte. Luego volvieron a preguntarme:

—¿Qué hacías en la feria?

—Defender a unos chicos traviesos.

Pensé en contarles una historia para que se divirtieran un rato y a Hulk se le olvidara lo de su lengua quemada. Les conté que un tipo feo con el ojo parchado me contrató para vender boletos en una feria y que me encerró en una taquilla donde yo apenas cabía.

—¿Y no te dio miedo?

Les explique que un poco, al principio, no tanto por el encierro, sino por el hombre que además era gordo y su color de piel iba del verde al morado.

—Yo creo que era un pulpo mutante.

—De seguro quería matarlos a todos, dijo Thor

—O dominar la tierra; luego supo que eras Capitana y por eso te encerró. Agregó Spider.

—Igual que Lupe encerró a nuestro Iron Man.

—Sí, Hulk igual, dije.

Spiderman se paró en la silla para tomar la palabra

—¿Y si lo sacamos del baño?

Estuvimos de acuerdo. Hulk cuidó la puerta de la entrada para vigilar que tía no entrara y los demás fuimos a rescatarlo. Iron estaba jugando a las espadas con los cepillos de dientes.

Regresamos todos a la mesa y continúe con la historia. Les conté que llegaron muchos niños, sin padres y sin dinero. Me preguntaron si les podía obsequiar una entrada porque no traían dinero. Se les notaba en la cara que nunca se habían subido a unos juegos mecánicos.

—¿Y porque no les pedían dinero a sus papás? Preguntó Iron.

—Yo creo que se salieron de su casa sin permiso, dijo Spider.

—¿Y qué hiciste?

—Primero les dije que no, pero luego pensé que si les daba un boleto no pasaría nada. Pero si pasó, porque la taquilla se llenó de pequeñas manos que pedían boletos gratis. Yo no sabía de donde habían salido tantos niños.

—¿Les diste boletos a todos?

—No. porque en eso llegó mi jefe el pulpo mutante. Cuando supo lo que pasaba quiso abrir la puerta para sacarme de ahí, pero la cerré por dentro y por más que gruñó no salí.

Les conté que entonces, sin averiguar si eran pagados o no, les arrebató las entradas a los niños. Luego identifiqué a uno de esos chicos, quizá porque no traía zapatos y un niño que estuviera con sus padres de paseo siempre traería zapatos. Entonces se le fue encima ese niño



y lo levantó del brazo. Sus amigos tomaron piedras para defenderlo. Fue entonces que salí de mi encierro, me concentré en mis poderes de Capitana Marvel para absorber energía y atacar a mi jefe el pulpo. La electricidad era captada por mi cuerpo. Un niño salió volando de una patada que le dio el pulpo y corrí para ayudarlo. Después les...

Se abrió la puerta de la casa. Era tía Lupe. Le gritó a Iron qué es lo que hacía afuera del baño si estaba castigado. Me volteó a ver y me tachó de ser una buena para nada. Me culpó de que los niños no la respetaran. Tía jaló a Iron para regresarlo a su encierro, entonces Hulk, enojado y verde se le fue encima a tía Lupe. Intentó quedarse arriba de ella, pero ella a su vez lo mandó al piso. Thor le lanzó una caja de colores pegándole en el pecho, los demás se fueron contra ella y la tiraron en el sillón. Su voz se volvió gutural y a mí me corrió de la casa. No estaba dispuesta a dejar a los chicos con ella. Tomé su teléfono y la amenacé con dejarlo caer en la sopa si no nos dejaba salir. Dijo que era ella la que mandaba y que yo no la iba a asustar con mis tonterías. Deje resbalar el teléfono en el caldo de la sopa. Salimos corriendo los cinco y nos detuvimos en la siguiente cuadra. Yo tardé un poco más en recobrar el aliento mientras los demás dijeron:

—Vamos a escondernos a mi casa. Dijo Spider.

—Pero no hay nadie en tu casa ¿o sí? Preguntó Thor.

—Entraremos por la ventana de mi cuarto. Allí seguimos jugando.

—Yo quiero saber cómo vencieron al pulpo mutante. Dijo Hulk.

—Si, ya vámonos a jugar.

## *Hiram de la Peña*

Licenciado en sociología por la Universidad Autónoma de Baja California. Ha colaborado en diversas revistas digitales de México, España, Chile y Venezuela. Estudia sobre el Internet y la política en El Colegio de México.

## *LA HISTORIA DE MI PAÍS*

He sido maestra por quince años. Los alumnos no suelen sorprenderme, de hecho, es común que me decepcionen. El asombro llegó cuando le pedí a los del 4to B que hicieran una línea del tiempo de tarea. Clemente, un niño que se infectó de piojos la semana anterior al trabajo, hizo una presentación inolvidable. No cumplía con ninguna de mis exigencias, no le importó nada de lo que iba a tomar en cuenta y aun así se llevó por mucho a los demás trabajos.

Lo primero que debo decirles es que el destino brillante de Clemente sería asegurado por el primer parásito que aterrizó en su cabeza. En la escuela donde trabajo hay casos de piojos todo el tiempo. La mamá de Clemente no iba a pagar un tratamiento para las liendres, la mayoría de los alumnos llegaba sin cabello. El caso de Clemente no fue tan severo, la rapada le iba bien. Era un chico sano y atento a la clase; platicador y medio peleonero, le llené medio cuaderno con el sello del cotorro y el profe de educación física ya le había levantado cuatro reportes.

Sus ojos perdieron la picardía habitual una vez que se presentó al aula con el cuero cabelludo expuesto. Albertina, la hija de una estilista, empezó a chismear de todo. Le decía a los compañeros que «el Clemen» no se bañaba; que el Clemen los iba a infectar y que en vez de hacer del baño iba a empezar a poner «huevos de piojo» por todos lados. Clemente dejó de hablar con los demás y comenzaron a apodarlo «piojo».

Clemente adoptó el mutismo como si hubiera hecho un

voto de silencio. Además, su apariencia era ahora oriental, como la de un monje del Tíbet. Fue por esto que noté su preferencia por la clase de Historia de México. Sus brazos, cruzados en todo momento, se relajaban cuando le hablaba de siglos anteriores. Su boca, cerrada siempre, se torcía con violencia para elevar un: «¡shh!». La agresividad natural del Clemen se asomaba a través de los ojos del piojo si sus compañeros seguían con el ruido o interrupciones durante las lecturas de la conquista, la guerra de los pasteles, etc. Los de la fila de atrás se callaban al verlo; echaba una mirada sobre su hombro y con eso bastaba.

Clemente estaba fascinado por la historia, se lo comenté a su mamá en una junta. Llegué a pensar que tal vez la madre o el padre acumulaban libros de historia en su casa, pero no era el caso.

—En la casa lo único que tenemos para leer son los TV Notas y una enciclopedia bien vieja donde vienen países que ya ni han de existir.

—¿Y Clemente lee la enciclopedia? —pregunté.

—Sí, también las TV Notas, no los suelta desde que le tuvimos que cortar el cabello. Ya ni sale de la casa el pobre.

Todo indicaba que Clemente era buen lector. Un niño de primaria que ubicaba a Checoslovaquia en el mapa; aunque aquel territorio ya no existiera. Nada mal. Estaba segura de que el chico conocía los chismes más candentes de los espectáculos.

La línea del tiempo era una cosa aburrida para la mayoría del salón. En ella deben resumir la historia de México de la mejor forma posible. Son cinco cuartillas como mínimo, más la portada. A muchos de ellos se les complica y terminan haciendo un cochinerito de trabajo. Otros, más listos pero menos honestos, me traen unos

trabajos elaboradísimos donde la mano paterna es obvia. Siempre le he dado buena calificación a los que se esfuerzan, así su trabajo esté desordenado o incluso manchado con soda y polvo de Cheetos.

Me he topado con líneas que los chicos deciden hacer con cartulinas, luego están esas donde cambias la página y salta del engargolado una figura en papel constructivo. No faltan los que me preguntan si no se puede en Power Point; les digo que no, que tienen que meter las manitas. Otros de plano dan lástima; también estaban los trabajos como los del piojo. Uno cada tres lustros, al parecer. Clemente tenía una idea distinta de mi concepto del tiempo lineal.

El día de la presentación veía a Clemente; estaba inquieto. Me fui por número de lista; Clemente se apellida Zurita. Cada chico pasaba al pizarrón y explicaba su línea del tiempo. La mayoría fueron un montón de hojas oficio pegadas. Albertina, que a diario portaba un perfecto chongo, me presentó un trabajo donde las líneas de diferentes procesos estaban trazadas con estambre de tonos diferentes. Presté atención a su trabajo y a su cabello, estaba hecho una plasta de gel, crema para peinar y brillantina que su mamá le hacía a modo de barrera contra los piojos.

Los más hacendosos habían agregado dibujos en las fechas clave y flechas de colores chillantes. Cuando por fin le tocó a Clemente, todo mundo ya se quería ir a su casa. Los niños bostezaban, pero les dije que Clemente los había escuchado y que ahora ellos lo escucharían a él. En efecto, el chico abrió la boca después de mucho tiempo de silencio. Sacó una especie de encuadernado de su mochila, similar a una revista de chismes. Aclaró que los contenidos de la portada no eran los más

recientes, sino los que él consideraba importantes. Le puso como título «La historia de mi país». Se podía leer en su portada: «*Pleitazo*: Hernán Cortés llegó a Veracruz y armó tremendo zafarrancho. Más detalles en p. 2»; «Maximiliano, ¿emperador de a *mentis*?»; «Nuestro asesor te dice cuáles son los mejores pañuelos a lo J.M. Morelos y Pavón. p. 6»; «Obregón explota: "*Villa y Carranza fueron mis mejores amigos, pero me tienen hasta la madre*". p. 3»; «Los Mayas revelan tu horóscopo para 2012».

Clemente habló del interior del pequeño tabloide. Convirtió las historias de la Malinche en un chisme de barrio; habló de Benito Juárez y dijo, con la saña que poco a poco recuperaba, que el peinado del presidente era tan perfecto que el viento no le hacía nada, justo como a los cabellos de Albertina. Se escuchó un «¡uhhh!» general y luego risas. El piojo se estaba defendiendo y yo lo dejaba, nunca había visto al salón poniendo tanta atención a los temas de historia. Yo daba mis clases y al verlos todos aburridos me desanimaba, pero este piojo llegó con lujo y cabeza para acomodar chistes y burlas sobre la marcha. Me esforzaba para no sonreír, pero me acordaba de la mamá de Albertina, de sus uñas postizas y esa obsesión por la brillantina, de su tonito de voz cuando se peleaba con todos los profes para que le subieran de 9.4 a 10 a su niña.

Cuando el piojo terminó su exposición, todos los alumnos corrieron para echarle una hojeada a su revista. La chica del chongo fue la única que permaneció en su asiento. Apretaba los dientes. «¿Se vale hacer eso, profe?». Le dije que sí y me pareció ver un cabello escapando al efecto del spray en su cabeza. Ese día, Clemente dejó de ser «piojo» y volvió a ser «el clemen».

## DAVID YAZBECK

Alberto Flores, agente periodístico de la revista Forbes en México, fue encomendado a realizar entrevistas a una élite de medianos empresarios menores de treinta y cinco años para un número especial titulado: “35 y en ascenso: líderes de las ME en México”. La entrevista número veinte resultó ser más complicada de lo que imaginó, pero no era una cuestión de timidez del entrevistado o de falta de oficio por parte de Alberto. Las respuestas del empresario mexicano de origen libanés, David Yazbeck, fueron una pesadilla para el tono triunfalista y arrogante de este tipo de ediciones especiales. Yazbeck, con alopecia avanzada y cejas espesas, era nacido en México. Poblano. Su abuelo había llegado a México a bordo de unos de los buques que Lázaro Cárdenas envió a España durante la guerra civil. David Yazbeck abuelo había sido parte del personal de la incipiente Casa España en Ciudad de México. Tuvo que huir a Puebla tras una serie de incidentes de corte sexual con un par de refugiadas mucho menores que él.

David Yazbeck padre, no tenía un historial tan oscuro como el del viejo, sin embargo, se enfrentó a varios episodios de evasión fiscal que le permitieron amasar una considerable fortuna durante los años sesentas y setentas. Para cuando el entrevistado había nacido, ya le esperaba una herencia venida a menos.

Yazbeck hijo se dedicaba a la industria textil desde 1999. Mostró algunas fotos a Alberto. En ellas, aparecía su primer local de imprenta de camisetas al mayoreo. El empresario sumaba pesos a sus cuentas gracias a camisetas para grupos de primarias. Los diseños más

horribles eran los más vendidos: un Piolín a dos tintas y la sonrisa de Jack, aquel personaje espigado creado por Tim Burton. El único vencedor, ya bien entrado el año 2002, fue un Bob Esponja a tres tintas.

David cubría las áreas de oportunidad de su negocio al 100%. Fue en 2005 cuando decidió crear su primera planta de reciclaje textil. Conocía que las camisetas para ciertos eventos se mandaban a hacer con bastante anticipación, ese conocimiento, y una falta total de escrúpulos, lo hicieron catapultarse en ese nuevo negocio del reciclaje. Yazbeck siempre lo consideró ideal: era chic y hacía parecer que estaba haciendo algo por el mundo y por la humanidad. Al reportero de Forbes le fascinó la idea, pero no conocía a profundidad la clave del éxito de David.

En la planta de reciclaje textil trabajaban quince empleados, no era muy grande y la mayor parte del trabajo era hecho por unas máquinas enormes que contaminaban el agua manejada en los procesos. Se utilizaban químicos altamente corrosivos para la limpieza de las telas. El proceso estrella era la serigrafía inversa. El negocio era redondo: tres talleres de serigrafía y una planta de reciclaje con la capacidad de revertir la impresión.

La empresa de Yazbeck, socialmente responsable, recibía paquetes de camisetas de los equipos de fútbol de diferentes ligas en México. Las finales de campeonato eran sus favoritas porque los clubes profesionales mandaban a hacer camisetas de campeón antes de jugar la final. Aunque no siempre se hacían las camisetas en los talleres de David, era seguro que terminarían en su planta de reciclaje, al menos las del equipo perdedor. Este era el mejor de los casos, la más leve de

las tragedias que le generaban ganancia al joven empresario. De ahí le seguían otro tipo de desgracias. La única desventura que le provocaba algo eran las camisetas de inauguraciones de negocios que jamás se echaban a andar: su padre, a los 35, se había declarado en bancarrota en cuatro ocasiones.

Yazbeck disfrutaba los pedidos de 200 o 300 camisetas con los nombres de casi recién casados que truncaban sus pasos hacia el altar: el empresario había pisado el altar en cuatro ocasiones. Bromeaba y decía que sus cuatro divorcios eran equivalentes a las cuatro bancarrotas del padre. Sus ex mujeres decían que ese tipo de bromas, y su discurso constante sobre el éxito, eran el principal motivo de las separaciones.

Durante la entrevista, Yazbeck admitió ante el reportero que le daba gusto cuando un paciente de cáncer moría en vísperas de su recuperación. Le recordaban a la muerte de su abuela, anciana poblana que con 92 años dio muestras de superar una pulmonía, de último momento, recayó y murió. Los enfermos del corazón con muestras de mejora también se daban mucho; las personas con muerte cerebral; comas diabéticos y recaídas infecciosas. Yazbeck decía que este famoso canto del cisne era una constante en sus negocios: cuando se acercaba al déficit, la afición de un equipo de fútbol mandaba a hacer 2,500 camisetas para una final y las mandaban a reciclaje al obtener el segundo lugar. Era el ciclo favorito de Yazbeck. Sus asuntos financieros y sus relaciones amorosas eran la prueba máxima. Le gustaba la adrenalina de mantenerse al borde de una situación de crisis y superarla, sin importar que eso significara la tragedia ajena o un nuevo divorcio.

Alberto Flores escuchó con atención las historias del libanés, le contó de las camisetas que eran mandadas a hacer con las leyendas

“¡Es niño!”, “¡Es niña!” Paquetes de no más de cien camisetas, pero que le causaban una especial satisfacción. Tenía algo con borrar los nombres de los niños que por malformaciones jamás pudieron llegar a existir. Los “¡Sí se pudo!” que se grababan en camisetas blancas para que las portaran los familiares de sietemesinos que jamás saldrían de la incubadora. Todo valía. Todo por el medio ambiente y por el dinero. Al menos por el dinero. Ese era el único código de Yazbeck. Se sentía como un vendedor de ataúdes que había diversificado su negocio. Para él eso era. A fin de cuentas, alguien debía administrar la tragedia.

Flores tenía una gran historia, aunque impublicable.

El reportero sabía que su editor en jefe lo recibiría con una patada en el culo si se le ocurría presentar el caso de Yazbeck como una propuesta legítima. Flores se enfrentaba a dos problemas: tenía una entrevista pendiente. Tras darle vueltas al asunto comenzó a verlo de forma distinta, era la influencia del empresario. Una situación desafortunada podía revertirse para beneficio personal, no había duda de eso. Con esos lentes, Flores consideró que su entrevista era una entrevista de sobra y que podría tener éxito en cualquier otra publicación. Algo como Vice, algo donde el lector pudiera dudar de la veracidad de lo escrito, pero no de lo absurda que es la realidad.

## NICOLÁS

La aspiración más grande de la recién casada pareja: ser buenos padres. Ácido fólico, ejercicios, cuidados, visitas al médico y emoción. No tenían idea, era fácil fingir que sí con el niño aún en el vientre. «Sólo uno, para darle buena vida», dijeron. Pero ese «uno», ¿qué vida les iba a dar a ellos?

Rodrigo se quedó esperando a que el nene diera las pataditas reglamentarias, pauta para el gastado comentario: «será futbolista», o, de acuerdo con las aficiones del padre, velocista. No hubo patadas, no habría fútbol ni cien metros planos. El médico fue claro. La lesión en las vértebras. La espina bífida. La posible paraplejia de por vida.

Cada felicitación iba acompañada de un pésame, de una oración, de un consejo y de la inútil lástima. Rodrigo se negó a nombrar como su padre y como su abuelo a ese pequeño; la madre le puso Nicolás. Las primeras palabras: por verse. Los primeros pasos: tachados de la lista.

Un sentimiento de los jóvenes y enamorados padres se convirtió en pensamiento innegable, deseo culposo: un segundo hijo. «Siempre quisimos dos, ¿verdad?», se dijeron, albergando la incomodidad en sus pechos. Pasaron los meses. La panza de la esbelta mujer pronto fue motivo de halagos, buenos deseos y esperanzas. El hombre, en silencio, sufría como el agricultor que está convencido de haber plantado una buena semilla, inseguro de la tierra de labranza. Un parto sin complicaciones y un bebé sano fueron el producto de nueve meses de angustia. Nicolás conoció a su hermano y exclamó: «¡mira, papá, mueve las piernas!». Cuatro años separaban a los hermanos.

«¿Y bueno? ¿Este cómo se va a llamar?», preguntó la esposa, como si no supiera. Así se formó la familia. Anabel y Rodrigo, Nicolás y Rodrigo. Fue curioso, el nombre del primogénito lo liberaba de cargas invisibles, todas ellas proyectadas en el que le siguió. A Nicolás le bastaría el peso de Nicolás y el esfuerzo de desplazarlo a bordo de la silla de ruedas.

Los esposos pasaron noches enteras hurgando en sus memorias. Buscaban el nodo histórico que había desviado a la providencia para mal. No supersticiosos y laicos, racionales y comprensivos. La pareja fue todo eso hasta que llegó Nicolás. Con el segundo niño las súplicas se transformaron en agradecimientos. «¡Pero qué grande se ha puesto Rodrigo!», decían los conocidos y, como para rematar, agregaban: «¡oh!, ¿Nicolás que tal está?».

Los cuatro vivían en una casa de dos pisos. Nicolás ocupaba la única recámara en el nivel inferior. La madre los llamaba a desayunar cada mañana. Rodrigo bajaba los escalones a toda prisa. Nicolás se desplazaba, silencioso, hacia el comedor. La mesa era custodiada por uno de esos muebles donde se guardan vajillas antiguas, sólo que ahí no se guardaba porcelana. Se atesoraba el oro, la plata y el bronce que el padre había acumulado en su juventud como atleta. En las perillas colgaban medallas de diferentes carreras, maratones y triatlones.

El hermano menor entrenaba por las tardes. Demostró aptitudes para el salto de longitud a temprana edad. Rodrigo alcanzaba a ver a su hermano en el palco, lugar reservado para los discapacitados. La madre siempre a su lado. Los primeros meses fueron de admiración. Nicolás se asombraba al ser testigo del vuelo momentáneo de su hermano. Centraba su atención en el aterrizaje. Los pies de Rodrigo hacían contacto con la trampa de arena. Nicolás observaba. Las pantorrillas y los muslos se tensaban al absorber el impacto. El entrenador sostenía la pierna del chico y doblaba la punta

del pie hacia abajo. Nicolás se imaginaba el dolor de un calambre en el cuádriceps. Nicolás echaba un ojo a la pista y al resto de los corredores. Luego, a su silla; a sus piernas y al pellejo pegado a los huesos.

Nicolás mantuvo su fascinación por la anatomía y la disciplina de su hermano hasta que el padre comenzó con sugerencias. «Si tanto te gusta, yo y tu madre nos podemos arreglar para conseguirte una de esas sillas especiales para que entrenes en la pista», «¡joye! Pues quién sabe, a lo mejor y podrías llegar a los paraolímpicos». Anabel se quedaba seria. Rodrigo padre sentía la mirada y decía que él sólo decía, que no le hicieran mucho caso, que no dejara que lo de la silla lo limitara y cosas por el estilo. Anabel hacía otra pausa y el padre guardaba silencio. Se quedaba pensativo con los codos apoyados sobre la mesa, frente a la vitrina repleta con premios del pasado. Desenfocaba y veía a sus hijos reflejados en los vidrios.

Rodrigo llegó a su primera Olimpiada Juvenil el mismo año que Nicolás pasaba al tercer semestre de ingeniería en sistemas. La competencia de salto de longitud había sido dura, pero nadie pudo contra Rodrigo hijo en las regionales. Su rendimiento era de elite. Se podría colar en las listas de espera para el seleccionado nacional de atletismo, de ganar el primer lugar en la prueba. Su futuro era olímpico.

El padre pidió permiso en el trabajo para ver a su segundo hijo saltar. No estuvo presente cuando Nicolás ganó su primera feria de las ciencias. También se había ausentado en la inauguración de la rampa para personas con discapacidad que la madre había gestionado en conjunto con la escuela secundaria. Nicolás no sabía que el último permiso para faltar al trabajo solicitado por el padre había sido el día en que nació Rodrigo.

Llegó primer día de competencias y Rodrigo padre se levantó primero que todos; los apuró para llegar temprano al estadio poli-deportivo. Rodrigo hijo pasó a la final sin problemas. Nicolás se daba

cuenta del brillo en los ojos de su padre. Cada que el hermano menor saltaba, el padre se preocupaba por su alcance, así el chico destrozaría a sus pares, el papá lo quería ver siempre por encima de su capacidad. Esa exigencia no escapaba al conocimiento de Rodrigo.

Anabel se esforzaba. La mística femenina como auxiliar de las mentiras. «A los dos los quiero igual, ¿cómo preguntan esas cosas?». Pero llegaba Rodrigo a la pista y la madre entrelazaba las manos. Lo mismo en cada ocasión. Rodrigo estaba acostumbrado a la victoria, le ponía las medallas a Nicolás cuando terminaba sus competencias. Aquel día, donde una docena de cazadores de talento observaba, Nicolás cargó con el bolso de la madre, la que no tenía favoritos, la que saltó el barandal para correr hacia su hijo que había caído mal en la arena. La que golpeaba la pista a puño cerrado.

El médico deportivo dijo que eran los meniscos. Rodrigo bajó a su hijo del Olimpo para siempre. La madre lloró como nunca antes. Hubo operaciones, rehabilitación, fisioterapeutas, psicólogo deportivo y un montón de buenos deseos. Al final, se impusieron las realidades del cuerpo. Rodrigo no volvería a competir. Nicolás era el único que lo entendía. El primer mes en casa fue crucial; Rodrigo tuvo que compartir el cuarto con su hermano mayor. Una camilla con arnés para la pierna invadió la habitación. Los rostros de los padres eran pura ojera y lagañas.

El día que bajaron las cosas del cuarto de Rodrigo al nivel inferior, el joven estaba impaciente, atado a una cama y sin esperanza. Lo invadieron las pesadillas: Nicolás era el hijo favorito, llevaba medallas a la casa; sustento para el orgullo de su padre. Abría los ojos a mitad de la noche. Con la cobija puesta, Nicolás parecía un joven normal. Rodrigo tocaba la pared, para asegurarse de no seguir dormido.

Nicolás se dio cuenta. Las extremidades de su hermano menor eran ahora débiles y pálidas, como las de él. Caminaría, el

hermano menor caminaría con el paso del tiempo, pero se convirtió en hermano disminuido. Sin posibilidad alguna de volver a saltar, de volver a elevarse, Rodrigo se encontraba atascado en la recámara del nivel inferior. El padre removió los trofeos del mueble y la gente dejó de preguntarle por sus hijos.



## OTRO ÍCONO AMERICANO

Yuriana Kurylenko nació el 15 de diciembre de 1953. Ella no lo sabía, pero la fama la esperaba al otro lado del Atlántico, fuera de su aldea natal, Kumanovo, de la entonces República Federativa Socialista de Yugoslavia. Eran años de prosperidad roja, pero Kumanovo, provincia olvidada y gris, presentaba los primeros signos de la escasez característica del régimen. La población de Kumanovo se lanzó a la caza de Yuriana y de su familia al llegar a la última fase del proceso: vodka y salchichas exclusivas para los miembros del politburó; pan y agua para el resto.

La vida de perseguidos políticos no era sencilla. Yuriana entretenía a grandes audiencias en las plazas europeas a cambio de un plato de alimento. Su carisma era notable para cualquiera, hábil para hacer piruetas y de cuerpo atlético. La hembra terminaba repartiendo huesos y pedazos de pan para su madre. El primero en caer fue Yuriev, el hermano menor, luego Sajana. Kustov, el padre, había huido a las costas griegas mucho antes de la muerte del cachorro.

Yuriana y su madre, Sajina, padecieron el frío londinense; su sueño era colarse en un barco para llegar a la tierra prometida: Estados Unidos. La avanzada edad de la madre, ocho años y medio, no le permitió soportar el último trayecto hacia el puerto de Liverpool. Yuriana desembarcó en la Isla Ellis el día de su cumpleaños número tres.

Pasó tres meses en el barrio Italiano; los basureros del Bronx contenían restos valiosos. La boloñesa echada a perder era su platillo favorito. La suerte de Yuriana cambió para siempre el día que caminó por Manhattan. Sus fauces pronunciadas atrajeron la mirada de un productor de Cine, Frederyk Goldmann. El distinguido productor había huido de su natal Alemania cuando los Dóbermann tomaron

el poder. Después de cuatro meses de refugio en Buenos Aires, y tras la guerra, Goldmann se convertiría en punta de lanza de la industria cinematográfica en Hollywood, era un perro con suerte, la mayor parte de su raza ahora se encontraba felizmente en Israel, negociando en otros ramos.

Yuriana no dudó ni un segundo cuando Goldmann le propuso viajar a la costa Oeste. La casa productora de Frederyk se encargaría de una serie de filmes y anuncios propagandísticos que harían alusión a la vida americana; la amenaza roja era inminente y la carrera espacial se había inaugurado con el lanzamiento del Sputnik. Yuriana no lograba identificarse con nada, todo le parecía perfecto bajo el manto de las barras y las estrellas; el martillo y la hoz la había vuelto un tanto escéptica y de excelente olfato para los sucesos traumáticos.

Estaba preparada para lo que fuera. Goldmann no le falló y conoció un primer trabajo oficial a la edad de cuatro. Un total de 11,524 espectaculares serían colocados en diferentes puntos carreteros a la largo y ancho de Estados Unidos. *There's no way like the American Way!* se leía en el colorido anuncio. Yuriana aparecía a bordo de un Chevrolet 56. La típica postal de viaje familiar. Su lengua brillaba y el gris de su pelaje había sido tratado por los encargados de arte para hacerlo ver más blanco.

Yuriana se convirtió en una estrella, fue natural que los medios se preocuparan por su vida artística y privada, no obstante, había un detalle con ella, uno que levantaba sospechas, sobre todo entre los periodistas patriotas: el color de su pelaje y su extraño acento. Goldmann la llamó a una reunión con altos mandos del gobierno Norteamericano. Tres Bóxers de entre seis y siete años, con pelaje completamente blanco, le aclararon que su origen debía permanecer secreto para el público y le ofrecieron papeles falsos con su ciudadanía Norteamericana; Yuriana estuvo de acuerdo: su nueva fecha de

nacimiento le quitaba un año de edad y ubicaba su cuna en Nashville, Texas, hogar de las novias favoritas de América.

Yuriana se había convertido en todo un ícono americano cuando llegó el 3 de noviembre de 1957. El Sputnik 2 fue lanzado al espacio y la heroína moscovita, Laika, apareció en los noticieros titulares de la Unión Soviética y del mundo entero. Las colegas americanas y británicas de Yuriana hacían comentarios burlones. Le decían que había algo de Laika en ella. Yuriana aguantaba las burlas, incluso las de Natasha Taylor, actriz Husky Siberiana nacionalizada desde el nacimiento.

Pasaron meses y el rostro de Laika apareció en latas de conserva, botellas de pintura y cajetillas de cigarros. Yuriana pensó que aquello era imposible, la valiente cosmonauta rusa explotada por su imagen y no por su hazaña. Yuriana por fin se identificó con alguien. Entendió que cada sistema representa un sacrificio u otro. Comprendió que los engranajes giran sin detenerse y que son aceitados con vidas.

Yuriana cumplió cinco años. Se organizó una gran fiesta a la cual asistieron todas las estrellas del momento, los periodistas acechaban a *The Duke*, el Gran Danés no soltaba su whiskey, como si se tratara de un *western*. Tras beber un par de vasos, se pasó la noche tras la cola de Yuriana, pero ésta se alejó cuando su presencia fue requerida en una sala privada. Goldmann la esperaba, fumaba compulsivamente. Le explicó que mucha gente en el medio ya sabía lo de su origen en la región de los Balcanes, pero el detalle era lo de menos. Goldmann no dio vueltas al asunto. Le dijo que era una perra vieja y que tenía que renovar a las hembras de las que era representante. La yugoslava preguntó por las nuevas y por su verdadero origen. Goldmann, macho de negocios, habló sin tapujos a pesar de las exigencias de la Oficina Federal de Comunicaciones: una Poodle Francesa sacada de un burdel parisino y Kawima Akumoto, Akita de apenas dos años. El papel de

esta última sería crucial para los planes de los canes a cargo, Alaska estaba a punto de ser anexada a la Unión Americana como el 49º estado, se diría que Kawima era de origen eskimal, una perra del hielo, dura y resistente, como la patria.

Yuriana estaba fuera de todo plan futuro. Experimentó el sueño americano y se dio cuenta que de él, al igual que de los satélites rusos, ya no hay regreso.

## *Karla Michelle Canett*

Karla Michelle Canett (@ArreLaQueBarre). Mexicali, Baja California. Estudió la Licenciatura en Docencia de la Lengua y Literatura y la Maestría en Lenguas Modernas, ambas en la Universidad Autónoma de Baja California, donde también se desempeña como docente. Ha impartido talleres de escritura creativa y creación literaria a niños, adolescentes y adultos. Su trabajo se encuentra en revistas como *Cinosargo*, *El Periódico de las Señoras*, *Plástico*, *El Septentrión* y *Ágora*.

## *UNA PIZZA PARA REGINA*

Ernesto le lleva una pizza a Regina todos los sábados entre las seis y las ocho de la noche. No por una cuestión romántica ni de cortesía: Ernesto es repartidor de pizzas y Regina siempre pide una a esa hora. Así de simple. Él tiene seis meses trabajando en uno de esos establecimientos que prometen llevar el pedido en treinta minutos o menos. De ella solo sabe que vive en Enriqueta Camarillo 203 al oriente de la ciudad; y que su comida favorita es la pizza, al parecer.

Son las siete y media de la tarde y Regina no ha pedido su pizza. No deben de tardar en echarme el grito pa'que me trepe a la moto y lleve una pizza mediana de peperoni. Chíngale, Neto, tienes quince minutos pa'llegar, me va a decir Laura, la de caja. Me caga escuchar a esa pinche vieja, la neta. Menos los sábados después de las seis. Ya sé que Regina va a llamar pa' pedir su pizza. Lo hace todos los fines de semana. Desde que entré a trabajar a esta madre, esa morra pide su pizza. Siempre mediana. Siempre de peperoni.

Recuerdo la primera vez que la pinche Laura me mandó a dejarle una pizza a Regina. Los sábados son una putiza. Desde temprano la gente está pide y pide pizzas. Póngase a cocinar algo decente, señoras, que les hace falta. Esa onda de «los fines de semana se cierra la cocina» pone a todos los repartidores de la ciudad a andar como locos. Luego por eso nos atropellan. No sé a quién pinches se le ocurrió que en menos de 30 minutos podíamos hacer comida y llevarla hasta la puerta de su casa. Esa madre es un suicidio. Pero ahí estamos como pendejos pasándonos altos y metiéndonos entre los carros pa'que al final no nos den ni propina. Pinches codos. Y pues ahí iba yo en chinga pa'alcanzar a dejarle la pizza a tiempo a Regina, que en ese entonces no sabía ni cómo se llamaba la morra y menos me iba

a imaginar que no se iba a emputar porque llegué a los 45 minutos. Iba bien cagado pensando en que de seguro no me iban a querer ni pagar la pizza, la pinche raza es bien culera, la neta. En fin, el punto es que llegué y pité como todos los cabrones que repartimos pizza y Regina no salía. Ya me veía yo pagando esa puta pizza. Pero luego vi que abrieron la puerta y se me desfrunció el culo. Y que veo salir a una muchacha bien bonita. Solo sonrió y me pasó los cien varos. Yo le pregunté que si había pedido una pizza mediana de peperoni. Ella me dijo que sí solo con la cabeza y la sonrisa. Se dio la media vuelta con su pizza, se metió a su casa y cerró la puerta. Me regresé todo pendejo a la pizzería, hasta se me olvidó que tenía que dejar otra pizza en otro lugar. Nombre, Laura me puso un cagadón. La neta me valió madres, Regina me hizo la noche.

Cuando contrataron al otro repartidor pa'que me brincara paro los fines de semana, le dejé bien claro que a Enriqueta Camarillo 203 siempre iba yo, que pobre de él que se me adelantara. El morro ni se imaginaba por qué. Qué bueno, luego iba a ir de hocicón con la gorda de Laura y de seguro me iba a decir que era un cerdo asqueroso. Y pues no tanto, la neta. Aunque la verdad sí agarré el número de celular de Regina. Laura no se dio cuenta y antes de cerrar el local me fijé en el registro y ahí estaban, su nombre y su número. Bien fácil, no batallé nada. La guardé en mis contactos, así podía ver su foto de Whatsapp. Sale bien guapa la hija de su madre. Ni te imaginas que se traga una pizza sola todos los sábados.

Una vez llegué con su pizza y la cabrona salió con una camiseta extragrande que le llegaba hasta las rodillas. No traía brassiere, se le veían los pezones. De seguro ni calzones traía. Les juro que no pude contener que se me parara esa madre. Casi le tiro la pizza en la jeta. Era la oportunidad perfecta para recrear una escena porno. Pero nel, otra vez solo sonrió, me dio los cien varos y se dio la media vuelta. Nunca la

he escuchado decir más que gracias.

Laura recibió la llamada que Ernesto estaba esperando: era Regina, iba a pedir su pizza. Cuando estaba lista la orden y le pidió al repartidor que la llevara, el semblante de Ernesto cambió. En efecto, habían pedido una pizza a la dirección de Regina pero era grande.

—¿Tas segura que esta pizza va pa' Enriqueta Camarillo 203?

—Sí, Neto, apúrate, ándale.

Pero un olor a pan y especias, combinado con salsa de tomate y queso mozzarella más un toque dulce le escaldó la lengua. Se le ocurrió abrir la pizza para revisarla y su peor pesadilla estaba justo frente a sus ojos: no solo era grande, también tenía piña. Una pizza grande hawaiana a casa de Regina. Todo menos eso, por favor, todo menos piña. Esto tenía que ser un error.

—Oye, Laurita, échale un ojo a la orden, algo no me cuadra.

—Neto, hay mucho trabajo, ya lleva esa pizza a donde te dije.

Ernesto se quedó viendo fijamente la pizza hasta que otro grito de la cajera lo sacó de su trance. Tomó la pizza, la echó a la caja, se puso su casco y salió rumbo a la dirección de Regina convencido de que Laura se había equivocado con la orden. Luego recordó que tenía el número de teléfono de la chica. No pasaba nada si le llamaba para confirmar su orden, era un favor. Regina no podía ser esa clase de persona que come pizza con piña. Así que practicó un poco lo que le diría antes de llamarle. Después de darle varias vueltas al asunto durante un minuto, marcó su número. Cinco tonos más tarde, lo mandaron a buzón. Volvió a intentarlo. Buzón otra vez. Al final, se decidió por mandar un mensaje: «ola soi el repartidor de picsa keria confirmar su orden una grand jawaiana????» Nadie respondió su mensaje.

Yo, en serio, que creí que entre Regina y yo podía haber algo más, aunque con esto de la piña ya no sé qué pensar. Sé que han de

decir que qué va a hacer una muchacha tan bonita con un pizzero, pero *wachen*, ¿por qué pediría siempre la pizza el mismo día a la misma hora? Una vez 'ta bien, todavía dos, ¿pero todas las semanas? Además siempre soy yo el que se la lleva. Seguro es el puro pretexto pa' verme. Debe ser tímida y está esperando a que yo dé el primer paso. Qué pendejo. ¿Y si le mando una foto de mi verga? No, no, se ve una niña bien, medio fresa. Uy, ya sé. Tal vez hoy me invite a pasar, por eso la pidió grande. Yo debería de sugerirlo, algo así como, ¿necesitas ayuda con esa pizza? ¿Sí te la comes toda? La pizza, pues. Y así va a agarrar el pedo de que yo ya sé cuál es su pedo. Sí, sí, a huevo. Tengo meses esperando esta oportunidad. Lástima que tenga piña.

Limpió el sudor de su frente, se puso el casco de nuevo y continuó su viaje. Llegó a la casa de Regina, veía el número de la casa -203- y la pizza grande en su mano. Estaba a punto de pitar cuando abrieron la puerta, era la chica. «¡Muero de hambre!», dijo Regina con un sonrisa más grande de lo normal en su rostro. «Son 140 por la pizza grande, ¿verdad?», Ernesto no podía hablar, por primera vez la escuchaba decir algo más que gracias. «¿Grande hawaina?», preguntó el repartidor. «¿Hawaina?», «Sí, eso decía la orden».

Ernesto sintió que se le iba el color del rostro y su transpiración aumentó. «¡Sí! ¡Hawaiana! ¡Yo la pedí hawaiana! ¿No te gusta?» se escuchó una voz detrás de la puerta; era una voz grave; era un hombre. Se asomó y tomó la pizza de las manos de Ernesto, Regina le dio el dinero y el joven misterioso usó su otro brazo para abrazarla. La puerta se cerró tras risas y besos en la frente. Ernesto se quedó inmóvil. «Sabía que a ella no podía gustarle la pizza con piña», pensó mientras se subía a la moto.

## COSTAL DE PAPAS

Luisa sale todos los días a las seis de la tarde a correr al parque. Rodrigo lo sabe bien. Lo sabe bien porque es un maldito cerdo que hasta se compró unos binoculares para apreciar ese momento. Rodrigo es un *freelance* que se la pasa echado en su silla. Según dice, trabaja a distancia para *starups* indias y chinas, y como en unos años ellas serán las dueñas de todo, él estará ahí para vernos sufrir. Así que el muy ocioso conoce el horario de las chicas más guapas del barrio que se ejercitan en el parque frente a su edificio. Claro que las que salen antes de las nueve de la mañana se libran de este marrano pajetero: él sigue dormido. Trabaja de noche, dice, que porque se acopla al horario de sus jefes chinos. Pero la verdad es que es muy temprano y a esa hora solo hay señoras de más de cincuenta por las que según él no vale la pena estar despierto.

A las diez de la mañana observa a la primera, una mujer que seguramente no pasa de los 35 —no tiene datos exactos porque con ninguna ha entablado conversación— que camina con su perro *frech poodle*. A las once, la morena de caderas infinitas. A mediodía, un par de mujeres jóvenes que parecen hacer tiempo para ir a recoger a sus hijos al jardín de niños. Entre las dos y las tres de la tarde, una *gordibuena* en minifalda y calcetas altas, de unos treinta años, con cabello corto y los labios siempre pintados de rojo. Por ahí de las cinco, salen varias a correr: unas adolescentes que seguro no pasan de veinte años con *leggings* y tenis de marca, otras chicas de edad universitaria con audífonos y un estuche para el celular que le permite traerlo en el brazo. Pero de todas, su favorita es Luisa —como él la llama pues le recuerda a la secretaria del director de su secundaria, Luisa Hernández, quien no usaba sostén y dejaba notar su pezón a través de la blusa del uniforme—. Luisa es copa C y nunca usa brassiere. Rodrigo se pierde

entre la inmensidad que asoman sus binoculares. No se explica cómo una mujer con esa talla de sostén tiene unos senos tan firmes. Sabe que no está operada porque se contonean con gran naturalidad. Son simplemente perfectos. Luisa es la más puntual: de lunes a jueves siempre sale a correr a las seis de la tarde. Rodrigo también lo es: de lunes a jueves se hace una chaqueta a las seis de la tarde. Rodrigo imagina cómo sería venirse en esos senos, cómo se sentiría una rusa entre esas prominencias. Chuparlas, morderlas, tocarlas. Recostarse en ellas después de haberla penetrado. Y se viene. A las seis con dos minutos su fantasía ha terminado. Es una rutina que queda perfecta con los rasgos obsesivos de Rodrigo. Pero hoy no. Rodrigo nota diferente a Luisa.

A las seis con siete minutos, Rodrigo alcanza a percibir la silueta de Luisa entre los árboles. Rodrigo está ansioso, mira a la joven un tanto decaída, su piel no es tan brillante, los ojos están hundidos. Rodrigo piensa que tal vez está en sus días y el cansancio la tiene un poco agotada. Procura no prestarle mucha atención al asunto y continuar con su cometido. Siempre tiene a la mano pañuelos desechables, se desabrocha el pantalón, se baja la bragueta. Luisa corre más despacio de lo normal. Rodrigo se molesta. Ese ritmo no hace bailar sus tetas como siempre. Sus senos no van al son de “mi vecinita le gustan los janguitos cada rato la veo que anda con su cervecita, ya no le gusta quedarse en su casa tranquilita porque es medio liberal la chamaquita” de Plan B. Rodrigo debe acostumbrarse a este nuevo compás para sincronizarlo con su paja. Mientras trata de adivinar con qué sinfonía bailan ahora los senos de Luisa, nota un sudor excesivo en la frente de la chica. Ese sudor le recorre el rostro, baja por su cuello y desemboca entre sus mamas. Rodrigo perdona que no corra tan rápido solo por esa preciosa imagen. Pero el ceño de Luisa está fruncido y de repente se encorva poniendo los dos brazos a la altura de su vientre. Cólicos,

definitivamente está en sus días, piensa Rodrigo al perder un poco su firmeza. No, no son cólicos. Luisa, sin enderezarse por completo, apura el paso y cruza la calle para llegar a un Oxxo que está en la esquina. Rodrigo se levanta de su cómoda silla. Los pantalones se le hacen nudo en los tobillos pero no piensa perder ni un detalle de lo que está pasando con Luisa. La joven entra a la tienda y sale en menos de lo que Rodrigo pierde por completo su erección. Luisa corre al local siguiente, desesperada, pero no la dejan entrar. Rodrigo ve cómo la *hostess* del lugar la despacha antes de que siquiera pueda pronunciar una palabra. De prisa, la joven suplica en la panadería argentina de a lado. Hace señas y gestos que Rodrigo descifra: olvidó su cartera en su departamento, solo salió a correr, no esperaba que tuviera que comprar algo, por favor, es una emergencia.

Entonces Rodrigo lo sabe: se está cagando. Luisa comienza a temblar, los escalofríos invaden su cuerpo y la diarrea, tan democrática, no distingue entre clases sociales ni tallas de sostén. Rodrigo está intrigado como su pene encogido. Luisa tendría que ir hasta la siguiente cuadra. Allí hay una cervecería y un negocio de tacos. Ve a Luisa correr sin separar las piernas, en realidad va dando brinco, si las abre se le sale todo. Ella lo sabe, él lo sabe, cualquiera que haya estado a punto de cagarse lo sabe. Salta, salta como si tuviera las extremidades metidas en un costal de papas.

Rodrigo piensa. ¿Debería ir a rescatarla? ¿Comprar algo en la panadería argentina donde la culera de la entrada muy probablemente le dijo que debía consumir para poder usar el baño? En lo que bajo y corro hasta donde se encuentra la chava haré, mínimo, ocho minutos, eso, si considero la velocidad de la última vez que corrí. Creo que eso fue cuando iba en la universidad, que me dejaba el pinche camión. No mames, hace cuánto que no corro. No, pues, entonces creo que haré como 15 minutos pa' llegar hasta donde está la vieja esta. Chingado y



qué me dé el puto sol, nel, nel, yo no salgo a esta hora. No mames, la vieja tetona, qué pedo, dónde está, dónde dejé mis pinches binoculares. Ah, ya vi a la cabrona. Qué la chingada, qué hace yendo al puesto de tacos, no va a haber baño ahí, qué pendeja. Ves, te dije, con trabajo y tienen desinfectante en los tacos.

Luisa sigue saltando, la gente que camina a su alrededor parecen no notarla: corren, siguen haciendo ejercicio, escuchando a Taylor Swift, entrando a los restaurantes, paseando a sus perros, peleando con el novio por teléfono, planeando la salida de más tarde, discutiendo por un choque, por el estacionamiento, porque no les dieron el paso. La vida sucede mientras Luisa corre hasta donde sus piernas juntas se lo permiten.

Rodrigo continúa observándola. Quisiera tener unos pompones para echarle porras ¡Vamos, Copa C, tú puedes!, sí vas a llegar, tú sigue brincando como pinche fritanga en aceite hirviendo, vas, ya casi llegas, solo un poco más, un par de brincos más, así, muy bien, en la cervecería hay puro chile atendiendo, a huevo te dejan pasar a zurrar, ¡vamos, vamos, vamos, vamos!

Luisa se detiene y se encoje aún más. Mete el culo tan fuerte como las bailarinas de ballet al estar en puntas, y con las dos manos se lo agarra. Esto hace que saque el pecho y casi se le sale una teta en plena calle. El sudor, la cara de Luisa con un gesto de dolor casi placer, los pezones erectos, su respiración agitada. Luisa se descompone y lentamente, y sin querer mover muchos las piernas, va de reversa hacia la pared. Choca con un godínez en traje y es ahí cuando Luisa suelta la primera lágrima.

Su puta madre, se cagó... confirma Rodrigo. Saca un par de pañuelos de su cajita para limpiar el embarradero que había en su ventana provocado por ese último momento.

## DOS ANUNCIOS POR UN MIEMBRO

«Se busca *fuckbuddy*. URGENTE. De 30 a 40 años. Disponibilidad de 2-3 noches p/semana. Limpio, abierto y dispuesto. Mayores informes al (797) 338-1191».

—¿Está segura de esto, jefa?

—Sí. Imprímelo, sacas copias y distribúyelas por la ciudad. También lo anuncias en la sección de Clasificados de los dos periódicos de mayor circulación. Y creo que hay un grupo en Facebook de noticias de la ciudad, mándaselo al administrador; que él lo publique, no tú.

Catalina estaba convencida de que había un hombre ahí afuera listo para complacerla en todo aspecto sexual, pero que no había buscado lo suficiente. No porque no lo quisiera: su vida ocupada y exitosa se interponía en el camino hacia la felicidad plena. O hacia el sexo pleno, como prefieran decirlo. Sus últimas citas habían sido más o menos un fracaso. Desde los que la idealizaban como inalcanzable, los que pensaban que le hacían un favor porque con ese carácter que se carga no cualquiera se anima, hasta los que huían creyendo que buscaría un compromiso formal. Y sí, buscaba un compromiso, uno serio y duradero y con altas expectativas de terminar en un santo orgasmo. Sin más, solo eso. ¿Acaso era mucho pedir?

—Ya sabes, hombre que te escriba, hombre al que le pides una solicitud con foto reciente y exámenes de ITS de no más de una semana. Una vez con esos datos, te pones a buscarlos en el registro civil, no quiero casados. Luego comienzas a agendar las citas. Martes y jueves tengo clase de *pole* a las nueve, así que solo me pones una cita entre las seis y media y las ocho y media de la noche. Lunes, miércoles y viernes me puedes agendar dos: una de seis a ocho y otra de ocho a diez. Los sábados hasta las ocho para tener el día libre. Los domingos

definitivamente estoy ocupada, ni se te ocurra siquiera mencionarlo como una opción.

—¿Qué lugares prefiere?

—De lunes a miércoles que sea en el bar Archipiélago. Ahí mismo serían las dos citas para no tener que trasladarme. Les marcas y les dices que me dejen cuenta abierta, que tengo unos asuntos que atender que yo les pago en la quincena. De jueves a sábado investigame un lugar cerca de mi casa pero que no esté muy de moda para poder platicar sin tener que estar saludando a medio mundo.

—¿Algo más?

—Sí. Tráeme mi café hirviendo, por favor.

Teresita, la asistente de Catalina, había anotado todas las indicaciones al pie de la letra. Tenía el celular que la jefa había comprado exclusivamente para atender la cuestión de los amigos sexuales y a lado el teléfono de la oficina. Catalina había pedido priorizar el primero. Los clientes podían esperar, su ciclo no y estaba decidida a encontrar a alguien con quien compartir la cama antes de que llegara la menstruación a manchar sus sábanas. Además había leído que la actividad sexual ayudaba a disminuir el síndrome premenstrual y prefería invertir en condones que en paracetamol e ibuprofeno. Eso sin mencionar el brillo que dota a la piel. Tantas ventajas y ella en celibato.

El móvil sonó varias veces, un par de llamadas y muchos mensajes. Teresita se apresuró a atenderlos a todos. «Estoy interesado en el anuncio del *fuckbuddy*», «Quisiera una foto de la mujer en cuestión», «¿Es esto legal?» y otros mensajes parecidos. No tardó en lograr clasificar a los interesados. Si llamaban en lugar de mandar mensaje, seguro tenían más de 40 y estaban fuera de lo que había pedido su jefa. Si mandaban WhatsApp en lugar de un mensaje de texto, seguro tenían menos de 30 y también estaban fuera.

—Oiga, disculpe que la interrumpa pero están pidiendo su foto.

—No había pensado en eso. Mándales una de cuerpo completo pero recorta mi cara, con eso debe bastar.

Y lo fue. Las solicitudes con foto reciente comenzaron a llover. Pero las pruebas de ITS de menos de una semana no, así que eso aligeró la carga de Teresita. En dos días había llenado la agenda de los martes y jueves. En tres la de los fines de semana. Solo lunes y miércoles estaban despejados. El trabajo de Teresita no había sido tan divertido desde su experiencia como ayudante de don Toño en el sobreruedas, donde tenía que escoger la fruta más bonita para que estuviera a la vista y la fea ponerla hasta abajo. No era muy distinto.

—No se te olvide confirmar la cita una hora antes, no voy a estar esperando a nadie.

—Sí, señorita Catalina. Ya confirmé en el bar y dijeron que no había problema, que ellos se arreglan con usted.

—Perfecto. Ah, no olvides pasar a comprar preservativos y lubricante a la farmacia. Pides factura. Y déjame a la mano las solicitudes de los que ya tienes agendados, voy a darle una revisada antes de irme.

Además de la edad y el estado civil, Catalina había dejado claro que no quería ociosos: al menos tenían que tener trabajo, de lo que fuera, pero que se mantuvieran ocupados. De esa manera no tendría problemas para despacharlos de su departamento una vez terminado el cometido.

Revisó cada uno de los expedientes. Había desde un carpintero, un dentista, un supervisor de obra, hasta un instructor de baile y otro de *spinning*. No estaba nada mal. En tres días había conseguido siete acompañantes potenciales. Mejor de lo que había planeado.



—¿Sí verificaste su estado civil? Sería buena idea que urgaras en sus perfiles de Facebook.

—Enseguida, jefa.

De los ahora nueve pretendientes, solo dos aparecieron en Facebook y uno de ellos estaba casado. Catalina, sin hacer gesto alguno ante la noticia, decidió volverse más estricta. Le indicó a Teresita que además de la solicitud con foto reciente y las pruebas de ITS, anexaran una copia de su identificación oficial. Nadie le vería la cara, no tenía tiempo para eso. Y la cita con el dentista, que fue el único con perfil activo en Facebook y soltero, sería el lunes a primera hora, aunque para conseguirla tuviera que soportar el olor a clavo y revistas viejas de la sala de espera para que después le arrancaran una muela del juicio.

—¿Cómo le fue, señorita Catalina?

—Lamentable, pero al menos me taparon gratis una carie.

Catalina se percató de que su estrategia no estaba funcionando. Debía cambiar su anuncio porque no llegaba al público adecuado. El periódico y los clasificados estaban pasados de moda así que debía buscar alternativas más actuales.

«¿Tienes entre 30 y 40 años? ¿Disponibilidad de dos a tres noches por semana? ¿Eres abierto, limpio y dispuesto? ¡Te estamos buscando! Joven abogada está interesada en conocer a su futuro *fuckbuddy*. ¡Tú puedes ser el indicado! Gran casting este sábado a las 8:00 p.m. en conocido bar de la ciudad. Acudir con solicitud, foto reciente y pruebas de ITS de no más de una semana. Más información al (797) 338-1191».

—Jefa, ¿no cree que...?

—Está perfecto. Misma dinámica. Contrátate un diseñador gráfico para que hagan unos carteles llamativos.

—Con gusto, pero...

—Claro, hazte un correo electrónico para esto. Que se

puedan comunicar también por ese medio, perfectfuckbuddy@gmail.com, algo así.

Teresita mandó a hacer los anuncios, unos en calidad para publicaciones en línea, otros tamaño tabloide para colocar en distintos puntos de la ciudad. Hizo un evento en Facebook a través de un perfil que se armó con la cuenta de *e-mail* que creó. Muchos interesados, nadie confirmado. «¿Cuándo son las grabaciones?», «¿Se necesita experiencia previa?», «¿Es trabajo remunerado?» y más dudas por el estilo tuvo que resolver a través de mensajes privados. Hasta hizo una respuesta automática dando detalles del evento. Nadie respondía después de eso.

Con una lona de fondo, una mesa con mantel, dos sillas y una botella de vino tinto, Catalina y Teresita esperaban a los aspirantes. Todo era en el bar, quienes imaginaron lleno aquel sitio ante un anuncio tan sugerente. Se estuvieron hasta las doce de la noche y solo tres personas se acercaron: una mujer de 25, un jovencito de 18 y un hombre de 30. Este último parecía perfecto. No solo era de buen ver, también traía los requisitos en mano. Antes de que pasaran los documentos a Catalina, Teresita les echó un ojo. Estaba limpio, solo faltaba asegurar el abierto y dispuesto.

—Mi jefa tiene gustos particulares, nada grave, no te asustes. Un golpecito de vez en vez, un apretón por acá, un jalón por allá. Uno que otro juego de roles. No eres alérgico al látex, ¿verdad?

El problema no fue lo limpio, ni lo abierto o lo dispuesto. Todo aquello estaba resuelto. El treintañero parecía entender bien de lo que Teresita le hablaba mientras Catalina solo asentía como si hubiera una distancia inmensa que los separara cuando en realidad no eran ni dos metros. Tan bien iba la conversación que Catalina estaba a punto de emular una sonrisa al más puro estilo de Greta Garbo, hasta que el joven tuvo la osadía de preguntar por los honorarios.

—Oh, no, verás, no es un trabajo remunerado. La señorita busca un acuerdo, un asunto de camaradería donde los dos salgan beneficiados. Un ganar-ganar.

—¿De a gratis? ¡Ni que fuera heterosexual!

El candidato potencial salió y tras de sí dejó el aroma de *Le Male* de Jean Paul Gauthier. Cómo no se dieron cuenta antes. Teresita trató de resolver la situación antes de que Catalina terminara su copa de vino. Tal vez algún chico en la barra, algún grupo de amigos, algún mesero desocupado. Alguien. La jefa continuaba sin hacer expresión alguna, bebía cual esfinge, solo parpadeaba, volteaba de un lado a otro y sorbía de nuevo. Una vez vacía la botella, agradeció a su asistente por su disponibilidad mientras le indicaba al camarero que recogiera la mesa.

—El lunes a primera hora delimitamos las líneas de acción para la siguiente propuesta de trabajo. He escuchado algo sobre *speed datings* o *blind dates*. O ya de plano tendré que aceptar las sugerencias de mi madre y acompañarla a las bodas de las hijas de sus amigas. Ya lo vemos.

—Jefa, disculpe, ¿y no habría sido más fácil descargarse Tinder?

—Mierda.

## BEZVOLOSYY

En las calles de Moscú el frío escaldaba la piel y el estómago. La comida era escasa, pero la temperatura permitía que ésta se mantuviera en buen estado por más tiempo, ideal para los humanos callejeros que llegaban a husmear en los botes de basura. Si la comida no era suficiente para los perros, ¿qué esperanza le quedaba a los hombres? Aun así, no era difícil encontrarlos en los contenederos de los edificios gubernamentales. El instinto les había enseñado que ahí sí les sobraba la comida. Primera cualidad de estas personas: su inteligencia.

El apremio por el aniversario de la Revolución Rusa se respiraba por los pasillos de la Agencia Espacial Soviética. La prisa por llegar al espacio exterior era más grande que todo el segundo mundo. El presidente había sido claro: quería un ser vivo en el espacio, quería lanzar un satélite y demostrar su poderío. Laika Kudryavka, la dirigente del programa, aceptó sin vacilar. Monos no, eso ya lo intentaban los americanos. Humanos, son dóciles y hay miles estorbando por la ciudad.

Laika participó en la Segunda Guerra Mundial donde prestó sus servicios brindando atención médica de urgencia. Se prometió a sí mismo no volver a colaborar en actividades que lo descaninizaran; quería conservar los estribos y la dignidad. Así que cuando regresaron los días de paz, decidió dedicarse a la investigación y encerrarse en laboratorios de fisiología. Ahora era un fiel miembro del Partido Comunista y había sido recompensado por su lealtad con un alto mando en la Agencia Espacial Soviética. La guerra estaba en conquistar el espacio, el resto era un juego de niños. Si demostraban control del cosmos, el resto del mundo tendría que ceder. El vigor de la URSS yacía en sus manos.

El equipo de Kudryavka se puso a trabajar: solo tenían un mes para hacer el lanzamiento. Y si no se cumplía, el prestigio y posición de Laika —y su cabeza— estaban en juego. El diseño del satélite estaba casi resuelto: se basarían en el que se había utilizado en el último lanzamiento, el cual había resultado un éxito. Uno que no incluía una vida en su interior. Pero no había tiempo para grandes ajustes. No había tiempo para asegurar un regreso.

De entre todas las personas, las callejeras eran la mejor opción frente a los pedigri. Estos últimos se ofenden rápido y están mimados. Los primeros tienen un instinto de supervivencia y han vivido en condiciones infracáninas. Gente del equipo de Laika se asomó a las calles. Por el pasillo detrás del edificio estaban algunos humanos. Los de intendencia les dejaban la comida aparte, a uno de ellos lo apodaban Bezvolosyy. Los asistentes de Kudryavka tuvieron un presentimiento. Él sería el elegido. Se llevaron a los otros dos por si las dudas. Tenían que fingir que hacían ciencia.

El entrenamiento no era complicado. Los humanos estarían destinados a mantenerse en posición fetal sin espacio para perseguir su propio trasero. Debían acostumbrarlos a ello sin que sus niveles de estrés estuvieran por los cielos. Qué gran contradicción. El único que lo lograba era Bezvolosyy, los otros dos eran demasiado inquietos. Tal como lo creyeron: el pequeño cruzado sería el primer ser vivo en el espacio exterior.

Bezvolosyy es encantador y tranquilo, se escuchaba una y otra vez en los pasillos; cada que tenían que suministrarle laxantes porque el confinamiento le impedía defecar, cada que debían estabilizar su presión arterial. Laika observaba desde la ventana. La agencia le traía recuerdos de la guerra. El estrés de los humanos callejeros sometidos a ese agravio por el poder soviético le revolvía el estómago. Bezvolosyy es encantador y tranquilo, se repetía a sí mismo.

Miembros de la agencia espacial norteamericana, los grandes enemigos, felicitaban a sus homólogos soviéticos por el gran logro. La ciencia cedía a las presiones políticas, la generación de conocimiento está sobre el poder ideológico. Todos estaban entusiasmados, pero solo el equipo de Kudryavka y la misma Laika sabían que no había mucho que celebrar. El presidente continuaba presionando, ni un día más ni un día menos. A una semana del aniversario, las opciones eran cada vez menos factibles y lo que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta se asomaba por el tragaluz del satélite. Bezvolosyy no regresaría, ni siquiera sus restos para poder sepultarlo.

Se habían encargado de ocultar esta verdad indicando algunas mejoras al diseño: se pondría un sistema de enfriamiento —aunque en realidad era para el equipo electrónico, no para el humano—, se le colocaría agua y comida suficiente —a pesar de que sabían que no duraría ni una semana—, se le practicaría la eutanasia en caso de que algo no funcionara —sin mencionar cómo ni cuándo—. Había sospechas, pero nadie osaba cuestionar los anhelos del presidente.

Anda, Bezvolosyy, ven, acércate. Kudryavka esperó a que estuviera sola la oficina para llamar al pequeño humano. Era su último día en la Tierra. Al día siguiente, despegaría el Sputnik 2 y él sería el único tripulante. Laika subió a Bezvolosyy a su auto y lo llevó a su casa. Ahí lo esperaban su esposa y sus dos hijos. Los dos cachorros sonrieron al ver a Bezvolosyy. Un humano, gritaban mientras éste recuperaba las fuerzas y el ánimo. Aventaron una pelota y el callejero fue tras ella. Laika nunca había visto a sus hijos tan felices. Pero qué humanito tan encantador, le dijo su esposa. Kudryavka se despejaba en el patio tras el ruido de los juegos y risas. ¿En qué momento pasó de salvar vidas a condenarlas?

El día había llegado. Era un tres de noviembre del calendario gregoriano cuando el satélite Sputnik 2 estaba por salir en órbita. Bevolosyy había completado su entrenamiento. Un entrenamiento que lo llevaría al espacio para no regresar. El resto del equipo de Laika estaba a la espera de indicaciones. La prensa y medios locales e internacionales tenían la mira puesta en el suceso. Se cuestionaban si el satélite lograría despegar y llegar a órbita. Nadie preguntaba si el humano regresaría con vida.

Bevolosyy se encontraba dentro del satélite mientras Kudryavka revisaba los últimos detalles. Aunque estaban por lograr un acontecimiento que marcaría la historia, los asistentes de investigación e ingenieros estaban desanimados. Eran cómplices de lo que estaba por acontecer. Lo sabían, pero era imposible negarse. Hacían filas para despedir a Bevolosyy, le sobaban la cabeza, le besaban la nariz, le decían que había sido un buen chico. Algunos incluso tuvieron un nudo en la garganta. El único error del humano fue haber sido listo y sereno. Listo por rondar los contenedores de la Agencia Espacial Soviética donde siempre había comida; sereno por soportar la dura preparación al que tuvo que ser sometido junto con otro par de callejeros que no resistieron la fatiga.

Laika observaba desde lejos. Podía sentir la angustia de sus compañeros. Recordaba a los humanos con los que jugó de niño en las calles; la última tarde libre de Bevolosyy junto a sus hijos; sus días en la guerra dentro del hospital militar; las mutilaciones que tuvo que practicar sin anestesia; las vidas truncadas por la avaricia; el pequeño humano subiendo tímido a su auto un día antes. Se acercó a dar la última instrucción: en cinco minutos sería el despegue. Le pidió a un joven que pusiera el cronómetro. Ya estaba todo listo. Solo entraría a despedirse del pequeño humano. Bevolosyy se merecía un adiós.

Los segundos pasaban y las lágrimas comenzaron a correr

entre el personal. Algunos fingían que era de felicidad, que estaban emocionados por el suceso. Pero sabían que lloraban por Bevolosyy. Llegó el minuto cinco y el Sputnik 2 despegó. La euforia se apoderó de todos, gritaban y saltaban con ímpetu, invadidos de alegría por el exitoso suceso: la URSS había mandado al primer ser vivo terrestre a orbitar la Tierra.

Los asistentes buscaban a Laika para felicitarlo por el gran evento, el despegue había sido todo un éxito. Su oficina estaba vacía, tampoco se encontraba en los baños ni entre el personal. Pero entre la barahúnda se asomó Bevolosyy, dando brincos sin entender lo que sucedía. El silencio inundó a la Unión Soviética.

Seguían siendo los pioneros del hecho, pero no con una persona, con un perro. Laika nunca regresó.

## *Saúl Martínez*

Mexicali. Es comunicólogo, reportero y fotógrafo. También es escritor y narrador de cuento corto. Ha participado en encuentros literarios en el noroeste mexicano y ha publicado cuentos en revistas digitales como *El Septentrión*, *Shandy*, *La Piranha MX*, *Bitácoras de Vuelo y Erizo*. Ha sido antologado en el libro de novela negra *Baja Noir* (Editorial Artificios, 2018). No sabe decir que no y cree que algún día terminará un libro de novela policial.

## *ÚLTIMA VOLUNTAD*

El aroma húmedo en la cocina se robustece con el tomillo, la mejorana, el laurel y el olor de grasa de la carne de puerco. Tomo un poco de pimienta molida, la espolvoreo en el lomo de cerdo que he recubierto con hojas de plátano y me inclino para meterlo al horno. Me enderezo y mientras me limpio las manos en el mandil y retomo la respiración, contemplo la cocina de mi abuela, de techo alto y verdes paredes ensalitradas, con sus ollas de barro llenas de polvo que cuelgan del techo y los cucharones de madera en una jarra de peltre azul. Una de las ollas, la más grande, se ha robado mi mirada por varios minutos. La veo allá arriba, enorme en el estante, hasta que Pedro, mi hijo de ocho años, entra corriendo a la cocina. Se le va el aire pero intenta decirme el gusto que le ha dado venir a la sierra estas vacaciones de verano. Le sonrío. No estoy segura si me pone atención, porque de inmediato vuelve corriendo al patio central de la finca con su papá.

Llegamos hace dos días a Talea de Castro, en la falda de la Sierra Madre, en Oaxaca. Aquí pasé mis años de infancia y parte de mi adolescencia, en la hacienda cafetalera de mis abuelos, donde aprendí a ordeñar vacas, torcerle el pescuezo a las gallinas y destazar puercos para comer. A ese estilo de vida le debo unos brazos rechonchos y macizos desde la niñez, así como unas tallas extra en mi ropa. Yo tenía unos catorce años cuando mis papás se fueron a Guadalajara para abrir una fonda y me dejaron aquí cuidando a mi abuela, una señora altiva y vanidosa que escondía sus arrugas en las cremas. Nunca salía de su cuarto sin peinarse, pintarse y con todo su ajuar. Me quedé

ayudándole a entenderse con los comerciantes del pueblo, los que se llevaban los granos a tostar y los que llevaban a vender café a los pobladitos cercanos. Ella no le tenía confianza a nadie más que a mí, y cuando mis papás se fueron, poco después de la muerte de mi tata, no quiso que cualquier desconocido se metiera en el negocio que había empezado junto con su marido, hombre de negocios de trato fácil con todos en el pueblo, lo que le ayudó a prosperar con el cafetal. Siempre pensé que me había quedado yo aquí porque mis papás no quisieron lidiar con ella y su mal carácter al quedar viuda. Mi abuela tenía la idea de que todos en el pueblo la envidiaban y que le mantenían la palabra a modo de conveniencia. Yo creía que era la edad lo que le hacía figurarse cosas, pero nunca le di la contraria para no formar parte de su lista de enemigas.

Parada en este cuarto de gordos ladrillos, en medio de sus enseres, especialmente, cerca de esa olla gigante, me trae a la mente la muerte de mi abuela, ocurrida poco después de que mis papás se fueron. Las voces de Pedro y de mi esposo que juegan en el patio, empiezan a escucharse cada vez más a la distancia. El olor de la cocina se me cuela por toditita la nariz y me impregna la memoria. La mirada la tengo fija en esa olla y los últimos días de mi nana Martha pasan vívidamente frente a mis ojos.

—Nana ¿no vamos a ir al velorio de doña Cande?

—Ay no, hija. Que me perdone Dios, pero la Cande me caía regorda. Seguro yo también le caía mal. Qué chingados voy a andar yendo, ya se murió.

—¡Nana! Doña Cande ya está en el cielo, no había de hablar así de los difuntos.

—Mira hija, cuando crezcas te darás cuenta de cuanta gente hipócrita hay en este mundo. Ahí están la Gloria, doña Antonia y doña Lorenza. Yo estoy segura que nomás me hablan porque han de esperar que cuando me muera les deje algo a esas cabronas. Pero no, todo esto es nomás de tu tata y mío. Un día ustedes lo heredarán.

La verdad es que mi nana no era la persona más agradable del mundo. Yo entraba a la adolescencia cuando, una a una, a las mujeres del pueblo que tenían su edad las andaban enterrando. Una cada mes, casi, casi. “La muerte nos anda rondando, m’hija”, me decía mi nana mientras me miraba por encima de sus lentes y agitaba la mano con el dedo índice hacía arriba, cada que nos venían a avisar que había fallecido alguna de las señoras que yo creía que eran sus amigas, a las que en la Iglesia les daba el saludo de la paz de la manera más incómoda.

Cuando mi abuelo murió, ya por la edad, mi nana hizo sus tradicionales tamales en hoja de plátano y mucha gente del pueblo vino a la hacienda a despedir a mi tata. Ese día, su cocina se inundó del olor de la maciza de puerco, la mejorana, el chile guajillo, el ajo, la cebolla y el tomate. Toda la noche estuvieron en la casa, comiendo tamales y llenando de café sus tazas de barro. Mi nana trataba de no torcer la mueca cuando le decían que qué ricos tamales cocinaba, que si qué rico el café. En un momento en el que estuvimos a solas en la cocina, sirviendo más platos, la escuché murmurar “Ándale, que ya traguen y se vayan, que me dejen sola con mi Benito, bola de urracas...”. Le costó trabajo cumplir la última voluntad de mi tata, de que en su funeral le abriera las puertas a los del pueblo que le habían ayudado a levantar el negocio del café.

A primera hora de la mañana, los trabajadores de la hacienda se llevaron a enterrar a mi tata en un rinconcito de las parcelas de cafetal que están por el bordo de la finca. Por las mañanas, cuando la neblina aún no bajaba, mi nana iba a rezarle y platicar con él. A veces regresaba llorando a la casa y disimulaba estar bien cuando me veía. Lo ha de extrañar mucho, pensaba yo. Nunca la seguí ni la acompañé a sus vueltas con mi tata a la finca; pensé que era un momento para ellos. Me sentí mejor cuando noté que cada vez eran menos los días que regresaba llorando de la parcela. Una vez, cuando se disipaba el sereno, me levanté temprano y la vi por la ventana caminando a la tumba de mi tata Benito. Sonreí de ternura de verla sobrellevar la muerte de su esposo. De un momento a otro, escuché sus carcajadas cuando estaba frente a su tumba. Las risotadas hicieron eco en la parcela. Se jaló el chal mientras reía y aplaudía. Un escalofrío recorrió mi espalda y luego miré que la risa la estaba dejando sin aire, hasta que se enderezó supe que estaba bien. Yo me quedé parada frente al ventanal, con cara de tonta. Mi nana volteó de repente aún con su sonrisa chimuela. Creo que alcancé a esconderme entre las cortinas. Su risa se detuvo y de rato ella entró a la casa. Después de darnos los buenos días, creo que esa mañana tuvimos el desayuno más incómodo del que tengo memoria. Dos días después, mi nana me dijo que se sentía mal. Sentada en su mecedora de yute, en el pórtico de la hacienda, me advirtió que ya le estaba llegando la hora.

—¿Quiere que traiga al doctor? ¿Le hablo a mi amá?

—¿Y pá qué? No, no les andes hablando. Mira, voy a dejarte un cuaderno. Quiero que hagas lo que dice ahí, así como te lo estoy poniendo

—¿Qué es?

—Tú no preguntes. Ábrelo y léelo el día que yo no amanezca. Lo voy a tener en mi cómoda. Y más te vale que me cumplas o vengo a jalarte las patas en la noche, hija de la chingada.

Siempre me dio miedo que me hablara así o que me amenazara con esas cosas. Al siguiente domingo me desperté temprano para ir a la misa de ocho. Desde una de las ventanas de mi cuarto se miraba la cúpula anaranjada de la catedral sobresalir en medio de la neblina. Me fui a la pileta a lavarme la cara, me puse un vestido y me hice una trenza. Entré a la recámara de mi nana y seguía acostada. “Levántese nana”, le dije. Me acerqué a su cama y la miré con la boca abierta. Tenía la cara amoratada, los labios resecos y los ojos sumidos. Me arrimé a escucharle el corazón, pero nada. La abracé bien fuerte y lloré. Me quedé buen rato a su lado y cuando se me acabó el llanto, me acordé de su encargo, me sequé las lágrimas y busqué en su cajonera el cuaderno con su última voluntad; al pie de su cama, comencé a leerlo. La piel se me puso chinita, un calambre me recorrió la espina y la carta se me cayó cuando todavía no lo terminaba de leer. La junté y la releí, quería estar segura que había entendido bien. Era su última voluntad y me había obligado a cumplirla. No quería andar recogiendo las patas por la noche con el miedo de que fuera a venir a jalármelas.

Esa tarde fui al monte a recoger la leña y hojas de los plataneros yo sola. Era domingo y día de descanso de los trabajadores. La hacienda estaba sola ese día. Me fui al mercado a comprar mejorana, ajo, cebollas, tomate y cuando regresé, me puse a preparar el nixtamal. Me persigné apretando el rosario, respiré profundo mientras miraba el techo y empecé a preparar sus tamales en hoja de plátano. Al día

siguiente por la mañana le prendí el fogón y me fui a buscar al padre a la Iglesia a decirle que mi nana no había amanecido. Él tomó su hábito con preocupación y me acompañó de vuelta a la hacienda.

—¿Y dónde está, hija?

—Aquí, la cremaron ayer mismo y la pusieron en esta urnita de madera.

—¿Y por qué avisaste hasta ahora, hija? Te hubiéramos acompañado.

—No se preocupe, padre. Acá me ayudaron los trabajadores. Era su voluntad no hacer tanto escándalo de su muerte, ya sabe cómo era.

—Al menos hay que velarla, hija. Tú sabes que tu nana era muy querida en el pueblo.

—Sí, padre, por eso fui pá con usted. Ya hasta puse unos tamales en el fogón y tosté poquito café, ella quería así algo sencillo.

—¿Son de los que hacía tu nana? Deja tocar las campanas para avisarle al pueblo que vengan esta noche.

—Sí, Padre. Ella estaría feliz de que la gente viniera hoy

Llegaron unas cien personas, por la tarde, a la hacienda. Me abrazaron, me dieron el pésame y se sirvieron hartos de café de olla. De rato, los tamales ya estaban listos para la cena. Se necesitaron tres jornaleros para llevarlos al comedor. Yo tenía los brazos bien cansados de prepararlos. La gente hizo fila para agarrar tamales así con la mano, a puños. Se los empezaron a comer con prisa, como si hubieran llegado hambreados. De pronto sentí ese desprecio que les tenía mi nana. Algunos tardaron en masticar la carne correosa que los rellenaba

y hacían el gesto de que los estaban saboreando. Cuando acababan de tragar, se iban un rato a hincar frente a la urnita de madera que tiene el nombre de mi nana.

“Qué buenos los tamales de doña Martha”, dijo doña Antonia a sus amigas. Con la boca llena, doña Lorenza también le hacía segunda. Doña Gloria me agarró los cachetes y me miró muy compadecida. “Pobrecita, m’hija, qué bueno que te dejé la receta de los tamales; tú sabes que queríamos mucho a tu nana”, me comentó. Antes de la medianoche, la olla de los tamales quedó vacía, igual que la hacienda. Días después, pasado el novenario, me fui con mis papás a Guadalajara. Allá pude terminar la primaria y la secundaria, todo lo que no había estudiado mientras estaba a cargo de mi nana. La hacienda quedó al cuidado del capataz desde entonces, que siempre ha sido como de la familia. Poco después se volvió tradición volver acá en las vacaciones.

Ahora, viendo esa olla en la cocina, entiendo a mi nana y ahora me parece escuchar el eco de sus carcajadas y sus aplausos, pero me doy cuenta que son las de mi hijo que juega con mi esposo en uno de los cuartos. Me quito el delantal para salir a sentarme un rato en su vieja mecedora de madera que ha sobrevivido las lluvias de los últimos años. Antes de salir al pórtico, voy a la sala y le sonrío a la urnita que tiene tallado su nombre, rellena con cenizas del fogón y tortillas quemadas, esa que hemos dejado en la repisa junto a la Virgen y unas velitas.



## *EL ESPACIO*

Eran las tres treinta de la madrugada. La luz ámbar se colaba desde la calle por las cortinas de lino desgastado y un silencio sepulcral inundaba la casa. Salvo los ladridos y aullidos lejanos de un perro, la mudez de la noche era densa y abrumadora.

Agustín se levantó cuidadosamente de su cama para evitar que chirriaran los viejos tablones y resorte que sostenían el colchón en el que dormía. Con pies ligeros, caminó hasta el cuarto de sus papás. Era más o menos la hora en que solía hacerlo, casi todos los días, desde hace un año.

Empezó poco después de cumplir los cinco, cuando tuvo un cuarto propio. Ahí dormía acompañado de una lamparita amarillenta con el rostro triste de un payaso que su mamá le compró en un tianguis. Pero su sueño, entrada la noche, se transformaba en la necesidad de irse a la cama de sus padres, especialmente para dormir abrazado de su mamá.

Leonardo había decidido ya no tolerar ese desplante de su hijo. La falta de sueño y de intimidad con su mujer, junto con el estrés de su trabajo en la mina, lo tenían al borde de la demencia, esa que solo algunos hombres logran comprender y otros más desgraciados les toca vivir. “Es que tuve una pesadilla”, decía Agustín, siempre entre gimoteos. Victoria le permitía acostarse en medio de los dos con tal de no levantarse a convencerlo de regresar a su cuarto, aunque eso le costara aguantar las patadas y manotazos por su manera de dormir. A veces ni las sentía. Para ella, las noches eran una especie de lapso

ingrátido, un episodio en blanco de su día, en el que podía ocurrir casi de todo y, aun así, tenía la virtud de seguir durmiendo, por ello, nunca le incomodó que su bebé durmiera con ella cada que a él le placiera.

Los últimos días en la mina de zinc habían sido muy agotadores para Leonardo y apenas podía dormir. El camastro que compartía con su esposa, desde que se mudaron a Santa Eulalia, tenía un colchón decrepito y los tablones crujían cada que cambiaban de postura. Sin importar nada, siempre despertaba adolorido. Si dormía poco o dormía de más, el colchón invariablemente mataba su espalda.

Victoria cayó inerte en el colchón desde temprano esa noche. Así pasaba desde que Agustín entró al jardín de niños. Diariamente caminaban tres kilómetros para llegar a la escuela de ese pueblo en Chihuahua, con calles y edificios anclados en la era posrevolucionaria.

Su cansancio diario era más por la caminata de ida y vuelta a esa escuela que por otra cosa. La parada obligada de su ruta era con doña Adriana, la de la frutería, para hablar de mujeres quitamaridos, de niños ajenos malcriados y de imaginar cómo sería salir algún día de Santa Eulalia, ya que la mina diera lo que tuviera qué dar. Victoria nunca se permitió contarle que al pequeño Agustín lo habían suspendido por tres días en el segundo año del preescolar por matar a una paloma, a la que le cortó las alas con una navaja que había tomado de las herramientas de su papá. No, ni Leonardo lo sabía y no tenía pensado contarle. Él lidiaba con suficientes problemas manteniendo la casa como para preocuparlo con esas boberías, pensaba Victoria. Esa es cosa de mamás.

Leonardo volvió molesto a casa esa noche tras el regaño de su jefe frente a Pedro y Polo, sus compañeros de farra y de trabajo.

Un retraso en una documentación trasapelada causó la retención de un material saliente y le costó a la minera varios miles de pesos, muchas veces más de lo que Leonardo ganaba en una quincena. Su jefe le había sentenciado que debía pagar una parte de esa pérdida y no le permitiría un descuido más. No podía darse el lujo de rechistar ni quejarse, así que se tragó el regaño.

“Ya estuvo bueno, hoy ese niño no duerme en mi cama”, se repitió entre dientes todo el camino a casa, mientras su asiento en el autobús de la minera temblaba al circular por las calles de terracería de pueblo. Al llegar, Leonardo encontró a su esposa roncando en la recámara y a su hijo en su cuarto iluminado con la lamparita. Regresó al comedor a dejar su casco, lonchera y unas herramientas en la mesa, luego se quitó la ropa de trabajo y la dejó tirada al lado de la cama. En calzoncillos se metió debajo de las cobijas. Al son del chillido del ventilador de techo, se recostó en la cama y el crepitar de los viejos tablones debajo del colchón causó un leve quejido en Victoria, quien hasta ese momento estaba inamovible. Apenas cerraba los ojos cuando escuchó los pasitos descalzos de Agustín.

“Vete a tu cama”, le dijo en voz baja apretando la boca del coraje, pero su hijo seguía parado a la puerta de la recámara, callado. Los ojos de Leonardo casi se cerraban del cansancio pero quería estar seguro que Agustín no fuera a escabullirse entre él y Victoria. Esa noche estaba decidido a descansar. Tres veces le exigió que volviera a su cuarto, y esas mismas tres veces lo ignoró. Leonardo salió de las cobijas y se le acercó, lo tomó del brazo y lo llevó a jalones a su cuarto. Con un gesto de disgusto, el escuincle de seis años se recostó en la cama. La sutil luz de la vieja lamparita le iluminó sus ojos negros que miraban

fijamente a Leonardo, quien le lanzó un sermón sobre dónde deben dormir los niños y dónde duermen los papás. Agustín lo escuchó sin despegarle su mirada punzante, estoica.

Con la idea de haber cumplido como padre, Leonardo volvió a recostarse en el viejo colchón junto a Victoria. Pasaron un par de minutos cuando escuchó un sollozo que venía del cuarto de Agustín. Leonardo corrió alarmado a buscarlo y lo encontró parado en medio de la habitación. “Tuve una pesadilla”, le dijo. “No pasa nada, acuéstate en tu cama”, le respondió. Luego regresó a su recámara con Victoria.

Leonardo se acostó y en unos minutos comenzó a roncar, mientras Victoria seguía sin perder su calidad de bulto. Por momentos, sus ronquidos eran el único sonido constante en toda la casa, oscura y rebosante de quietud; así, por fin, todo parecía apuntar a una noche de acuciante descanso.

En medio de la monotonía nocturna, súbitamente, los ronquidos cesaron y Leonardo se llevó agitadamente las manos a la garganta. En dos ocasiones sintió cómo una afilada hoja metálica le allanó la carne a la altura del cuello. No pudo hablar. La sangre le llenó la boca y su urgente y desconcertado balbuceo se convertía en un escupidero que dejaba manchas rojizas a donde volteaba. Tampoco podía entender lo que estaba pasando. Cayó de la cama torpemente y su cabeza quedó recargada en el buró. Su mirada perdida buscaba algo en medio de la oscuridad en la que despertó involuntariamente. De la carótida le borboteaba sangre que no podía parar y poco a poco se fue ahogando con ella. En su último aliento y con los ojos bien abiertos, pudo ver a Agustín parado junto a él con una navaja cabriterera en la mano, la que había dejado en el comedor junto con su cinturón de

herramientas al llegar de la mina.

“Te dije que tuve una pesadilla”, dijo Agustín, con una voz baja, apretando los dientes. Su mirada, igual de filosa, estaba clavada en el rostro confundido, estirado y congelado en un grito sordo y rígido de su padre. Leonardo sostenía su garganta sangrante con una mano mientras estiraba débilmente la otra, intentando alcanzar a Agustín, como si eso le hubiera ayudado a entender lo que pasó. Lentamente, como si se hubiera ido a dormir, el ambiente a su alrededor se volvió más y más oscuro, más cansado, más pesado, con más sopor. Al cabo de unos segundos, Leonardo quedó tendido inconsciente a un costado de la cama, con la mirada flechada a la oscuridad, con una mano en el cuello y otra estirada en su fallido intento de alcanzar a su hijo.

Agustín soltó la navaja cerca del cadáver y pisó un pequeño charco rojo y espeso antes de subir a la cama junto a su mamá. El crujir de uno de los tablones debajo del colchón provocó un quejido en Victoria, quien desadormeció un poco y aprovechó para cambiar de postura en la cama. A su lado encontró a Agustín, acomodándose para dormir.

En ese brevísimo umbral entre la lucidez y la somnolencia, Victoria pensó fugazmente: “Este niño no tiene remedio”. Le dio un beso en la frente al chamaco y se abrazaron para volver a dormir. Antes de regresar a su lapso de ingravidez, reparó en el poco tiempo de siesta que le quedaba cuando vio por la ventana los primeros rastros de la tenue luz azul de la alborada, colándose a través de las cortinas de lino desgastado.

## ANÓNIMO

—No chingues, cabrón, quita esa madre— dice Gastón con su risa burlona y al tiempo que lanza una mirada juiciosa con el rabillo del ojo a su nuevo compañero, Alonso Montoya, un recién egresado de la Academia de la Policía Ministerial. En las bocinas de la patrulla sonaba una canción de Ariana Grande. Van camino a la subprocuraduría para reportarse con el lic y recoger las órdenes del día.

Inician la guardia en un otoñal y ventoso fin de semana. Son las ocho de la noche y tienen asignada una de las patrullas recién compradas por la Procuraduría. Su jefe, el subprocurador Yépez, les encarga que hagan sus rondines con sigilo y prudencia, sin faramallas ni fanfarronería. En Facebook y Twitter les abundan las mentadas de madre por la compra millonaria de las unidades a la agencia automotriz de un ex gobernador en una licitación dudosa, revelada en un reportaje por un periodista desertor de la nómina oficial.

—Usted no se apure lic, esos cabrones ya no saben cómo andar chingando, y por los jotitos esos que andan con el teléfono en la mano tomándonos fotos yo me encargo, sin pedos— responde Gastón, desdeñoso, quien olvida que este día cumple diez años en la corporación, a la que ingresó a los 24 años. Lo que no se le olvida es que el sub le tiene un gran aprecio por tener uno de los mejores rendimientos y que eso siempre le ayuda para sacarlo de apuros. De vez en cuando lo presume ante la prensa para hacerse de buena publicidad y alegar buenos números en los índices de procuración de justicia. Antes de salir de la oficina del jefe, Gastón dirige su mirada a Alonso y esboza

una sonrisa:

—También me encargo de este cabrón, para que vea cómo es el jale.

Ambos salen de la oficina y el subprocurador se recarga en su silla de cuero sintético para retomar su partida de solitario en la computadora. La Ram gris, con Gastón al volante, sale del estacionamiento de la Procuraduría y se enfila por el bulevar Revolución.

—¿Ya cenaste, compa?

—Una ensalada, hace rato. Sigo lleno, la verdad

—¿Eso qué? Voy a llegar a los tacos y deberías de echarte unos, presiento que va a estar movida la noche.

La patrulla se estaciona sobre la calzada Matamoros, frente al puesto donde se alza una columna de humo blanco generada por las agujas de res. Ambos terminan de comerse un par de asada y uno de pastor, acompañados de dos Coca Colas. Con un palillo de dientes en la comisura de la boca, Gastón deja un billete de veinte pesos al frasco de las propinas. Regresan a la camioneta y enfilan por la carretera a Santa Úrsula, en el sector que les corresponde cubrir esta noche.

—C4 a 5 Omega Gastón; avenida Portugal y calle San Jonás, reportan un 11-46, para que se acerque por favor, confirma Policía Municipal como positivo— se escucha una voz masculina a través de la frecuencia de su radio.

—Enterado C4, 5 Omega Gastón y 01 Montoya al 10-20— responde. —¿Ves, cabrón? Hasta suerte tienes, ya te va a tocar tu primer muertito.

La RAM acelera su marcha por las pedregosas calles de la zona periférica de la ciudad, a donde sirena y códigos le van abriendo el paso

entre los autos empolvados que circulan frente a ellos.

Un enjambre titilante de luces rojas y azules le revela a Gastón el lugar exacto donde reportaron el hallazgo del cuerpo. Aparca la camioneta cerca de la zona acordonada y baja de ella con un cigarro en la comisura de la boca, una mano sobre la forniture del arma y el radio en la otra. Arquea su espalda, se estira y enciende el cigarrillo.

—¿Qué tal, mi 85? ¿Qué fue?— pregunta al jefe de turno de la municipal, un hombre cincuentón, moreno, barrigón, de piernas cortas y cabellera en extinción.

—Pues un 46 con signos de tortura, sin ropa, se ve chavalo, al parecer le hicieron 92, se le aprecia el sangrado en los glúteos— le responde.

—¿Cómo ves, cabrón? Este va a estar bueno ¿eh?— dice Gastón a su novato compañero, con una sonrisa morbosa que no puede contener.

Luego de saludar a los demás policías en el lugar, Gastón regresa por su chamarra a la patrulla, mira su reloj de pulso que marca las diez de la noche y enseguida se pone unos guantes de látex, luego los protectores de calzado. Arroja su cigarrillo a la calle y se ajusta el cubrebocas. Le lanza un juego similar a Alonso para poder ingresar a la escena del crimen como lo marca el protocolo.

—Sobres, morro, vente pa' acá.

Ambos se apostan en la acera, frente a la casa. Gastón se deja las manos en la cintura y toma una bocanada de aire, guerreando con el cubrebocas.

—A ver, anótale ahí en tu libreta: Vivienda sin cerco perimetral ubicada en la esquina noroeste de las calles Portugal y San Jonás;

estructura vandalizada sin puertas ni ventanas, acumulación de basura en exterior e interior, aparentemente sin cableado eléctrico y distintas pintas ilegibles de pandillas locales... pinche ñongo culero. Eso último no lo anotes, cabrón.

Cuando termina el dictado, Alonso Montoya se presenta y charla con los municipales. Gastón, por su cuenta, ingresa a la sala de la casa, donde sortea bultos de basura, escombros y heces fecales, probablemente humanas. En ese momento asume un semblante serio, de concentración, acucioso. El ambiente por el que se mueve está invadido de vapores de orines, mierda y ahora de sangre. Como un cóctel le invaden el olfato, casi puede saborear el aire, pero no se desconcentra, pues desde hace años se acostumbró. Muerte, putrefacción, excremento, basura. Nada nuevo. Se detiene en el umbral de la única recámara, al fondo de la casa, donde se baja el cubrebocas y enciende un nuevo cigarrillo.

Un cuerpo desnudo sobre una cama de porquerías y un bloque ensangrentado cerca de la cabeza del cadáver es lo primero que ve en el lugar. Una sutil luz mercurial penetra por el agujero en la pared que un día fue una ventana e ilumina cenitalmente el cadáver, que está tendido sobre su costado derecho en la recámara. El intenso haz luminoso de la lámpara de Gastón apunta al occiso. Primero le recorre las piernas, que están en dirección a la entrada de la recámara. La luz sigue su camino y muestra las heridas, moretones y la sangre que sale de un ano desgarrado. Finalmente, el fulgor de la lámpara revela el rostro de la víctima. Tiene una expresión petrificada, una mirada rígida cargada de horror, como si hubiera implorado misericordia ante una muerte ineludible.

La lámpara se le cae a Gastón de las manos. El cigarrillo cae de la comisura de su boca. El tiempo se ha congelado. El pecho se le encoge y se queda sin aire. Las piernas se le ablandan y un mareo le mueve el piso, pero trata de dominarlo. Un hormigueo le invade cada centímetro en su rostro enrojecido. Ese rostro le es familiar. Más que familiar: lo había visto apenas ayer, pero lo recuerda con otro rictus, con una expresión de placer. Una náusea le pateó la boca del estómago. La imagen que recuerda de él es diferente. Lo recuerda follándolo en cuatro, lo recuerda a él montándolo salvajemente. Una imagen que dista mucho de la que hoy se le imprime en sus ojos. Un motel barato rumbo al aeropuerto, un doce de Bud Light, un poco de yerba y su calentura habitual. Un mensaje por Whatsapp llevó a otro y, como ocurre desde hace seis o siete meses, cuando se conocieron por Grindr, se fueron a coger. Qué pendejo, piensa. No mames, puta madre, se repite en silencio, una y otra vez, mientras las manos le tiemblan. Pinche calentura. Justo la noche anterior se le ocurrió cogérselo sin condón. Se siente más rico así, pensó.

Un sudor frío le empapa las manos temblorosas debajo de sus guantes de látex, que comienzan a inundarse. Gastón agacha la cabeza, levanta las manos y les echa un vistazo, con las palmas abiertas. De látex, piensa fugazmente lúcido. De látex. Chingada madre.

## *LA VITRINA MÁS FELIZ DEL MUNDO*

Me gusta caminar encima de estas rejillas. El vapor que sale de ellas me calienta la barriga y me hace sonreír. Saco la lengua mientras disfruto este hormigueo. Hace mucho frío. Hoy he conseguido un poco de comida en la calle de atrás, cerca de la puerta que huele a carne, la que me hace salivar. El hombre del gorro blanco salió y arrojó una bolsa que cayó al lado de la gran caja gris en la que no puedo meterme. Muero de ganas por abrirla porque huele delicioso. Cruzo la calle y corro para llegar al callejón donde dejé a mis hijas llorando. Deben estar muriendo de hambre. Las dos están en el rincón, al final de la callejuela, lejos de todas las personas que caminan al lado de la calle. Preferimos quedarnos ahí, porque algunas nos patean al vernos cerca. Otros solo siguen su camino y ni nos ven. Después de dos días, al fin vamos a comer algo. Con desesperación abro la bolsa en la que encuentro restos de carne, algunas verduras y huesos. Es la primera comida decente desde hace tiempo. Mis hijas comen. Lo devoran todo. Me acerco a ellas para alcanzar un pedazo de hueso y la orilla de un filete. Crecen muy rápido. Una de ellas casi está de mi tamaño. Pronto me acompañará a buscar comida que disfrutaremos en este rincón. Por hoy ya es hora de dormir. Este frío nos hace recostarnos temblorosas una encima de la otra y así logramos sobrevivir una noche más.

El ruido alrededor me hace abrir los ojos desde temprano. Mis hijas están jugando. Saltan y se muerden las orejas entre sí. Se despertaron con hambre, pero parece que lo poco que comieron anoche les ha dado ánimo para jugar. Nos acercamos lentamente las

tres a la salida del callejón, donde una manada de personas camina con prisa. Nos recostamos en el piso mientras las vemos pasar. Una mujer se detiene junto a nosotros, se agacha, acerca su mano al rostro de mis hijas y juguetea con ellas. Le tenemos confianza, porque diario la vemos caminar esta calle. Por las noches sale de un enorme y alto edificio gris que está en la esquina. Siempre la distingo cuando va a acercarse porque huele a tabaco con almizcle. Carga una bolsa enorme de la que saca una lata que huele a carne y pollo. La abre y la deja junto a la pared, a la entrada al callejón. La mujer se va caminando al enorme edificio gris nuevamente. Las tres compartimos la comida de la lata, lengüeteamos hasta el último resto de alimento y regresamos al final del callejón a dormir un poco. El sol comienza a ocultarse y el frío nos cala los huesos. El aroma del tabaco y almizcle se percibe de nuevo en el aire. Es la mujer del edificio que ahora viene acompañada de un hombre robusto que huele a químicos. Traen una caja con una puerta metálica. Hay algo extraño en esto. Una de mis hijas, la de los ojos serenos, se les acerca. El hombre la acaricia, luego pone su mano en su espalda, la toma por sorpresa y la pone dentro de la caja. Me quedo confundida y mis ojos se fijan en el rostro de la mujer. Ella me deja una lata de comida y los dos se van. Vuelven al edificio gris. No los puedo seguir, tengo hambre, quiero comer y mi otra criatura también. Nos vamos las dos al fondo del callejón luego de terminar la carne de la lata. El frío nos obliga a recostarnos una encima de la otra, en este rincón donde se acumula la basura. Me siento triste.

Han pasado varias noches y cada vez sentimos más el frío. Aún en el día es difícil salir a buscar algo de comida a los callejones. No he sabido nada de mi hija desde que se la llevaron en la caja. Al menos lo que

consigo para comer alcanza para dos. Camino por la banquetta donde se levantan las columnas de vapor que me gustan y me cosquillean la barriga. Muchas personas están en la banquetta, paradas frente a una pared transparente. Miran atentamente a través de ella. Del otro lado de esa pared hay varias cajas luminosas. El rostro de mi hija está en una de esas cajas. Qué felicidad. No puedo evitar sonreír y mover mi cuerpo agitadamente, emocionada, trato de hablarle pero creo que no me escucha. Es confuso, de repente aparece el rostro de mi hija, luego el de la mujer que huele a tabaco y almizcle. La reconozco, es ella. Algo dicen las personas a mi alrededor, pero no entiendo. De pronto aparece el rostro de mi hija otra vez en esa caja, luego las dos juntas. Ella debe estar bien, se ve sonriente y feliz. También se ve que ha comido mejor. Por ahora tengo que regresar al callejón a dejar la comida para mi otra hija, que no ha comido en días. La encuentro al fondo, cerca de la basura, pero no se mueve. Parece dormida y no me responde cuando le hablo ni cuando la toco con mi nariz. No huele la comida que le he traído. Veo que con el frío se ha quedado rígida. Lamo su rostro y dejo la bolsa con restos de comida a su lado. A ver si cuando despierte quiere comer. Me recuesto junto a ella a dormir.

Mi hija no volvió a despertar. Vino un hombre y la puso en una bolsa. Se la llevó y no he sabido a dónde. Tengo hambre y salgo a buscar comida. Por la banquetta donde se levantan las columnas de vapor que me cosquillean la barriga, detrás de la pared de cristal, miro el rostro de mi hija otra vez. Trato de hablarle, pero no me escucha. Brinco, grito y camino de aquí para allá, pongo mis patas en la pared, pero no me ve. Una mujer me lanza una patada que logro esquivar, asustada. Un hombre frente a la pared de cristal me tira un manotazo.

Parece que quieren que me calme, pero no entienden que es mi hija la que está ahí. Detrás de la pared, en las cajas luminosas, la mujer con olor a tabaco y almizcle aparece de nuevo con ella. Qué alegría ver a mi hija bien alimentada. Sus ojos nobles ven serenamente hacia todos lados y por un momento siento que me busca, pero no puede verme. Las luces se han apagado y debo volver al callejón.

Comienzo a tener más sueño que antes y regreso más temprano que otras veces a la callejuela para poder dormir. Por las mañanas despierto más tarde. Todos los días vuelvo a caminar en esa calle, donde puedo ver a mi hija en las cajas que están detrás de la pared transparente. Parece que no soy la única feliz, pues frente a ella muchas personas sonríen y platican sobre mi hija. Percibo su emoción. Hoy pasa algo diferente. Veo a mi hija con una burbuja que le cubre la cabeza y una bolsa pegada a su cadera. Observo cómo la meten a una enorme lata. Su mirada es de confusión, pero debe ser algo bueno. Muchas personas la acarician, la besan y rascan su lomo, luego aplauden sonrientes. Ella se ve feliz. Feliz, pero confundida. Unas personas vestidas de blanco cierran la gran lata, que luego de unos momentos se llena de luz y se pierde en un oscuro vacío. Debo volver al callejón, necesito dormir. Hoy no tengo tanto apetito.

Esta mañana me senté nuevamente frente a la gran pared de cristal. Espero ver a mi hija. En la caja luminosa aparece la mujer que huele a tabaco. Ella está triste y mi hija no está. Algo dice la mujer que las personas a mi lado comienzan a sentirse tristes. Puedo olerlo. Una a una, comienzan a llorar tímidamente. Algunas voltean a verme. Una mujer se agacha, me acaricia y me deja unas galletas en el piso. Están deliciosas. Otro hombre triste se me acerca y pasa su mano por mi

lomo para frotarlo. Se siente bien. Sonrío. Las luces se apagan otra vez y todas las personas se marchan. Yo también debo volver al callejón, pero este aire frío ya no me deja caminar. Duele moverme. Hoy me recostaré frente a la vitrina, en la acera y trato de acurrucarme. Espero con ansiedad poder ver mañana a mi cachorrita. vv



## *Zeth Arellano*

Narradora mexicalense dedicada al relato breve. Ha participado en las antologías *Ojo de Pez* y en la edición *Lados B 2018* por *Nitro/Press*. Cuenta con participaciones en revistas digitales como *ERRR Magazine*, *Penumbria*, *El Septentrion*, *Letras de Reserva*, *Pez Banana*, en el suplemento cultural *Puño & Letra* que se imprime en Bolivia; en la revista chilena *Cinosargo* y en *Lado Berlín Magazine*. Obtuvo el primer lugar en narrativa del *VIII Certamen Literario Ricardo León* en Galapagar, España, y Segundo lugar en el *Concurso Internacional de Cuento Libro Club ILCSA*, en México. Actualmente cursa la Maestría en Cultura Escrita en el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana, en Tijuana.

## *PARAÍSO*

El sol apenas se asoma entre los edificios. Mientras riego las plantas veo a la gatita de la vecina jugar con el carrillón de viento que cuelga en la terraza. Enciendo un cigarrillo y observo su pelaje blanco de angora, parece un peluche. El cenicero de la barra está a tope junto a una torre de pagos pendientes, empujo el tabaco contra ellos y el fuego los consume, ojalá fuera así de fácil convertirlos en polvo. Los aviento al fregadero antes de provocar un pequeño incendio y le echo una taza de café fría para apagarlo.

Como siempre, me pasé con la tarjeta. La canción de *oops I did it again* ocupa mi mente y de pronto me veo cubierta de pies a cabeza en el traje de plástico rojo, mientras unos bailarines, detrás de mí, recorren una pista imaginaria con su rebuscada coreografía. Britney Spears también cayó en desgracia por no saber administrarse. *I feel ya, sis*. Pongo la canción en Spotify y la canto a todo volumen, mientras tomo un baño. Como siempre tendré que acudir a mis papás. Agacho la cabeza para enredar la toalla con mi cabello y pienso en qué palabras usaré para pedirles el préstamo, tengo un par de días antes de que se venzan tres de los pagos urgentes. Busco el celular para hacer la llamada y recuerdo que lo dejé en la cocina. La gatita sigue dentro de la casa y juega con las cortinas de cuentas que dividen un cuarto de otro. Mi padre responde el teléfono y pues para no verme tan mal, primero le pregunto cómo está, qué tal las cosas en casa, cómo le va a mi madre, el clima. Ya sabe que casi nunca llamo entre semana, así que me interrumpe de manera abrupta con un: “Cuánto necesitas”.

Lo escucho resoplar antes de confirmar que hará la transferencia. No le digas a tu madre, ya sabes cómo se pone, me dice antes de empezar con su discurso de siempre sobre administración. Le digo que se me hace tarde para la oficina. Cuelgo, tomo las llaves y salgo corriendo.

En el despacho todo transcurre lento, mis compañeras toman café y comen donitas mientras chismean en la cocineta. En el cubículo contiguo, alguien se cura la cruda con Electrolit y aspirinas, lo que me hace pensar que me perdí de un buen juebebes godinezco. “¡Contesta el teléfono!” me grita el compañero, dice que el ring le está taladrando la cabeza, me rio de él antes de levantar el auricular. No puedo creer lo que escucho, el viaje lo planearon un grupo de amigas desde hace meses, me dijeron que si estaba interesada podría pagarlo a plazos, pero con mis deudas hasta el tope y los préstamos que todavía le debía a mis papás, decliné la invitación. Ahora es diferente, una de las chicas tuvo un accidente muy estúpido que casi la mata, fue atropellada por su propio carro, ya saben, creyó que estaba en *parking* y en realidad lo había dejado en neutral en una bajada, se le ocurrió pararse atrás del auto para evitar que se le fuera y terminó con un par de costillas rotas. Si las llantas se hubieran desviado unos centímetros le habrían aplastado la cabeza y estaríamos en su velorio. El caso es que está hospitalizada y obvio no podrá ir. Yo soy la suertuda a la que le ofrecieron el lugar en el crucero paradisíaco y regalado. Pero dime ya, porque el tiempo está contado para llegar al aeropuerto, tomar el vuelo hacia a Miami y zarpar, me dice mi amiga a través del teléfono. Literalmente brinco de la silla como si un resorte me lanzara hacia fuera de la oficina y corro hacia mi depa. Llego buscando el pasaporte, deseando que no esté vencido. Todo bien con las fechas. Acaricio los

bigotes de la gatita, se quedó atrapada de nuevo. Abro la ventana para que salga y me pongo a empacar. Busco los pareos y trajes de baño en los cajones. Hago un recuento de lo que llevo: bolsa de maquillaje, cepillo de dientes, sombrero playero, parece que no me falta nada. Escucho el claxon del taxista que espera. Cierro todo y pongo la llave. A la entrada del edificio, el taxista me espera con la cajuela abierta, lista para subir mi equipaje. Mis amigas están en la puerta de embarque en el aeropuerto. Nos abrazamos, *selfie* grupal, vámonos.

No tengo vergüenza, ya sé, apenas me alcanzó para los intereses de la tarjeta de crédito hace unos días y tuve que pedir dinero para completar lo de la luz y el teléfono, pero heme aquí, disfrutando de la brisa marina, en un crucero rumbo a las Bahamas y Puerto Rico. Mis amigas siguen tijereando al monigote que toma el sol frente a nosotras, un musculoso que, para mi gusto, lleva demasiado aceite encima, mientras mando correos explicando mi ausencia al jefe, lo más seguro es que me corran a mitad de proyecto, ya qué. Me pregunto si no dejé la estufa encendida o alguna de las llaves del agua abierta. También escribo mentiras al grupo familiar de WhatsApp para justificar la escapada, es seguro que no asistiré al cumpleaños 80 de la abuela y me perderé de una fiesta que las tías y mamá llevan organizando meses. Mi madre pega el grito en el cielo, o eso parece, desde que la enseñé a usar los *gifs* lo expresa todo con ellos. Quiero sacarle la vuelta a la perorata acerca de mi falta de compromiso, pero es imposible, me manda un audio diciéndome cosas que me resultan confusas.

Empieza con mi poca estabilidad económica, mi falta de madurez, la falta de novio o algo parecido y luego habla sobre los nietos que nunca tendrá, de la vida que me doy y apenas puedo solventar, para terminar

con un: “seguro morirás sola y en la calle”. No me puedo defender. Mi mamá se pone intensa y escribe algo sobre la primera vez que me sintió en el útero, su única hija, la peor decepción. Lo alcanzo a leer sin entrar a la *app*: esperaba más de ti, *emoji* de carita triste. Tuerzo los ojos y pienso que no es tan malo deberle a los bancos o a grandes corporaciones, no es como si hubiera matado a alguien o algo, espero no ser así a su edad. Sacudo la cabeza de sólo imaginarme como ella, silencio al grupo para disfrutar del viaje y suelto el celular un rato para ponerme el bloqueador. Ya veré a quién le pido prestado después.

El mesero se acerca con una bebida vestida de flores y sombrillita. Le paso mi celular para pedirle que capture esa foto perfecta: yo en bikini, con una piña colada y el mar de fondo. La subo a Instagram sin filtros. Doy sorbitos al ron con sabor a coco, imaginando a las gordas de la oficina martirizadas de envidia. Los *likes* empiezan a llegar con el tono *Minué*. Me extiendo sobre el camastro y me emociono con cada tin tin de las notificaciones que llegan sin detenerse, soy muy popular. Me relajo, pero no del todo, hay algo que sigue molestándome.

La primera semana voy del spa a la alberca, de la alberca a los diferentes restaurantes a bordo, del barco a los puertos y bares. Los masajistas me acusan de tener demasiada tensión en los hombros, yo creo que no saben hacer bien su trabajo. Me levanto temprano para ir a la sesión de reiki, mi energía dispersa necesita fluir con el paraíso.

He visitado playitas hermosas, con plantas exóticas, sabores que van desde lo más dulce hasta lo salado y colores que no hay en la ciudad. Sigo acumulando *likes* en mis redes sociales. El grupo de primas me bombardea con preguntas sobre los lugares y el muchacho

que sale conmigo en las fotos, los platillos típicos, qué hacemos mis amigas y yo cuando el barco está en altamar. Les contesto a medias porque no siempre hay conexión, les digo que él se llama Ricardo y es adorable, además de que besa fenomenal. De mis papás ni pío, seguro mamá sigue disgustada.

A él lo conocí la primera semana a bordo, resulta que vive en el edificio gemelo al mío, cruzando la calle, frecuentamos la misma cafetería, casi a la misma hora, lo cual es rarísimo porque nunca antes nos habíamos visto y parece que la atracción es mutua. Hemos recorrido los puertos como si fuéramos novios o algo más y todo va “viento en popa”, me rio de lo ideal de la frase dada mi circunstancia.

En la oficina, las gordas armaron un escándalo y lograron que me corrieran a mitad de proyecto, ayer recibí el memo, me revienta pensar que se quedarán con mis ideas para el diseño de los condominios. Mis amigas dicen que seguro encontraré trabajo pronto, con horario de burócrata y sueldo de gerente, ojalá fuera así de fácil. No tiene caso preocuparse por eso hasta volver a la ciudad, me dicen, y creo que tienen razón. Además, el chavo que me gusta, se tomó la molestia de mandar un correo a un par de contactos que trabajan en despachos de arquitectura y ya tengo una cita regresando. A pesar de mi buena fortuna, desde esas últimas semanas no hay noche que no despierte sin poder respirar, agitada, a veces sin recordar el sueño que me alteró.

Le he mandado mensajes al conserje del edificio para que compruebe que todo está bien en mi depa, pero si es complicado contactarlo estando en la ciudad, imaginen mientras cruzo el famoso triángulo de las Bermudas. Tal vez nunca obtenga respuesta.

No puedo dormir, siento que me asfixia el tamaño del camarote y con Ricardo a un lado la cama me parece demasiado pequeña. Salgo a pasear y veo las estrellas en el reflejo de la alberca, me descalzo y meto los pies al agua para relajarme mientras me pierdo en ese cielo nocturno y despejado. Sólo una parada más y volveremos a la ciudad. Me muero por conocer Puerto Rico, el personal no ha dejado de hablar de cómo todo adquiere intensidad cuando estás ahí: las texturas, los sabores, la música, los colores, su gente. Seguro estamos cerca porque se pueden distinguir, sin problema, todas las constelaciones. Quisiera poder captar el brillo de las estrellas con mi celular, jamás las vi tan luminosas, lástima que eso no salga en las fotos.

Detrás de mi hay un camastro libre, alrededor hay un par de turistas que beben y fuman mientras mantienen conversaciones triviales. Lo alcanzo y me recuesto en él, cierro los ojos por un momento, ojalá así se pudiera cerrar la mente. Ricardo aparece y me pregunta si todo está bien. Le extrañó no verme a su lado en la cama. Le cuento mi historia del conserje, él también sufrió sus ausencias, es el mismo para los dos edificios, lo cual tiene lógica porque son de la misma constructora. Nos quejamos porque nunca se aparece cuando lo necesitas, sino días después. Imita su caminar pazuato y me hace reír, hablamos de la caja incompleta de herramientas que carga con la izquierda y lo pesada que parece, no obstante su limitado contenido. Me cuenta que en su piso están organizados y hay una persona encargada de tronarle los dedos y apurarlo, me la describe y sin problemas logro imaginarme a la viejita solitaria de los gatos, que no tiene nada más que hacer excepto andar correteando al de intendencia, luego pienso en que puedo aprovechar y pedirle que lo lleve a mi depa y revise si no

dejé la llave del agua abierta, porque de ser la estufa aquello ya hubiera estallado. Manda el mensaje frente a mí, ahora debemos esperar.

Veo los cielos que parecen pintados a mano, los manjares tropicales que sigo saboreando, la gente que he conocido y quisiera no volver, quisiera perderme para siempre en el misterioso triángulo de las Bermudas, pero ya pasamos por ahí y nada luce extraño: ni el tiempo se detuvo, ni fuimos absorbidos por una onda cósmica, ni transportados a otra dimensión.

Ricardo se pone romántico después de la cena de despedida, pide champagne para brindar por nosotros. Me ha besado a lo largo y ancho de los pasillos, hasta llegar a su habitación y mientras recorre mi espalda e intenta desabrocharme el vestido, me imagino una vida a su lado. En medio del besuqueo me dice que vivamos juntos, le respondo que sí mientras aviento su camisa a un lado y jalo el cinto que sostiene sus pantalones. Seguimos desnudándonos mutuamente cuando el celular empieza a sonar, son mensajes de texto. Me cuesta alcanzar el aparato mientras le muerdo la oreja. Lo dejo ir al cuello y un poco más abajo mientras leo los mensajes que se acumulan, hay unos de odio de las gordas de la oficina, mensajes de mi mamá, mensajes de la compañía telefónica y el banco, y uno del conserje con archivo adjunto. Lo descargo e intento detener a Ricardo para revisarlo, pero él sigue subiendo y bajando, y me gusta tanto que lo dejo continuar. Cierro los ojos para dejarme llevar por la sensación de su lengua y las manos cálidas recorriéndome. Le pregunto por el condón y lo veo agacharse para buscarlo en la cartera. Me da un par de segundos para revisar la pantalla y ver la foto que mandó el de intendencia, parece algo echándose a perder en el fregadero. Ricardo me besa de nuevo

pero no me concentro, sigo descifrando lo que vi en el celular y de pronto ahí está, con su pelaje de angora blanco. Siento náuseas, quiero huir, pero él me abraza con más fuerza para evitarlo y la presión que hace sobre mi estómago provoca que le vomite en la cara.

## *ESTRELLAS*

Vestidas de metal las pequeñas balas fueron depositadas en un armazón móvil, donde dedos largos cubiertos de látex, que bien podrían pertenecer a dotados pianistas, acariciaban la superficie de su estructura molecular, para asegurar la perfección. El abismo se tragó a más de una, expulsadas, por mostrar deformidades sólo perceptibles al tacto.

Se sintió sola cuando fue asignada a la arista de la caja. Fue la primera en pasar la prueba, temía moverse o hacer ruido, no quería ser arrojada al lugar oscuro del que ninguna volvía. Poco a poco el espacio entre ellas se perdió. Las acostumbraron a estar quietas y en silencio en esa formación forzada. Era imposible que percibieran el tiempo, la salida o la puesta de sol les fue negada y su contacto con el exterior sólo se daba gracias a una grieta en una de las esquinas. Ella era la única capaz de observar a las personas que entraban y salían del lugar en el que las tenían cautivas, y cuando la luz se encendía, podía observar el periódico que alguien había pegado con meticulosa obsesión: recortes y titulares que hablaban de la carrera entre Rusia y los Estados Unidos por conquistar la luna, artículos y reportajes que se iban sumando y que ella leía a sus compañeras acerca de las pruebas que se hicieron con seres vivos antes del primer despegue, los satélites y cohetes, los exitosos y los fallidos, la historia de Laika y su añorado regreso a casa, Gagarin y Armstrong.

La vida aislada y lejos de los captores hacía que se preguntaran acerca de su existencia. Sólo ella, en sueños, viajaba al espacio y

disfrutaba de la fría y silenciosa oscuridad, flotando.

Llegó un día en que el alboroto externo las sacó del letargo. Aquello era un ruido lejano que poco a poco se iba acercando. Fueron sacudidas hasta perder su lugar. Chocaban entre ellas provocando un rechinado férreo. Siguieron así por un buen rato, sin poder ver lo que sucedía afuera. Su atención se enfocó en la voz de un hombre que carraspeaba cada dos o tres palabras y elevaba el volumen cuando alguien lo interrumpía, negándose a guardar silencio. Él mandaba y los demás obedecían. Su acento era diferente a los otros que rondaban el sitio, su “r” era sólida como un muro imposible de atravesar. Les explicaba las reglas del desafío: tenían derecho a retirarse, pero no libres de pagar consecuencias.

Escucharon la violencia de sus pisadas al alejarse, aquel debía ser un hombre corpulento. Un murmullo creciente ocasionó fuertes discusiones acerca de los riesgos, las cantidades de dinero que ganarían o lo que perderían, se hicieron las apuestas, hablaron de la muerte y el silencio volvió. Se preguntaban qué papel ocuparían en el juego cuando unas manos callosas la extrajeron a ella, sin que sus compañeras pudieran hacer algo para salvarla, era la elegida.

Después de un par de minutos en el exterior se acostumbró a la luminosidad del salón: la colocaron al centro de una enorme mesa circular, rodeada de personas que la observaban con temor, otras desafiantes, uno sin el mayor interés. Luego la encerraron, esta vez en un espacio aún más reducido que el primero. Semejaba una cápsula donde era imposible desplazarse, siquiera un milímetro, hacia enfrente o hacia atrás. No podía ver nada, lo único que podía percibir era un fuerte olor a mineral.

Todo empezó a sacudirse antes del primer giro. Aunque estaba mareada, pudo distinguir que su espacio rotaba en la misma dirección que las agujas del reloj, el tiempo nunca había sido su aliado y ahora le parecía el verdugo. Hubo un *click* y aquello se detuvo de manera abrupta.

“La libré” dijo uno de los hombres, parecía estar sosteniendo el aliento como si estuviera parado sobre una capa de hielo delgado y pudiera quebrarse si decía algo más. Hubo un minuto de mudez colectiva hasta que la voz carrasposa resonó a través de las bocinas, exigiendo que continuaran.

La cámara se sacudió con fuerza de nuevo. Ella recordó los titulares del periódico: “Cápsulas de la NASA se desarmen al entrar a la atmósfera terrestre”. Se preguntaba si estaba dentro de algún artilugio similar que terminaría por desintegrarse.

Otro giro a la derecha, esta vez un poco más lento, luego el *click*. Respiró agradecida de que aquello se hubiera detenido. ¿Qué clase de tortura era esa? Pensó en la perrita callejera, en las pruebas a las que fue sometida antes de ser lanzada al espacio, seguro tuvo miedo igual que ella en ese momento. La voz chillante de una mujer, que parecía maullar como gato en celo, interrumpió sus pensamientos asegurando que hoy no pensaba morir. Alcanzó a contar seis voces maldiciendo, los ánimos y la temperatura del lugar empezaba a intensificarse. Ella no había viajado al espacio y también se estaba quedando sin oxígeno.

Una voz delgada y sin expresión dijo que era su turno. No hubo temblor previo a los giros, sólo intensidad, luego el *click*. A través de las bocinas se escuchó la fuerza de las erres, mientras le aseguraba que esa noche no aparecería para él y antes de soltar la carcajada le

dijo que no bastaba con desecharla, debía estar escrito en las líneas de su mano. Las palabras se colaron con cierta resonancia en el interior de su diminuta celda, se preguntó si hablaban de ella. Dejó de contar las veces que fue girado el cilindro que la aprisionaba, dejó de escuchar el *click* y trató de concentrarse en buscar una salida, pero estaba aturdida.

Por fin hubo una pausa larga capaz de darle un respiro antes de que, algún desesperado, explotara diciendo que estaba harto de que nada sucediera. Otro presionó al grupo para que todo terminara cuanto antes. Ella volvió a sentir los temblores, el giro, el click. Pero esta vez algo estalló en su interior, salió disparada sólo para encontrarse con una masa blanda que logró atravesar debido a la fuerza que llevaba, así debió sentirse alcanzar la estratósfera, pensó. Se sintió libre por un segundo antes de ser detenida en seco por el paredón de la sala.

Desde donde está, incrustada, ve a los presentes pasar por encima y por un lado de un joven pálido. La entrada de la bala parece más un ornamento que una herida, es como un tercer ojo. La mujer que estaba sentada junto a él se limpia gotas rojizas y los sesos que dejó el casquillo al salir, otro aguanta las ganas de vomitar, un par corren a la salida urgidos por cobrar su parte, mostrando el alivio que se debe sentir al ser ignorados por la muerte. Ve al tipo de la voz carrasposa entrar de nuevo a la habitación, él choca con el foco al agacharse para alcanzar al muchacho que flota sobre un espejo de sangre. Lo ve quitarle el revólver antes de que llegue el *rigor mortis*. Ahora lo entiende. Revisa los muros a su alrededor, hay más como ella, todas atrapadas. Parecen estrellas difusas en un cielo de concreto. Recuerda a Laika y se siente identificada con su historia, obligada a ser parte de una constelación, en el infinito del espacio y del tiempo.

## *Vladimir Galindo*

Oriundo de San Luis Río Colorado, Sonora, vivió en Tijuana, Guadalajara y Mexicali. Dice que porta un título de licenciado en lengua y literatura de Hispanoamérica y otro de maestro en traducción e interpretación, pero a todo el mundo le recomienda estudiar medicina. En la actualidad se dedica a traducir documentos jurídicos y a veces se hace de algunas horas para escribir ficciones. Por lo pronto, prefiere el cuento. Recientemente adoptó un perro llamado Fariseo. .

## *FISURAS*

Así que tuvo éxito con su primer libro publicado. Finalmente había logrado escribir uno. Después de transitar por vericuetos existenciales y demás cursilerías del viejo mundo que no lo llevaban a ningún lado, pasó a narrar historias de horror cósmico y ciencia ficción, géneros que había leído toda su vida y que lo habían encaminado hacia la escritura.

Al principio creía que nadie lo tomaría como escritor serio si hablaba sobre sombras que se asoman por la rendija debajo de la puerta o mutaciones en los animales causadas por gases espaciales; sin embargo, su libro de cuentos llegó a ser *best-seller* nacional y fue traducido a un par de idiomas.

Las regalías fueron buenas, pero el dinero sustancial vino después, cuando una cadena ucraniana de *streaming* le compró los derechos para producir una miniserie. De esta forma, su popularidad creció, se hizo de una casa grande y un automóvil lujoso y sus días pasaron más rápido de lo habitual.

Sin darse cuenta, la neo fama tocaba a su puerta y, de alguna manera, le gustó saberse escritor neo famoso por un tiempo. Mucha gente nueva y amigos que no veía desde hacía varios años (principalmente artistas y otros escritores resentidos) comenzaron a visitarlo con frecuencia. Su teléfono no dejaba de sonar. El timbre de la entrada parecía ser víctima de un testigo de Jehová con alzhéimer. Sus cuentas en línea eran un tormento digital. Su celular, un vibrador insaciable.



Todo se construyó tan aprisa que Córdova no logró ver las fisuras que le provocarían un terrible desenlace. El neo reconocimiento pronto le exigió más y él creyó que estaba preparado para dar lo que le pidiesen.

Entre juergas con diferentes gremios y tribus pseudointelectuales, mucha música post punk y pláticas elípticas, climas artificiales y temperaturas corporales manipuladas, sexo casual y ojos a medio morir, Córdova encontró minutos casi irreales para secretar un agonizante nuevo material de historias sobre el miedo a lo desconocido y cosas que derivan del espacio. Curtido en placebos superlativos y confiando en el cúmulo de palabras de adulación atoradas en el remolino de su oreja, no le dio a nadie a revisar su creación y así se la envió a cada ente con quien había firmado algún tipo de contrato editorial o de producción cinematográfica.

Los pagos jugosos llegaron a tiempo. Su nombre siguió en boga. Sin embargo, la crítica lo tundió sin compasión y la mayoría de la gente que apenas comenzaba a interesarse en su trabajo dejó de seguirlo sin antes postear reviews sepulcrales en las redes sociales. Aún quedaron ciertos esperanzados que defendieron su nueva obra, pero nadie que Córdova considerara serio como para tomar en cuenta su opinión.

Su futuro comenzaba a fracturarse. No sabía cómo repararlo. Se sentía vulnerable. Había sido testigo de los cantos que destellaban en las alturas de las montañas del éxito y ahora creía estar en las palurdas grietas del olvido. Entonces levantó la vista y abrió bien los ojos para escanear su alrededor en busca ya no de amistad, sino de aliento o consuelo. Pero los artistas y escritores ya no querían que los ubicaran

en el mismo tiempo/espacio con él. Se habían marchado al igual que sus viejos amigos, quienes volvieron a distanciarse y regresaron a la comodidad de sus monotonías. Los editores y las compañías que dominaban las nuevas comunicaciones no le contestaban el teléfono. Se sentía enterrado vivo. Pero, a pesar de todo, no estaba solo.

Escondidos en los puntos ciegos que generan los estupefacientes, se encontraba la escoria de la escoria, esas alimañas que visten con trajes emplumados y pantalones plateados; *drugfiends* por vocación, *I believe I can see the future* por devoción; personajes mejor conocidos como rapiñas californianas o *livingroomers*, quienes no desaprovecharon la oportunidad de saciar sus varicosas tripas e iniciar su protocolo habitual enfocado en la presa moribunda que era Córdova.

Similar a un musical de Disney sumergido en lejía, comenzaron a llenarlo de ideas frenéticas y altamente alucinantes. Le decían que debía dedicarse a otra “onda”, desenvolverse en otros “rastros”, entonces le sacaban un espejo que siempre cargaban, probablemente en su mano, y lo postraban delante de él para convencerlo de su rostro hermoso, inigualable, salvaje. Que debía dedicarse al modelaje. Sí, el único escritor de buen parecer, heterosexual y de ideas afrodisiacamente desquiciantes: justo lo que la literatura necesitaba en esas épocas en las que el Internet era la bestia a ser montada. Sí, le pareció emocionante. Flashazos y champagne. Sí, el gran ícono del horror cósmico y la ciencia ficción. Sí. Lo haría. Y así lo hizo.

A través de una de las revistas electrónicas de mayor presencia en las redes sociales, Córdova, ahora haciéndose llamar por sus puras consonantes: CRDVX, lanzó una serie de fotografías y texto donde

él modelaba y, por supuesto, escribía una breve historia que hiciera alusión a la imagen. La dirección de arte la dirigió él mismo asistido de la cuadrilla de *livingroomers*, quienes en conjunto eligieron una paleta de colores pasteles y neones orientados bajo un concepto futurista andrógono. La prensa volvió a estar interesada en CRDVX con su proyecto *Ultra-violence avant garde*, según como se conceptualizó. Además, su nuevo nombre fue *trending topic* y sus #fototextos se compartieron por todos lados. Obviamente hubo millares de burlas, pero la sociedad snob y los críticos inclinados hacia lo kitsch le amaron.

CRDVX se convirtió en la comidilla de la comunidad de instagramers, quienes hicieron de las necesidades del escritor/modelo la habitación perfecta para que jóvenes adinerados pasaran sus días ahí consumiendo cualquier clase de píldoras y rozaran sus genitales al límite de nuevas enfermedades de transmisión sexual; es decir, la neofama reloaded. Sí. Pero incluso con tal reconocimiento, el Córdova interior, no estaba contento del todo. El mundo de la literatura —el único gremio que verdaderamente le importaba— fue parte de los que se burlaron sobre su nuevo material y lo categorizaron como indigno para el arte literario.

CRDVX tenía la sensación de no haber conseguido nada. Que todo su trabajo, sus expectativas, su amor por la literatura, descansaba sobre una base fisurada y que pronto se desmoronaría. Con poca dignidad, trató de convencer a las editoriales y otras cadenas productoras de que trabajaría en un material de mayor rigor. Éstas le respondieron amablemente que con gusto se sentaban a negociar un pago a cambio de escuchar sus ideas, pero no querían recibir sus textos; a lo mucho, solo estaban dispuestos a aceptar premisas y ya después

sus equipos de escritores desarrollarían las historias según los gustos del mercado actual, lo cual, fue una verdadera patada a su ego. Frágil, revolcado por un mar artificial, en vísperas del olvido, CRDVX agarró valor y les dijo que se fueran a la mierda.

Entonces sucumbió al onirismo.

El fracaso hizo que su mente diera vueltas; mañanas, tardes y noches envueltas en música ochentera, su casa parecía invadida por arte contemporáneo: había jarrones orientales reparados con oro; había fotografías instantáneas por doquier como migajas de Hansel y Gretel poliamorosos; abanicos salpicando pintura en las paredes; susurros fantasmagóricos sobre películas B de terror; electrodomésticos fornicando entre sí; la locura nadando debajo de la delgada capa de hielo sobre la que Crd vx caminaba. Era una pesadilla lúcida. Se sentía como el hijo de la mosca devorándose a sí mismo. Un torbellino mental donde perdió la noción del tiempo y de su propia existencia. Observaba su reflejo en vasos de cristal sin reconocer su propio rostro. ¿Quién era ese sujeto de cabello decolorado, pendientes, ojos delineados, frase de J.G. Ballard en el pecho, semblante de un eterno adormecer, como ángel caído intrascendente?

El existencialismo estaba en la punta de su lengua y él lo ingería a diario. Sus introspecciones eran cada vez más brutales hasta que se supo de verdad solo. Nada ni nadie. Su vida se resumía en una alfombra con manchas permanentes y un cuadro que había pintado él mismo de su propio pene. Aquellas criaturas de rapiña, quienes al ver los clásicos síntomas funestos de un artista decadente, huyeron hacia la sala de otra alma robándose lo que pudieron. El dinero de CRDVX estaba intacto, pero su corazón roto. Él no era actor, pero por fin

comprendió la frase de los Doors, *like an actor all alone*. El hielo por el que se arrastraba terminó por fracturarse y CRDVX se sumió en una depresión que concluyó en una especie de vampirismo psicósomático.

Meses después, ante un suicidio fallido y una diarrea brutal causada por el consumo de varias pastillas en una sola exhibición, Crdvx volvió a ser Córdova. Lo decidió al pasar muchas horas frente al espejo que tenía empotrado frente a su inodoro. Ahí, el fantasma de su identidad lo visitó de nuevo haciéndolo reflexionar sobre la senda que había recorrido. Al meditarlo, deliberó que el hedonismo había sucumbido al rigor. Que el elitismo había descarnado a la honestidad. Que los mitos del escribano habían opacado la disciplina. Así es. En realidad no llegó a ninguna conclusión coherente, pero podía identificar que se había transformado en un payaso de cuarta.

Entonces se prescribió que debía viajar a la semilla. Regresar a quien era antes. Pero no así de fácil, sin ningún obstáculo o prueba o guía. Necesitaba andar por el camino correcto sin que nada lo distrajese, como caballo. Era imprescindible que se enfocara en lograr su regreso triunfal al terreno literario. Solo debía elegir cómo hacerlo.

Casi al instante, entre toda la oscuridad que lo rodeaba su cabellera dorada y su piel impoluta brillaron como un oasis en pleno *rave*. Pensó en algo parecido a una manda, se dijo a sí mismo que no se cortaría el pelo ni se rasuraría hasta que consiguiera escribir un material digno de mostrarse al mundo. Un texto decente que mereciera ser leído por muchos. Una narración que trascendiera. Una historia que le volviera a dar un rostro con credibilidad. Entonces decidió abandonarse en esa idea.

Intuyó que el camino idóneo era el aislamiento. Cerró sus

redes sociales y canceló el servicio de Internet. Tomó sus teléfonos fijos y móviles y los aventó al fondo de su piscina. Desmontó el timbre de la entrada de su casa. Tapió todas las ventanas. El único contacto que quiso conservar fue el del chico del periódico, a quien amenazó para que no le diera las noticias, le dijo que lo único que quería que hiciera por él, a cambio de dinero extra, eran que se encargara cada seis meses del mandado y los pagos de la luz y del agua. El chico aceptó con entusiasmo. De esta manera, Córdova se obligó a idearse que el único sentido de su vida era escribir una nueva obra.

Antes de comenzar su proceso de escritura, en la regadera se tiñó el pelo de regreso a su color natural. Al terminar, se vio en el espejo sabiéndose, de alguna manera, más humano. Nada de pretensiones, pensó. Luego, viéndose desnudo, resolvió que al estar en confinamiento no tenía la obligación de vestirse. De hecho, pensó, elegir qué vestir podía entorpecer su creatividad. De no poder evitarlo, sea cual fuese la razón, se envolvería sólo en prendas negras. Entonces, así se sentó en su primer día de trabajo, con los glúteos descubiertos sobre su silla hipoalergénica.

Abrió un nuevo documento de Word y soltó la primera línea, pero sintió que debía beber algo; agua no bastaría. Picó la fruta que le quedaba en el refrigerador, una piña, algunas naranjas, betabel y ciruelas; la licuó y la echó al vaso más grande que encontró añadiéndole cuatro shots de un vodka que tenía por ahí olvidado en su alacena. Se lo bebió rápido. Se preparó otro. Y después de ese, uno más. Antes de terminar un párrafo, Córdova ya estaba borracho tratando de rescatar algún teléfono del fondo de su piscina para contactar a algún *dealer*. Al fracasar rotundamente y casi ahogarse, regresó a su oficina con otro

refill. Ya ahí, pensando puras pendejadas, terminó por masturbarse y luego dormirse sobre el sillón. Así pasó los primeros días hasta que vació la botella y su mini gabinete de licor.

Al concluir el mes, Córdova había escrito diferentes párrafos, ideas, premisas, comienzos, nudos, desenlaces, entre otras vicisitudes dignas de Jack Torrance. Nada que ofreciera continuidad o formara un sólo cuerpo. La mayoría de los borradores eran de esta naturaleza:

“Axel logró atravesar el portal que se cernía sobre la pirámide. Su ropa estaba empapada con la sangre de todo su equipo de científicos y el ectoplasma de aquella criatura de mil rostros. Regresar a casa implicaba explicar lo que había sucedido. Decirles a las familias sus pérdidas. Contarle a la humanidad del horror que yace allá afuera. Tal vez era preferible mentirles. Después de todo no tenía cómo probar su historia. Consigo sólo había logrado traerse un mapa de la isla, una navaja de los nativos multiformes, la sugerente foto de la esposa de su jefe y su terrible adicción a la heroína espacial que en cuestión de horas comenzaría a patear”.

Sabía que a pesar de que estuviera escribiendo pura mierda, debía continuar sin parar. Era el camino que todos seguían para devanar lo marchito y llegar a las ideas originales. Córdova sabía exactamente cuándo estaba escribiendo bodrios y cuándo daba en el clavo. Su material pasado lo había escrito bajo la influencia de un sínfin de barbitúricos, por dicha razón no detectó la desfachatez que había producido. En esta ocasión, sobrio y atento, sabría de una buena historia cuando sintiese hormigueo, adrenalina, fuego en la mirada. Pero, por el momento, nada. Pura mierda. Incluso comenzaba a pensar en cambiar de giro, explorar la novela rosa con un twist gótico; convertir

a Fabio en empalador de vampiras. Sin embargo, dicha idea la abortó de inmediato. No era de su conocimiento tanta metáfora para hacer alusiones a los genitales. Y como tal, descartó cientos de otras ideas que iban y venía por su mente causándole migrañas y rabieta. Se pasaba la mañana, tarde y noche escribiendo desnudo en la total incertidumbre, la frustración, el desvarío. Lo he perdido, pensaba a cada hora. Creía que la maldición de la literatura fugaz había revoloteado hasta postrarse sobre el librero de su oficina para susurrarle intermitentemente: pobre perdedor.

Más o menos así acontecieron los primeros seis meses, como si cada día fuera una repetición del anterior. Despertaba, a veces en el sillón de su oficina, a veces en su cama, a veces en la alfombra; comía pan (el cual comenzó a ser su único alimento, pues cocinar tampoco entraba en sus planes) y después se sentaba a escribir. Sólo dejaba de hacerlo cuando sus manos ya no le respondían. Se levantaba. Avanzaba. Se dejaba caer hasta donde su cuerpo se lo permitía. Horas después despertaba para repetir su rutina.

Al tiempo, asearse también le pareció poco necesario. En un principio, se bañaba cada tercer día. Posteriormente, hasta el quinto. Cuando llegó el invierno se le quedó la costumbre de hacerlo cada diez días. En esta estación del año, para protegerse del frío sólo usaba unos calcetines negros gruesos y su abrigo de terciopelo también negro. Fueron seis meses de sistematización. Seis meses de acumular ideas estériles. Seis meses de crecimiento capilar y seis meses de adelgazamiento corporal. Sí, seis, seis, seis y seis, el número de la barbarie.

Córdova, en precarios intentos de autoayuda, llegó a pensar

que era un periodo aún normal, que la situación no podía agravarse. Se obligó a creer que estaba por encontrar La Idea Perfecta. Sin embargo, las cosas sí terminaron por opacarse más. La sequía se prolongó primero un año, tiempo en el que su piel adquirió tintes de ultratumba; luego tres años en los que desarrolló insomnio crónico y acumuló capas de ojeras; a los seis años ya tenía una colección de tics nerviosos y espasmos en diferentes áreas del cuerpo; cuando cumplió la década era más cabello y barba que persona. Pero, inexplicablemente, seguía en la búsqueda. Para él todo permanecía dentro de los parámetros de la normalidad. Continuó sin percatarse de su desapego con lo real.

En un momento desafortunado, Córdova creyó haber visto un insecto entrando y saliendo por las teclas de su laptop. Intrigado por el visitante, intentó sacudirla sin prever el peso. Ésta, que contenía diez años de intentos fallidos fue a dar al suelo provocando que la pantalla se fisurara hasta el punto de quedar irreparable. Córdova, ausente, limitado de expresividad, se hincó a tocar las líneas de la fragmentación que se habían generado. Las siguió delicadamente con su dedo como quien sigue la telaraña de un espejo roto sabiendo que no podía solucionarlo. En un estado muy Zen, decidió reanudar su labor escribiendo a mano. Sí, como los grandes de la vieja guardia literaria, se dijo a sí mismo con un porte quijotiano.

Al estar buscando un bolígrafo o un lápiz, encontró en su cajón unas tijeras de aluminio inoxidable bastante estéticas. Puntiagudas. Filosas. Algo había en ellas que concentraban su atención. Era como si le estuvieran hablando. Como si quisieran susurrarle algo al oído. Quizás guardaban algún secreto y morían por compartirlo. Quizás no. Pero eran perfectas. Delicadas y al mismo tiempo... mortales. Tal vez

eso era. Eficientes. Eran un símbolo de perseverancia. U otra cosa. Eran hipnóticas. Córdova se les quedó viendo sin parpadear tratando de encontrarles sentido. De saber por qué habían llegado a su vida justo en ese punto en el que su mente parecía perecer. Cortar. Cortar. Para eso sirven, se decía. O al menos eso escuchaba en su cabeza como un eco mermándose. Cortar. Tal vez ese era el simple detalle. Debía cortar algo. Tal vez marcar una pauta. El cambio. Cortar el transcurso de algo. Interrumpir. Cortar. Cerró las tijeras y por accidente se cortó un mechón de pelo que cayó al suelo como la peor de las metáforas. Eso era. Tenía que cortarse el pelo. Levantarse el castigo. La autoflagelación debía terminar. Debía renacer y volver a la luz. O algo así. El caso era que en plena euforia por dicha epifanía, Córdova salió corriendo al baño con las tijeras en la mano. Su andar fue torpe, ridículo y casi mortal.

Justo a la entrada del baño pisó su propio cabello haciéndolo tropezar de forma brusca. Sin fuerza alguna y con reflejos extintos, Córdova se fue derecho al piso sin antes golpearse la cabeza en el lavamanos fracturando un pedazo de la porcelana junto con su consciencia. Las tijeras salieron volando quedando azarosamente incrustadas en una barra de jabón minimalista que yacía ahí en el momento y tiempo equivocados. Córdova permaneció desconfigurado como una composición visual del artista instagramer *\_remmidemmi* por alrededor de tres horas.

Regresó del abismo pronunciando una palabra: Kintsukuroi. O reparación con oro en japonés. El dolor no lo dejaba pensar con claridad. Se sentía confundido. Córdova trataba de responderse por qué veía tantas fisuras. Cerraba los ojos y ahí estaban. Los abría y ahí

seguían. Los trazos que más persistían en estas líneas formaban la “Y”. Córdova tenía la imagen de una gran “Y” en su mente y no se explicaba la razón.

Poco a poco fue despabilándose hasta que adquirió consciencia de que se encontraba tirado sobre el frío mármol de su baño. Enfocó la mirada y adivinó su procedencia. Había sangre seca sobre el lavamanos fracturado y también lo había en su cabeza. Sintió el relieve de su herida. Kintsukuroi, volvió a decir. La palabra cicatrices vino después.

Ahí permaneció en silencio tratando de conectar los puntos. Un suspiro largo. El lento recorrido de sus ojos. El transcurso casi tangible del tiempo. Sí. Tiempo. Eso era. La existencia. Las cicatrices nos dicen que hemos vivido, reflexionaba Córdova. Las cicatrices son fisuras reparadas. Claro. ¿Y cuál era la máxima herida a cicatrizar de todos los tiempos? La herida de Jesús. Sí, ese personaje de la religión estaba repleto de fisuras, fragmentado por azotes. Azotes. Dolor. Placer. Piel lacerada. Como la de un sodomita. Sí. Entonces se le ocurrió: un viaje en el tiempo donde un sodomita frígido sustituye a Jesús para vivir la gran experiencia sadomasoquista y recuperar su libido, pero se equivoca y viaja al futuro donde se encuentra consigo mismo y tiene una relación hiper violenta. Justo en ese instante, el corazón de Córdova recobró fuerza. Bombeó calor hacia su cerebro. Eso era. Podía sentirlo. La idea que estaba buscando desde hacía una década. Sí. Ya lo pateaba la adrenalina. El hormigueo. El fuego en la mirada.

De un solo impulso, Córdova se lanzó, con el cabello enrollado en su brazo, hacia su escritorio con el fin de parir su nuevo material. Al

no encontrar papel, desesperado, tomó el primer bolígrafo que vio y comenzó a escribir en las paredes de su oficina y parte del pasillo. No se detuvo hasta colocar el punto final a su historia. A lo Jack Kerouac, deliró. Le calculaba alrededor de 600 hojas. Un novelón de horror cósmico y ciencia ficción para volarles la cabeza a todos los amantes de lo fúnebre y la tecnología avanzada.

Córdova trató de releerlo para hacerle correcciones, pero la vista se le nublaba. La euforia apenas lo mantenía de pie. Debía llevárselo a un editor cuanto antes. Era su ticket de salida de la cueva. Pensó que tal vez podía invitar a uno a su casa, pero cualquiera que entrase lo juzgaría como loco. En cada rincón había evidencias de actividad infrahumana. Probablemente si se ponía a recoger encontraría una muda de piel de sí mismo o algo peor. Además, el simple hecho de pedírselo a alguien resultaría sospechoso, digno de un chupasangre con pocas habilidades para cazar. Era menester encontrar otra solución.

Pensar en su aspecto pronto le hizo evocar las fiestas emplumadas donde todo era pose. Pensar en las poses le generó varios flashazos. Pensar en flashazos le recordó la cámara Polaroid que usaban en todas las juergas en su sala de estar. Cruzando los dedos, Córdova se fue en busca de dicho aparato pidiéndole a la vida que los malditos *livingroomers* no se la hayan robado. Buscó en su oficina, habitación y sala de juegos, pero la encontró refundida en las gavetas del baño junto con un par de cartuchos. Se tomó una *vintage selfie* para averiguar si servía. Agitó el plástico y se reveló a la perfección. Parecía que al fin la suerte se le alineaba más que su columna vertebral.

Entre el mar de pelo y barba, Córdova fotografió las paredes

desde diferentes ángulos hasta tener toda su creación en Polaroids. Las numeró y las metió a una caja de zapatos. Se vistió con varias capas de ropa negra para darle algo de presencia a su cuerpo y así salió hacia la cochera. Por un momento pensó en cortarse el pelo y rasurarse pero estaba tan emocionado por entregar su obra que decidió posponer los tijeretazos para después. Iría a festejar a un spa que incluyera peluquería, exfoliación y exorcismo como paquete para escritores en agonía. Sí. Ya lo tenía todo visualizado.

Al abrir la puerta eléctrica, el sol y el aire fresco casi le cuarteaban la piel. Pero su entusiasmo no aminoró. Se montó en su Mustang rojo descapotado que tantas veces había sido testigo de las peripecias de la mente humana bajo la influencia del alcohol y los estimulantes sexuales. Córdova insertó la llave otorgándole a su automóvil una breve reverencia para pedirle perdón por el brutal abandono. Giró la ignición y bombeó varias veces el acelerador. Nada. Parecía ahogado. Muerto. Sin embargo, Córdova no dejó de insistir hasta que milagrosamente la batería soltó la chispa que hizo rugir al motor de vuelta. La radio se encendió con la transmisión de la Novena de Beethoven, misma que Córdova interpretó como presagio próspero. Le subió el volumen antes de colocar la palanca en *drive* y salir con bríos victoriosos.

Su corazón estaba casi tan acelerado como el motor. Entre la presión sanguínea y su tortuoso aprisionamiento, sus cinco sentidos parecían tener una orgía de sinestesia. Él creía que todo marchaba en orden. Se sentía homogenizado con el viento por toda la carretera. Su larguísima cabellera volaba en el aire como apología de la libertad. La estampa perfecta que narraría en todas las presentaciones de su gran libro. El final ideal para su próxima autobiografía. Córdova

estaba tan inmerso en su futuro que no logró ver a tiempo una curva muy pronunciada, la tomó a alta velocidad y una corriente de aire direccionó su pelo hacia el fondo de la llanta trasera arremolinándolo en una fracción de segundo con tanta violencia que terminó por arrancarle de tajo su cabeza entera.

Mientras giraba frenéticamente por el pavimento, antes de perder absoluto conocimiento, Córdova alcanzó a ver las Polaroids volar hacia las llamas que brotaron por el choque de su auto contra el muro de contención. En su último pensamiento se preguntó si habría una técnica japonesa que reparara sus fisuras.

### 3...2...1...

Los propulsores lanzaron una llama incandescente y el Sputnik 2 despegó aquel 3 de noviembre de 1957. Se trataba del proyecto más ambicioso de la época dirigido por el científico espacial Oleg Gazenko bajo el gobierno del gran líder Nikita Jrushchov. Ambos observaban el lanzamiento desde la torre de controles rodeados de un gran equipo de especialistas, donde la expectativa reinaba en medio de un silencio militar. Sería la primera vez que un ser vivo terrestre orbitaría la Tierra, lo cual generaría un precedente para la historia de la humanidad y colocaría a la URSS delante de los *yankees* en la carrera por la conquista del espacio exterior. De todos los presentes, incluyendo el público, los que tenían la camisa más sudada eran Oleg y Nikita, quienes palidecían a cada segundo con la mirada fija en la raya blanca que dejaba el trayecto del satélite artificial. Llegar al punto en el que se encontraban les había costado, además de dinero, un esfuerzo trepidante.

Oleg manejaba su viejo Volga acompañado por Nikita y el cadáver de una chica que llevaban en la cajuela. Los tres iban desnudos pasada la medianoche a una velocidad imprudente por la interestatal. Oleg sólo se repetía a sí mismo la Ley de Murphy una y otra vez, mientras que Nikita no dejaba de pensar en una canción que le cantaba su abuela cuando él era un niño. Tomaron una desviación que carecía de señalamiento hacia un camino silvestre que se adentraba en el bosque. Los árboles que lo habitaban tenían aspecto de escuálidos mafiosos rusos. Su estado raquítico no hacía más que agudizar la percepción del frío. El horizonte se divisaba entre matices grises y un abismo

imponente. Se detuvieron hasta donde las rocas y ramas puntiagudas se convirtieron en una amenaza para las llantas. En cuanto Oleg sacó la llave de la ignición, se sintió en el microhábitat del Volga la certeza de que ya habían llegado demasiado lejos como para echarse para atrás. Le dieron un par de tragos a la botella de vodka que llevaba Nikita y con un intercambio de miradas estrábicas concretaron un plan en mute.

Salieron a la intemperie blindados por la adrenalina del miedo y un par de mantas espaciales. El frío casi les arranca el rostro, pero con los dientes apretados y la columna encorvada lograron avanzar hacia la cajuela. Oleg apenas pudo abrirla con la mano que le danzaba menos. Ahí seguía el cadáver de la chica, quizás con el cabello más agitado que antes. El brillo dulce de sus ojos se apaciguaba revelando la miserable vida de la que no pudo escapar. Oleg la sujetó de los brazos y Nikita de las piernas. La sacaron con una técnica que les permitió protegerse con la manta y cargar el cuerpo al mismo tiempo.

Mientras más se alejaban del camino hacia el interior del bosque, más difícil era caminar. La nieve se tornaba espesa y su nivel de altura aumentaba. Ninguno de los dos tenía la condición física necesaria para tal actividad. Gemían y expulsaban grandes bocanadas de vapor que humedecían sus delgadas cejas. Con los músculos al borde del colapso, terminaron arrastrándola en lugar de cargarla. La boca de la chica se llenó de nieve con lodo. Nikita, que sintió que él era quien se asfixiaba, le metió el dedo para sacársela. Estuvo a punto de hacer lo mismo con la vagina, pero reconoció que sería un acto estúpido. Oleg daba lo mejor de sí, al caminar de reversa creía que él estaba haciendo todo el trabajo. Incluso ya no lo agobiaba tanto el clima, pero el peso muerto de la chica, a pesar de su esbeltez, le resultaba una tortura.



Parecía un terreno inhóspito para la fe u otras supersticiones, pero el siniestro ulular de un búho iluminó en la cabeza de Oleg y Nikita todas esas historias infantiles que narraban acontecimientos tenebrosos ubicados en escenarios como el que atravesaban. Nunca antes habían cuestionado ese tipo de creencias y decidieron que no era momento para hacerlo. Era innecesario prolongar el sufrimiento, como también lo era la adquisición de un embrujo. Con la reserva de vigor que les quedaba, cavaron un hoyo en la nieve donde finalmente arrojaron el cuerpo. Cayó descompuesto, con el culo alzado como la peor de las bromas metafóricas. Sin un ápice de lástima la cubrieron cuanto antes y de nuevo con un diálogo mudo, acordaron nunca decirle nada a nadie al respecto.

De vuelta en el interior del auto, la calefacción les devolvió el control de sus cuerpos. Una marea dérmica agradable que además tenía cierta carga de endorfinas como si hubiesen logrado una meta. Había cierta gratificación que ellos entendían como el retorno de su lado humano. Oleg se dio otros tres *shots* de vodka y Nikita muchos más para terminar de lavarse del cuerpo el pecado. De vuelta los esperaba el mismo camino largo y silencioso. Por la manera en que Nikita siguió bebiendo, Oleg asumió que no se turnarían el volante. Tendría que mantener ocupada su cabeza con canciones o trabalenguas para no dormirse, pero terminó repasando cómo había iniciado el conflicto.

Oleg yacía desnudo sobre una roca marciana de hule espuma. Su consciencia transitaba entre realidades paralelas. Se había bebido una botella de vodka él solo con la esperanza de terminar el día lo antes posible. Estuvo a punto de quedarse dormido pero el grito de varias chicas lo crisparon. Tardó un momento en que sus ojos se

equilibraran y como quien se desenvuelve de una telaraña imaginaria, se acercó al círculo de gente para ver qué causaba tanto revuelo. En el centro, hincado, se encontraba Nikita con el cuerpo sin vida de una de las chicas en sus manos. Por los moretones en el cuello, se podría aseverar que la había ahorcado más tiempo del que se recomienda. La composición tenía varios tintes bizarros. Principalmente porque algunos sujetos aún conservaban sus erecciones.

Nikita les ordenó a todos que se largaran, sin antes advertirles que de abrir la boca serían dispuestos a las celdas de aislamiento donde la KGB torturaba prisioneros a través de espacios reducidos, interrupción del sueño y altas temperaturas. Los presentes, algunos miembros de la mafia del Cáucaso, hijos de jeques petroleros, políticos factótums, empresarios de ojo rasgado y las chicas de patria trunca emprendieron la recolecta de prendas como si estuvieran en una *kolijose*. Con tal de salir lo más pronto posible, no se detenían a verificar si lo que recogían les pertenecía. Levantaban pantaletas y corbatas por igual. En menos de un minuto despejaron el set. Oleg fue el único que se quedó estático. Desde el fondo de sus intestinos deseaba abandonar la escena, pero él era quien debía cerrar con llave las instalaciones. Además, el gran líder y él habían llegado juntos en el mismo vehículo.

Oleg recalentó un café insípido con agua que quedaba del samovar de su oficina. Cogió dos tazas limpias y le pasó una a Nikita. Se bebieron varias sin poder desprenderse del estigma cosaco. El segundero del reloj y la lámpara fluorescente acompañaban los pensamientos de cada uno mientras estaban ahí desnudos. Ante la agitación previa, alguien debió haberse llevado sus prendas. El gran líder lucía tranquilo en un sillón de fieltro grisáceo. Tenía la mirada

clavada en la alfombra. Pasaba de una mancha a otra; de un rulo de tela deshilachado a otro. Oleg, a quien se le veía un tanto más nervioso desde su escritorio, paseaba sus ojos por los planos del Sputnik 2, el satélite que sería lanzado el siguiente año; sólo le faltaba desarrollar el sustentador de la central R-7 que formaba parte del sistema que evitaba que se carbonizara el interior, proyecto que estaba siendo financiado por Nikita a través de un acuerdo que escapaba de cualquier registro oficial.

Nikita Jrushchov era un auténtico fanático del espacio exterior. Desde niño le gustaba ver el cielo y admirar las estrellas, los planetas, los satélites naturales. Con su imaginación inventaba historias galácticas, con las cuales aborrecía a cualquiera que se sentara a platicar con él. Decía que su sueño era ser un hombre del espacio; sin embargo, la política se cruzó en su camino llevándolo a convertirse en el supremo líder de su nación. De igual forma, no desaprovechó su posición jerárquica para apoyar los proyectos del Centro de Investigaciones Espaciales a cambio de que lo dejaran ingresar a éste cuando él quisiera. Así fue como conoció a su gran amigo Oleg.

Oleg Gazenko se desvió de las coordenadas que le indicaron sus superiores durante uno de sus vuelos como piloto militar. Ante un impulso científico, cortó de golpe su trayectoria horizontal con una pendiente de noventa grados en dirección al sol. Por el intercomunicador, lo amenazaron con hacerlo expulsar de la fuerza aérea por desacato. Pero Oleg tenía una meta clara. Quería elevarse tan alto como se lo permitiera la turbina mejor lograda por el equipo de ingenieros. Atravesar kilómetros más allá del umbral de las nubes buscando las manifestaciones de la gravedad. Pero la presión

atmosférica apareció como un golpe en su pecho. Le dolieron los ojos y los oídos. Sintió que su cabeza explotaría antes que la máquina que piloteaba. La turbulencia finalmente le impidió retomar el control y tuvo que eyectarse de la cabina para volver a tierra en paracaídas. Salvó su pellejo en la corte donde se debatió su expulsión al mostrarles las teorías que estaba desarrollando sobre las afectaciones en los organismos a la hora de volar. Dichos estudios los continuó a lo largo de su carrera en diferentes departamentos hasta ubicarse en el Centro de Investigaciones Espaciales, donde una vez que perteneció a un alto rango, aceptó el acuerdo del gran líder para poner a prueba sus proyectos más aventurados.

Con las peripecias de la política arcaica, Nikita Jrushchov adquirió un fuerte gusto por las mujeres jóvenes, equiparable a la admiración que le tenía al espacio exterior. Tenía tal devoción por ellas que los desfiles de educación media lo ponían a transpirar. Nunca había tenido sexo sin consentimiento con una menor, ni le había faltado el respeto a ninguna. A final de cuentas, eso lo solucionaba el dinero.

Nikita era conocido dentro de un grupo exclusivo de terratenientes y oligarcas por sus extravagantes orgías donde se podían encontrar hasta 20 o 30 chicas de nacionalidad extinta, quienes mentían sobre su edad como método de supervivencia. Logró combinar estas dos pasiones en el Centro de Investigaciones Espaciales ya que éste contaba con un set que recreaba la superficie de Marte, el cual era perfecto para la interacción entre un conglomerado de gente desnuda con ganas de fornicar.

Las fiestas de Nikita ponían en serios aprietos a Oleg quien

tenía que violar varios puntos del reglamento interno para burlar el sistema de seguridad. Aún así, en cada ocasión terminaba participando hasta la ceguera alcohólica, impregnado del humor de varias vaginas, bajo el rocío del sudor burocrático, en una danza unánime con el humo de cientos de cigarrillos. Despertaba a la mañana siguiente con el rigor moral punzándole en la sien, sumergido en su bañera con agua caliente, desfalcando su categoría de padre y esposo, donde siempre se decía a sí mismo que sería la última vez que se involucraba en tales juergas; sin embargo, la situación del país mantenía un presupuesto tan apretado que no podía costear dicha promesa. La única opción que le quedaba era emborracharse aprisa durante las orgías y botarse lo más pronto posible.

Nikita se irguió en el sillón como quien tiene algo serio que decir. Los rebordes de los cojines habían trazado en su espalda una constelación de pelusas. Era un universo flácido que también se expandía año con año. Su rostro, enrojecido por lápiz labial, fue habitado por una mirada heroica que observaba hacia un horizonte ficticio. Las palabras se gestaron con aplomo en la resequedad de sus delgados labios una a una, hasta formar un discurso breve, que evocaba sus raíces, el poder de su estirpe, el coraje soviético; habló como el dirigente que cualquiera necesitaría a la hora de mayor incertidumbre.

Dijo que debían dejarle todo el trabajo al clima que tanto había hecho por la nación en otras ocasiones. De esta forma, sus corazones bombearon con fervor patriótico. Dieron un suspiro largo para salir del hundimiento y sin mayor preámbulo la chica acabó en la cajuela del viejo Volga de Oleg.

Un foco de luz cálida alumbraba una pared de apariencia kilométrica, una puerta trasera que parecía estar ahí por accidente y el vehículo de Oleg que vibraba como un animal asustadizo en el frío. Oleg apagó el motor ahí, a un par de metros de la salida trasera de la cocina del Centro de Investigaciones Espaciales. Del lado del copiloto, Nikita seguía derramando saliva sobre su propio pecho. Trató de despertarlo pero no parecía reaccionar. La noche iba tan mal que no le sorprendería sumarle otro muerto. Le dio un par de cachetadas y nada, le apretó un pezón, le zangoloteó la cabeza, le jaló una oreja y nada. Fue hasta que, con cierta furia, le lanzó un puñetazo directamente a los testículos que Nikita reaccionó.

El gran líder balbuceó rimas ininteligibles del himno nacional antes de abrir los ojos. Se descubrió desnudo, en un automóvil viejo, con viscosidad en el pecho, detrás de un edificio. Tuvo un breve ataque de pánico hasta que la memoria le regresó como un martillo que pincha el dedo en vez del clavo. Giró en torno al piloto y ahí estaba Oleg para confirmarle la tragedia. “¿Dónde coños estamos?” gimoteó con un acento muy siberiano. Su camarada le explicó que ya habían regresado del bosque, pero el semblante con el que lo había dicho no le era fiel a su voz relajada. Nikita percibió de inmediato que algo andaba mal. Era bueno para leer micro expresiones. Pero Oleg no pudo seguir hablando. Prefirió darle señas con la mano para invitarlo a salir.

Pusieron sus pies descalzos sobre una cama de colillas congeladas en el pavimento. Anduvieron de puntitas hacia la parte posterior del Volga. Quizás hacía más frío que en el bosque. Quizás ya estaban muy cansados mentalmente. Oleg se detuvo un par de segundos al insertar la llave en el seguro. Recordó que sería la quinta

vez que abría la cajuela en tan solo unas horas. “Hay una explicación para todo esto”, tartamudeó. El gran líder, con la aorta en fulgor, hizo a un lado a Oleg y la abrió él mismo. Ahí estaba de nuevo la chica, envuelta en la misma manta espacial, solo que ahora, además de tener el pelo húmedo, estaba acompañada de una perrita muerta con las tripas de fuera.

Pudieron haberse estampado contra el muro de contención, dar vueltas en el aire, chocar sus cráneos uno con el otro, terminar boca abajo en la nieve y morir lentamente. Pudieron haber pagado karma. Pero una ligera sacudida despertó de súbito a Oleg, quien pudo maniobrar a tiempo para evitar un desenlace fatal. Enderezó el volante y se orilló en el acotamiento.

A su derecha, Nikita seguía derrumbado en sí mismo soñando con matices rojos. El espejo retrovisor le mostró una mirada turbia que proyectaba su propio rostro. Se cuestionaba si aquello había sido real. Si había atropellado a alguien o golpeado con algo. El reloj marcaba una hora maldita. La aguja señalaba medio tanque. *Check engine* estaba apagado. Sus pezones se endurecían junto a los del líder supremo de la Unión. Lo mejor era continuar manejando y averiguar después. Pero, sabiéndose necio hasta el hueso, terminó por envolverse en su manta e ir a revisar el auto por fuera.

No había nada debajo. Tampoco abolladuras o raspones. Lucía igual que siempre. Viejo, nada más. Oleg le dio una palmadita de agradecimiento a su vehículo que lo había acompañado por años sin presentar ninguna queja. Regresó hacia su puerta, pero antes de meterse atisbó un montículo a unos siete metros de distancia por la dirección en la que venían.

De la cajuela sacó una linterna que le permitió ver pelos saliendo de ese cúmulo de nieve. Oleg se imaginó el peor escenario; infirió que habría otro cadáver esa noche, sólo tenía que constatar de qué tipo, si animal, humano o un monstruo que redondeara la pesadilla. Se aproximó a éste con un trote torpe. En cuanto supo de qué se trataba su corazón noble crujió; sin embargo, tomando en consideración que apenas una hora antes se había deshecho del cuerpo de una probable menor de edad, no merecía sentir algo por el resto de su vida.

Ahí frente a él, llenándose de copos de nieve, yacía el cadáver de una adorable perrita de raza pequeña. Tenía un agujero en su barriga por el que se le asomaban varios órganos. Oleg no estaba seguro si la habían atropellado o si se acumuló demasiado oxígeno en su interior hasta reventar. En cualquiera de los casos, sabía que él no era el responsable. A pesar de que sus ojos aún conservaban un brío enternecedor, la herida hacía evidente que llevaba varios días muerta. El clima gélido se había encargado de conservarla como si un taxidermista se hubiese apeado a intervenirla.

Oleg quiso encontrar consuelo en esta idea pero no pudo. Los puntos blancos que bailaban un vals silencioso en el aire se lo impidieron. Parado ahí en la orilla de la interestatal, desnudo, protegiéndose con una manta plateada, su mente lo abordó con diferentes técnicas de conservación de cadáveres a lo largo de la historia de la humanidad. La congelación era de las más eficientes. A lo lejos una estrella fugaz atravesó la noche.

Mientras acomodaban los cuerpos debajo de los pollos y jamones congelados en una de las neveras de la cocina, Nikita no

lograba imaginar cómo es que Oleg había regresado el cadáver de la chica a la cajuela él solo. Pero ya nada de eso importaba. El amanecer era un factor latente y tenían que abandonar las instalaciones del Centro de Investigaciones Espaciales cuanto antes. Que los encontraran en las irrisorias condiciones en las que estaban sólo entorpecería sus nuevos planes para deshacerse de la chica de una manera más efectiva.

Cerraron con candado la nevera y escribieron con un marcador indeleble sobre la tapa “Clausurado hasta nuevo aviso”. Palabras mágicas que ningún peón estaría dispuesto a cuestionar. Llenaron un par de bolsas de basura con los remanentes de la fiesta como botellas, pestañas, credenciales y paquetes de condones. Dejaron la superficie de Marte como si nunca nada interesante sucediera en ese planeta. Antes de partir, pasaron rápido a la oficina de Oleg, donde este le explicó a Nikita los detalles para adelantar el lanzamiento del Sputnik 2 y los estimados que eso costaría.

El cielo parecía un reflejo de la nieve cuando se subieron de nuevo al viejo pero invencible Volga. Las ventanas siempre empañadas como si ese fuera su estado natural. Un frío más amistoso humedecía el viento. El panorama había perdido sus tintes escabrosos, ahora lucía virginal. Nikita y Oleg se marcharon con el primer rayo del sol.

La línea blanca en el cielo se aproximaba a la capa de ozono. Una trayectoria que a ojos de Oleg Gazenko y Nikita Jrushchov parecía infinita. Una línea perfecta en un día soleado. Condiciones ideales para que todo saliera bien en un lanzamiento espacial. El público observaba entusiasmado. La mayoría eran familiares de los involucrados en el proyecto más ambicioso de la época. Se podía cortar la esperanza con un cuchillo de mantequilla. El futuro era una realidad. Las cámaras

que capturaban el evento de vez en cuando transmitían una imagen que no superaba los cinco segundos del primer ser vivo terrestre que cruzaría hacia el espacio exterior. Una perrita a la que sus entrenadores habían llamado Laika, —la mejor de la cuadrilla de caninos. Una perrita que se quedaría grabada en la conciencia de millones alrededor del mundo. Una perrita que se convertiría en mártir.

Al momento en que el satélite artificial alcanzó el punto más alto de la órbita se convirtió en una bola de fuego. Las llamas se avivaron en un parpadeo penetrando al interior de la cabina. Mientras la línea blanca se tornaba negra y comenzaba su descenso en picada, una lágrima que no coincidía con los sentimientos del público y del equipo de especialistas, corría por la mejilla de Oleg. Nadie se enteraría que las cenizas del Sputnik 2 estarían mezcladas con las de dos seres que una vez estuvieron vivos. Nikita tuvo que correr al baño. Uno de los encargados de limpieza y desecho de materiales peligrosos pudo escucharlo vomitar y después cagarse de risa.

## Índice

PRÓLOGO	5
Zulma Rodríguez	9
SEXTO DÍA	10
NO ENTRES AL CUARTO	17
ANIMALES EN EL PATIO	21
ADMIT ONE	26
Hiram de la Peña	32
LA HISTORIA DE MI PAÍS	33
DAVID YAZBECK	37
NICOLÁS	41
OTRO ÍCONO AMERICANO	46
Karla Michelle Canett	50
UNA PIZZA PARA REGINA	51
COSTAL DE PAPAS	55
DOS ANUNCIOS POR UN MIEMBRO	59
BEZVOLOSYY	65
Saúl Martínez	70
ÚLTIMA VOLUNTAD	71
EL ESPACIO	78
ANÓNIMO	83
LA VITRINA MÁS FELIZ DEL MUNDO	88
Zeth Arellano	93
PARAÍSO	94

ESTRELLAS	
Vladimir Galindo	102
FISURAS	106
3...2...1...	107
	122



Karla Michelle Canett



Vladimir Galindo



Zulma Rodríguez



Saúl Martínez



Zeth Arellano



Hiram de la Peña

## Elma Correa

*Coordinadora*

Esta es una antología que reúne cuentos que intentan salir del estereotipo: no quieren ser literatura del norte ni de la frontera, quieren ser literatura nada más, aunque sean del norte y también de la frontera; quieren ser una literatura que trascienda su circunstancia geopolítica para mostrar en sus historias —que van del desconcierto a la ternura y del humor a la violencia— que lo que se escribe en Mexicali es una narrativa ecléctica, vital, disidente, pero sobre todo, divertida.

Imagen de portada:  
Cheems (2020), de Luis Aguirre Gárate

